

Rocío Rueda

# El brazalete mágico

OXFORD



EL ÁRBOL  
DE LA LECTURA

Lara pasa las vacaciones en Atenas para visitar a su padre, que se encuentra en la ciudad griega trabajando en una excavación. Haciendo turismo, Lara entra en una tienda de antigüedades en la que un misterioso anciano le regala un brazalete. Ese brazalete conectará a Lara con uno de los secretos mejor guardados de la humanidad, el de la poderosa espada con la que luchó Alejandro Magno y con Elisa, una de las sacerdotisas de Atenea en la antigua Grecia.

Rocío Rueda

---

# **El brazalete mágico**

Título original: *El brazalete mágico*  
Rocío Rueda, 2010

---

Revisión: 1.0

A mis padres.

# 1

**H**abía anochecido por completo cuando el jinete detuvo su caballo. A continuación giró su cuerpo y volvió la vista atrás para comprobar si, tal y como se temía, sus perseguidores habían sido capaces de seguir su rastro. Pero no fue capaz de divisar nada, lo que le tranquilizó momentáneamente. Luego llevó su mano hasta su hombro izquierdo, advirtiéndole que una de las flechas había conseguido hacerle un pequeño corte que no dejaba de sangrar. Pero ni aquella herida ni nada de lo que pudiera sucederle le asustaba lo más mínimo desde que formara parte de algo mucho más importante que su propia vida.

Aunque la luz de la luna era lo único con lo que contaba para guiarse en la oscuridad de la noche, él sabía que no podía permitirse perder más tiempo, ya que debía seguir cabalgando hasta llegar a Atenas. Pero las horas que llevaba a lomos de su caballo, junto con lo que había sucedido el día anterior y que le había obligado a huir para mantenerse con vida, constituían una carga demasiado pesada, algo que le hacía cuestionarse si realmente sería capaz de cumplir su misión con éxito.

Aunque su corazón comenzaba a encogerse ante las dudas, el llanto del bebé que llevaba consigo le hizo reaccionar recordándole que no era su vida lo único que estaba en juego. Luego acercó aún más el cuerpo del bebé a su pecho para protegerle del gélido viento que soplaba, lo que debió reconfortarle porque, finalmente, dejó de llorar.

Mientras recortaba la distancia que les separaba de la capital griega, su cabeza no dejaba de pensar en que se había convertido en el portador del

mayor secreto que nadie hubiera imaginado jamás, como demostraba el objeto que llevaba oculto bajo su túnica y cuyo poder había percibido desde el mismo momento en que lo tuvo por primera vez entre sus manos. Y eso hacía que aquel bebé no fuera el único motivo por el que debía llegar a Atenas cuanto antes, sino la promesa realizada a la persona que más había admirado a lo largo de toda su vida, lo que le llevó a espolear con más fuerza a su caballo mientras recordaba cada una de las palabras que había escuchado de labios del hombre más valeroso que el mundo había conocido, del hombre que había conquistado el mayor imperio soñado, llegando a las tierras bañadas por el Indo y dominando la mayor parte del continente asiático pero, sobre todo, del hombre al que había jurado fidelidad eterna.

—Alejandro... —susurró débilmente mientras pensaba en cada una de las veces que había combatido a su lado. Pero ahora esos días parecían muy lejanos. Aunque todo había sucedido demasiado rápido, los acontecimientos le habían hecho partícipe de un terrible secreto por lo que dedicaría su vida no solo a evitar que todo en lo que creía pudiera desmoronarse, sino a cuidar de aquella criatura que sujetaba junto su pecho y sobre todo, a cumplir una promesa, aun cuando tuviera que arriesgar su propia vida para conseguirlo...

## 2

**L**ara se acercó a la ventana de su habitación y fijó su mirada en la imponente vista del Partenón. Aunque sabía que en su día fue uno de los edificios más bellos y majestuosos de toda Grecia, era incapaz de comprender el interés que actualmente despertaba en los cientos de turistas que acudían cada día a la capital griega con la intención de ver por sí mismos los restos de aquel templo. No en vano, hacía más de cuatro siglos que los venecianos habían bombardeado aquella parte de la ciudad, destruyendo parte de aquel edificio y de los que le rodeaban, luego, ¿qué era lo que la gente podía considerar tan fascinante como para recorrer miles de kilómetros para llegar hasta allí?

Después de unos minutos, se alejó de la ventana y comenzó a caminar de un lado a otro de la habitación mientras acariciaba con su mano el colgante que llevaba alrededor de su cuello, tal y como hacía cada vez que tramaba algo. Aunque su padre había insistido en que no debía abandonar el hotel sola, no estaba dispuesta a permanecer todo el día en aquel lugar ni mucho menos a llamar a la persona que su padre había previsto para acompañarla, por lo que se dirigió a la puerta de la habitación con la intención de salir lo más rápido posible de allí.

Una vez estuvo en la calle, comprobó que el tiempo era más caluroso de lo que estaba acostumbrada, añadiendo aquel hecho a la lista de cosas por las que se arrepentía de haber viajado hasta allí, sin poder olvidar que la idea de visitar Atenas había sido suya.

Aunque su madre había tratado de convencerla para que se quedara el

resto del verano en Madrid, ella había insistido en viajar hasta Atenas antes de que comenzaran de nuevo las clases puesto que aún faltaba un mes para que su padre regresara a España. Además, aunque le costara reconocerlo, también albergaba la esperanza de que aquel viaje pudiera ayudarla a comprender el interés que su padre mostraba por aquel país ya, que era incapaz de entender cómo un grupo de piedras podía mantenerle alejado tanto tiempo de Madrid y, por lo tanto, de su familia. Pero, hasta el momento, nada estaba saliendo como ella había planeado no solo porque habían perdido su equipaje durante el vuelo, sino porque su padre había tenido que viajar hasta el norte de Grecia, por lo que debía esperar dos días para verle de nuevo.

—¡Genial! —exclamó al darse cuenta de que había olvidado coger su mochila, mientras retrocedía sobre sus pasos hasta llegar de nuevo al hotel donde se aseguró de coger un mapa que señalara el camino que debía seguir para llegar hasta la Acrópolis.

Mientras iniciaba el ascenso a la zona más visitada de aquella ciudad pensó en lo que diría su padre si descubría que había decidido recorrer aquellas calles sin la compañía de Fidel, cuyo número de teléfono estaba sobre la mesa de su habitación del hotel. Pero luego pensó que su padre no tenía por qué enterarse, por lo que dejó atrás el jardín Nacional llegando hasta la puerta de Adriano que marcaba, desde el siglo n, el límite entre la vieja ciudad griega y la nueva ciudad romana. En la cara de la Acrópolis se leía: «Esta es la ciudad de Teseo, la ciudad vieja» mientras que en la otra aparecía: «Esta es la ciudad de Adriano, no la de Teseo».

—¿Quién será ese Teseo? —pensó para sí misma mientras acababa de leer la traducción de aquellas dos inscripciones en su guía de Atenas, dejando atrás el arco para llegar hasta un gigantesco monumento edificado en honor a Zeus en cuyo margen derecho se encontraba el Estadio Olímpico, que fue construido con motivo de la celebración de los primeros Juegos Olímpicos modernos, realizados en Atenas dos siglos atrás.

—¿Quién es capaz de ser más rápido que mis manos y adivinar dónde está la moneda? —preguntó una voz cerca suyo que le hizo girar su cabeza para ver quién había pronunciado esas palabras, y comprobar que procedían de un muchacho que se apresuró a colocar un viejo óbolo de plata debajo de uno de los tres cubiletes que tenía delante suyo. Luego empezó a mover los mismos,

primero con suaves maniobras que se volvieron más rápidas según pasaba el tiempo hasta que, finalmente, apartó su mano de los cubiletes.

Una pareja que, al igual que Lara, habían seguido los movimientos, se acercó al muchacho y colocó un billete junto a uno de los cubiletes.

—Levanta ese de ahí —dijo el hombre, señalando el cubilete central. El muchacho, con una sonrisa en los labios, hizo lo que le pedían, mostrando que no había nada.

—Otra vez será —dijo el muchacho después de guardar el dinero en el bolso. Lara, que no había pestañeado durante todo el tiempo que duró el movimiento de los cubiletes, se acercó al muchacho.

—La moneda está aquí —dijo ella, señalando el cubilete de la derecha.

—Si estás tan segura, ¿por qué no apuestas? —le sugirió él—. Las posibilidades de acertar han aumentado. Solo quedan dos cubiletes ¿o quizás no estás tan segura de poder acertar?

Lara, incapaz de aguantar su provocación, sacó un billete de su mochila y lo puso junto al cubilete. El muchacho sonrió de nuevo y levantó el mismo.

—¡No puede ser! —exclamó Lara—. He seguido todos los movimientos. La moneda debería estar ahí —añadió mientras una idea comenzaba a tomar forma en su cabeza—. ¡Eres un tramposo! No hay ninguna moneda, ¿verdad?

—Pues claro que sí —se apresuró a decir él mientras, con un rápido movimiento de manos, el viejo óbolo de plata aparecía debajo del cubilete de la izquierda—. No se puede ganar siempre —añadió mientras recogía sus cosas, desapareciendo instantes después entre la gente.

Lara, que estaba segura de que no se había equivocado, vio que el muchacho había dejado junto a ella su dinero, por lo que se apresuró a cogerlo de nuevo mientras se preguntaba si lo habría olvidado o realmente había querido devolvérselo, lo que confirmaría su teoría de que no estaba equivocada.

Aunque se sintió tentada de perseguir a aquel muchacho para averiguarlo, siguió su camino hacia la Acrópolis, palabra que significaba «ciudad alta», ya que se alzaba sobre un zócalo de roca de ciento cincuenta y seis metros de altitud sobre la llanura ateniense. La roca solo era accesible por el oeste, lo que la convertía en una ciudadela ideal para ofrecer protección frente a los enemigos, siendo utilizada como fortaleza a lo largo de toda la Edad Media.

El primer edificio que encontró fue el teatro de Dionisos cuyo asiento central había permanecido intacto con el paso de los años. Nerón reformó el escenario para poder celebrar en él combates de gladiadores e incluso combates navales. Eso hizo que recordase lo que tantas veces había escuchado de labios de su padre, quien defendía que en Atenas se construyó y pensó primero lo que los romanos imitaron después, mejorándolo incluso técnicamente pero también degradándolo en muchas ocasiones, porque aquel lugar, ideado por los griegos para despertar los más bellos sentimientos, fue transformado por los romanos en escenario de luchas y combates.

Aunque la Acrópolis contaba con varios templos, el más famoso era, sin duda, el Partenón, considerado como la obra maestra de la arquitectura griega. Construido tan solo en quince años, en su interior se veneraba una estatua de la diosa Atenea cuyo casco estaba decorado con grifos y una esfinge que sostenía en su mano izquierda el escudo y la lanza mientras que la mano derecha contenía una estatua de la victoria.

Durante algo más de una hora, Lara recorrió todos aquellos templos sin encontrar nada que despertara realmente su interés, puesto que solo era capaz de ver unos edificios que, en ocasiones, parecían estar a punto de derrumbarse. Después de dar por concluida la visita de la parte antigua de la ciudad, decidió regresar al hotel, consciente de que nunca podría entender el interés de su padre por el pasado. Pero, una vez que dejó atrás el muro de Adriano, comprobó que las estrechas calles de piedra por las que avanzaba eran lo suficientemente parecidas entre ellas como para no saber si estaba siguiendo el mismo camino que había recorrido anteriormente.

—¡No puede ser! —exclamó al ver que la calle que seguía acababa a escasos metros del lugar donde se encontraba, viéndose obligada a regresar sobre sus pasos para tomar la primera calle que encontró a su paso la que, tal y como se temía, también era diferente a lo que recordaba—. ¡No puede ser tan difícil llegar al hotel! —exclamó enfadada fijando la vista en el escaparate de una pequeña tienda que estaba situada junto a ella, el cual parecía contener todo tipo de objetos antiguos, que tanto le gustaban a su padre. Aunque estaba bastante enfadada con él por el hecho de que no hubiera podido acudir a buscarla al aeropuerto y porque debía esperar dos días para verle, pensó que sería buena idea hacerle un regalo para disculparse por todo lo que le había

dicho por teléfono, así que se dirigió a la tienda dispuesta a hacerse con algunos de aquellos objetos.

Una vez dentro, Lara pudo apreciar el completo desorden que reinaba en aquel lugar. Montones de libros apilados sin seguir un orden determinado sobre viejas estanterías que contenían además todo tipo de extraños objetos, estatuas de mármol, muebles antiguos, armaduras oxidadas...

Mientras esperaba que alguien la atendiese, Lara se acercó hasta un viejo escudo que colgaba sobre una de las paredes pasando su mano por encima de la inscripción que había grabada sobre el mismo.

—Ese escudo perteneció al ejército de Alejandro Magno —dijo una voz a sus espaldas que hizo que Lara se girara rápidamente para fijar su vista en el hombre que estaba enfrente de ella. De aspecto misterioso, las arrugas de su rostro así como su pelo y barba blanquecina hacían presuponer la avanzada edad de aquel hombre.

—¿Alejandro el Conquistador? —preguntó ella, que recordaba haber escuchado algo sobre aquel nombre en clase de historia.

—Alejandro Magno era mucho más que eso —se apresuró a responder él—. Alejandro conquistó los territorios situados entre Macedonia y la India, creando el imperio más grande que el mundo hubiera conocido. ¿Sabíais que no dudaba en colocarse en primera línea de combate para infundir ánimo a sus tropas? Pero me temo que no es este escudo lo que os ha traído hasta mi tienda. ¿En que puedo ayudaros?

—Quería comprar algo antiguo —dijo ella, que casi había olvidado el motivo que la había llevado hasta allí.

—Si eso es lo que buscáis —se apresuró a decir el anciano—, no podíais haber escogido un lugar mejor. ¿Deseabais algo en particular?

—Solo quiero que sea antiguo —remarcó ella mientras aquel hombre comenzaba a mirar a su alrededor, con la intención de encontrar algo adecuado para aquella joven.

—Es curioso el interés que el hombre ha mostrado siempre por poder medir el tiempo —señaló él, tomando entre sus manos lo que parecía un viejo reloj de agua—. Este reloj se usaba en los tribunales atenienses para señalar el tiempo asignado a los oradores. Incluso se cree que fue el mismo Platón quien lo inventó —añadió después, convenciendo a Lara de que aquel sería un

buen regalo.

Mientras el hombre introducía el reloj en una caja de cartón, Lara comenzó a caminar por la tienda para observar mejor todos los objetos que estaban a su alrededor, deteniéndose frente a un pequeño cofre que contenía una extraña inscripción. Movida por la curiosidad, lo tomó entre sus manos y trató de abrirlo pero pronto advirtió que, además de estar cerrado, no parecía existir ninguna ranura por la que introducir una llave, luego, ¿cómo se suponía que se abría aquel cofre?

Incapaz de darse por vencida, Lara se propuso nuevamente abrirlo prestando esta vez más atención a la inscripción, convencida de que, si no existía una llave, aquellas letras podían ser la clave. Aunque no tenía ningún conocimiento sobre griego, pudo reconocer dos letras que estaban situadas en los laterales del cofre ya que se utilizaban en muchas operaciones matemáticas, por lo que sabía que eran la primera y la última letra del alfabeto griego.

Pero antes de que pudiera hacer nada, la tapa del cofre se abrió permitiéndole ver qué era lo que contenía.

De un color dorado igual de intenso que el recipiente que lo custodiaba, el cofre poseía en su interior un brazalete formado por dos extrañas figuras geométricas cuya superposición lograba un efecto visual asombroso. Aunque sabía que no debía hacerlo, cogió el brazalete entre sus manos para comprobar si en su interior llevaba grabada la misma inscripción que había visto en el cofre, lo que despertó aún más su curiosidad.

—Veo que habéis conseguido abrir el cofre —dijo el anciano, sobresaltándola.

—No debí tomarme la libertad de hacerlo —se disculpó ella después de apreciar la extraña expresión que había adquirido el rostro de aquel anciano—. Es precioso —añadió antes de guardarlo nuevamente en el interior del cofre.

—Os lo regalo —añadió este sin apartar la vista de la joven.

—No puedo aceptarlo —se apresuró a decir ella, sin dejar de sujetar el brazalete ya que una parte de ella se resistía a separarse de aquel objeto.

—Insisto —añadió él mientras cerraba la mano de la joven en torno al mismo—. Lleva demasiados años oculto en este cofre. Creo que ya es hora de

que cambie de dueño.

—Está bien —cedió Lara, quien sentía una inexplicable atracción por aquel objeto. Después de agradecer el regalo a aquel extraño hombre, Lara abandonó la tienda con el reloj y el cofre que guardaba aquel brazalete, dispuesta a regresar cuanto antes al hotel.

Una vez solo, aquel anciano se acercó a la puerta, limitándose a observar cómo la imagen de aquella joven desaparecía entre las calles. No en vano, el momento que llevaba años esperando había llegado y, aunque todavía no fuera consciente de ello, aquella muchacha formaba ya parte de un secreto que no solo había permanecido siglos oculto sino que, desde el momento en que había abierto aquel cofre, había quedado irremediablemente unido a su vida.

### 3

Cuando Lara salió nuevamente del hotel comprobó que se había levantado una ligera brisa, algo que agradeció enormemente, porque el calor que había soportado durante toda la mañana le dificultaba pensar con claridad. De hecho, después de dejar en el hotel el regalo de su padre, junto con el cofre que aquel extraño anciano le había regalado, una idea había comenzado a tomar forma en su cabeza: ¿por qué esperar a que su padre regresara a Atenas cuando podía ir ella misma en su busca? Por lo que sabía, la excavación no estaba lejos de la ciudad y no le sería muy difícil llegar hasta allí. Además, eso le permitiría comprobar exactamente cómo era el tipo de trabajo que realizaba su padre. Pero antes debía saber dónde se encontraba y para ello dirigió sus pasos hasta el Museo Arqueológico Nacional, no solo porque sabía que era ese organismo quien financiaba las excavaciones sino porque allí trabajaba la única persona capaz de ayudarla.

Después de que el taxi la dejara en el lugar donde se había edificado el mayor museo de Atenas, Lara se apresuró a salir del coche dispuesta a averiguar el paradero exacto de su padre.

Una vez estuvo dentro del Museo, comenzó a andar en busca de la única persona que conocía en Atenas. Después de varios minutos, llegó al lugar donde esperaba encontrar la información que necesitaba pero, cuando llegó al despacho de Fidel, escuchó que este hablaba acaloradamente con otra persona por lo que se limitó a quedarse junto a la puerta.

—No podemos seguir financiando la excavación —dijo una voz que no conocía.

—¡Pero estamos muy cerca! —se apresuró a decir Fidel, cuya voz pudo reconocer—. El profesor Alberto está seguro de que descubriremos la entrada al templo esta misma semana.

—Me temo que no podemos esperar más.

—¡Pero hemos invertido mucho tiempo en este proyecto! —añadió Fidel para intentar convencer a aquel hombre.

—Una semana más —dijo, después de pensar cuidadosamente su respuesta. Luego se dirigió a la puerta, por lo que Lara retrocedió sobre sus pasos para no ser descubierta.

Después de que la silueta de aquel hombre desapareciera por el pasillo, ella avanzó hasta el despacho de Fidel, quien parecía realmente preocupado.

—¡Lara! —exclamó él al percatarse de la presencia de la joven—. No debiste venir hasta aquí —añadió después—. Yo mismo hubiera ido al hotel si me hubieras llamado.

—No ha sido difícil llegar hasta el Museo —mintió ella, cansada de que la trataran como a una niña.

—Pero, ¿qué haces aquí?

—Quiero ir hasta la excavación, Fidel —confesó sabiendo que, de haberle propuesto eso mismo por teléfono, no hubiera contado con ninguna opción de convencerle.

—Me temo que eso es imposible —dijo él—. Tu padre dejó bien claro que debías esperarle aquí.

—¡Pero aún faltan dos días para que él regrese! —señaló Lara fijando su vista en una foto que Fidel tenía sobre su mesa en la que él y su padre sostenían un colgante de forma circular entre las manos—. Es la primera vez que veo esta fotografía —señaló ella después de tomar el marco entre sus manos para observarla mejor, apreciando que aquel colgante parecía ser el mismo que ella llevaba sobre su cuello, un detalle del que Fidel se había percatado en el mismo momento en que vio aparecer a la joven en su despacho—. Parecíais muy contentos —añadió después, al tiempo que comenzaba a sonar el teléfono.

Al ver el número que reflejaba la pantalla del mismo, Fidel cambió la expresión de su rostro por lo que Lara intuyó que aquella llamada estaba relacionada con lo que había escuchado minutos antes.

Como Fidel insistió en que la acompañaría al hotel en cuanto resolviera un pequeño asunto, Lara se vio obligada a esperarle durante casi media hora, tiempo que aprovechó para visitar el lugar donde se custodiaban la mayor parte de los objetos que su padre había rescatado del olvido. Al pasar junto a una vitrina que contenía toda clase de monedas, Lara se detuvo para fijar la vista en un óbolo de plata similar al que aquel descarado joven utilizaba para engañar a los turistas que, como ella, creían poder seguir los rápidos movimientos de sus manos. Y eso la hizo desear encontrarse de nuevo con él para tener la oportunidad de reprenderle como se merecía. Pero el recuerdo de aquel muchacho desapareció de su mente en el momento en que vio, junto a la vitrina de las monedas, una estatua que representaba a un hombre montado sobre un magnífico caballo. Aunque no sabía quién era el jinete, la figura parecía tan real que Lara pudo apreciar, gracias a la desafiante mirada y al distinguido porte de aquel hombre, que debía tratarse de alguien realmente importante.

—Es una de las mejores representaciones de Alejandro —opinó Fidel, sobresaltando a la muchacha.

—¿Alejandro Magno? —preguntó ella al tiempo que recordaba lo que el dueño de la tienda de antigüedades le había dicho sobre él.

—Así es —afirmó Fidel mientras se acercaba más a la estatua—. Y este magnífico caballo —dijo mientras acariciaba el lomo del animal— es Bucéfalo, en cuyo honor fundó incluso una ciudad por ser su leal compañero de batalla durante más de veinte años.

—¿Fundó una ciudad en honor a su caballo? —preguntó extrañada ella.

—Bucéfalo no era un simple caballo, Lara —le aclaró Fidel—. Era el caballo que acompañó a Alejandro durante casi todas sus batallas, conduciéndole siempre con bravura hacia la victoria. ¿Sabías que Alejandro fue la única persona que consiguió montar a Bucéfalo? —Lara negó con la cabeza—. Bucéfalo fue presentado junto con otros caballos al padre de Alejandro, Filipo de Macedonia, para que los comprara. Pero el caballo comenzó a mostrarse de una forma tosca y salvaje sin que nadie fuera capaz de dominarlo. Pero el joven Alejandro, que tenía nueve años de edad, advirtió que el animal se asustaba de su propia sombra, así que giró la cabeza del caballo hacia el *sol*, y eso le permitió montarle. Fue entonces cuando su padre

le dijo: «Hijo, búscate un reino que se iguale a tu grandeza, porque Macedonia es pequeña para ti» —añadió Fidel después de observar, complacido, que Lara parecía interesada en su relato—. Ahora debemos irnos —señaló él.

Aunque el compañero de su padre se dirigía a la salida del Museo, Lara permaneció unos segundos más frente a la estatua, intrigada por saber más del hombre que parecía haber nacido para alcanzar la gloria, forjando una leyenda incapaz de ser olvidada con el paso de los siglos.

El sol comenzaba a perderse en el horizonte cuando Lara regresó a su habitación del hotel. Aunque la tarde no había transcurrido tal y como esperaba, por lo menos había podido averiguar algo que desconocía por completo hasta ese momento y era la falta de financiación para continuar con las excavaciones, lo que significaba que, de no conseguir ayuda económica, su padre se vería obligado a regresar a Madrid antes de tiempo. Aunque sabía lo importante que era para su padre el trabajo que realizaba, en aquel preciso momento no podía evitar ser egoísta. Ella quería que él estuviera en casa como cualquier otro padre, por lo que deseó que realmente pudieran regresar a Madrid juntos.

Como estaba realmente agotada pensó que acostarse temprano sería una buena idea, sobre todo porque apenas había conseguido dormir la noche anterior. Pero antes de dirigirse a la cama se acercó al lugar donde había depositado el reloj y el cofre, apresurándose a tomar este último entre sus manos. Al igual que hubiera sucedido en la tienda, tuvo que esperar unos segundos para que el cofre se abriera, dejando a la vista aquel brazalete que tanto había llamado su atención. Formado por la superposición de dos figuras geométricas, lo que más le gustaba era el hecho de que, a pesar de que ambas figuras eran independientes, no había forma de saber dónde acababa una y dónde empezaba la otra puesto que parecían estar encadenadas. Sin dudarlo ni un momento, procedió a colocarse el brazalete sobre su muñeca, sintiendo a continuación un agradable cosquilleo a lo largo de todo el brazo. Luego, sin dejar de sentir aquel calor que parecía irradiarse hacia el resto de su cuerpo, dejó que sus ojos se cerrasen.

## 4

Elisa estaba realmente nerviosa esa mañana.

Aquel día haría su primera aparición en el Templo como sacerdotisa de Atenea, lo que suponía la culminación de muchos años de dedicación y entrega a la diosa. Pero lo que más le emocionaba era el hecho de que, en aquella ocasión, su padre podría también acudir al Templo. Aunque normalmente solo las sacerdotisas de Atenea tenían acceso al interior de aquel edificio, situado en el punto más alto de toda la ciudad, esa noche se celebraría una fiesta en honor a la diosa, por lo que era el único día en el que el resto de los atenienses podían contemplar la belleza de aquel edificio. Por eso deseaba que todo saliera según lo previsto para poder dedicar el resto de su vida a servir a la diosa protectora de la ciudad.

—El gran día ha llegado —señaló Héctor, sobresaltando a Elisa.

—Me has asustado —reconoció ella, al tiempo que sonreía al joven.

Al ver la cara de felicidad de Elisa, Héctor se limitó a tomar su mano, decidiendo no pronunciar las palabras que llevaba horas repitiendo en su cabeza.

—¿Estás segura de que esto es lo que deseas? —se limitó a preguntar él, conteniendo todo lo que sentía en aquel momento.

—Completamente —aseguró ella.

—¿Has pensando en todas las cosas a las que debes renunciar? —insistió él.

—¿Se puede saber que te ocurre? —quiso saber Elisa—. Sabes que ser sacerdotisa de Atenea es lo que más deseo en el mundo. Llevo años

preparándome para este momento.

—Tienes razón —cedió finalmente Héctor—. Solo quería asegurarme de que eres realmente feliz.

—En ese caso —se apresuró a decir ella mientras abrazaba a Héctor—, puedes estar tranquilo. Ahora debo irme.

Mientras Elisa comenzaba a caminar en dirección al templo, Héctor se quedó completamente inmóvil, observando como se alejaba la persona con la que no solo había compartido su infancia y su juventud, sino la joven a la que había entregado su corazón porque esa misma noche se convertiría en sacerdotisa de Atenea, lo que la alejaría definitivamente de su lado. Y, aunque había decidido aceptar la voluntad de la joven y no confesarle sus sentimientos, no podía evitar sentir que en el preciso momento en que renunciase a Elisa, su vida dejaría de tener sentido.

Una vez que Elisa pudo distinguir con sus propios ojos la silueta del que había sido su hogar hasta ese momento, comenzó a correr, deseosa de contemplar una vez más el lugar donde había pasado toda su vida pero, sobre todo, de estrechar entre sus brazos a la persona que se había sacrificado para que ella pudiera cumplir sus sueños.

—¡Padre! —exclamó después de entrar en la casa, sobresaltando a Fideas, que estaba a punto de acabar una preciosa vasija de barro.

No en vano, su padre era un excelente alfarero cuyas obras eran apreciadas en toda la ciudad debido a la finura de la pasta, la regularidad de las formas que empleaba así como por la variedad de los motivos que escogía. Aunque a simple vista pudiera parecer un trabajo fácil, Elisa sabía que su padre empleaba mucho tiempo para acabar cada una de sus piezas, ya que primero debía purificar la arcilla, depositada en fosos, con agua hasta conseguir una pasta muy fina. Luego amasaba la mezcla para desprender las burbujas de aire y la depositaba en el torno hasta lograr la mezcla deseada. Posteriormente, se pintaba la obra, procurando que el secado no se prolongase durante demasiado tiempo para evitar la aparición de grietas, tras lo que, normalmente, se procedía a realizar el último y definitivo paso que no era otro que la cocción.

—No te esperaba —señaló Fideas mientras abandonaba el tomo con el rostro radiante de felicidad por la inesperada visita de su hija, quien se apresuró a abrazarle.

—¿Acaso pensabas que me iba a olvidar de ti en el día más importante de toda mi vida? —preguntó ella, sin dejar de abrazar a Fideas, fijando su vista en la cicatriz que su padre lucía en su hombro derecho—. ¿Me dirás ahora cómo te hiciste esta cicatriz? —quiso saber ella después de recordar que su padre siempre le había dicho que se lo revelaría el día que la considerase lo suficientemente mayor como para comprenderlo.

—Hija mía... —susurró él. Luego se separó de Elisa para contemplar con sus propios ojos la preciosa joven en la que se había convertido el bebé con el que llegó a Atenas diecisiete años atrás. Ese recuerdo hizo que sus ojos se entristecieran, lo que no pasó inadvertido para Elisa.

—¿Ocurre algo? —preguntó ella, que conocía demasiado bien a su padre como para saber que algo le preocupaba.

—Solo pensaba en que a partir de esta noche todo será diferente —señaló él preguntándose si aquel era el momento que había esperado durante los últimos años para relatarle a Elisa, no solo cuál era su verdadera procedencia, sino los motivos por los que se había visto obligado a refugiarse en Atenas cuando ella no era más que un bebé. Pero las dudas no dejaban de asaltarle porque contar la verdad a Elisa implicaba también poner su vida en peligro—. Estoy tan orgulloso de ti... —dijo finalmente abrazando por última vez a la joven, consta ente de que había llegado el momento de romper su silencio: esa misma noche, después de que Elisa lucra nombrada sacerdotisa de Atenea, le revelaría tomo su existencia estaba ligada a un secreto que no solo debía comprender, sino proteger con su vida, tal y como él había hecho.

Una vez que cayó la noche, todos los habitantes de Atenas se prepararon para acudir al lugar donde se honraría a la diosa Atenea. Aunque Elisa había entrado en aquel templo en infinidad de ocasiones, esa noche todo parecía diferente por lo que aquel edificio, de forma rectangular y rodeado de columnas, parecía más grandioso e imponente que nunca. Pero lo que más llamaba la atención era, sin duda, la enorme estatua que vigilaba desde su

posición privilegiada cada rincón de aquel edificio.

Estaba realizada en oro y bronce y representaba a la diosa protectora de la ciudad.

Cuando todo el mundo estuvo dentro, la gente empezó a colocarse en dos filas. Luego se hizo un silencio absoluto durante el cual la suma sacerdotisa hizo su aparición en el templo, seguida de sus pupilas, quienes portaban la túnica sagrada que se ofrecería a la diosa, tejida por las jóvenes que, nueve meses antes, habían sido designadas para realizar tal trabajo, que debía ser diferente cada año.

Sobre un fondo de color negro, tejido en color dorado, se representaba la vida de Ulises y sus numerosos viajes hasta conseguir llegar a Ítaca, su patria amada. Elisa supo que habían elegido ese tema porque Ulises siempre estuvo protegido por la diosa Atenea, contando con su aprobación y ayuda para todo lo que se propuso.

Una vez que Elisa pasó por el lugar donde estaba su padre, vio que Fideas le sonreía al tiempo que agradecía a la diosa que le hubiera permitido vivir lo suficiente como para ver a su hija convertida en sacerdotisa de Atenea. Mientras recorría los últimos metros que la separaban de la diosa, buscó con la mirada a Héctor y comprobó, extrañada, que no parecía haber acudido al templo, lo que logró entristecerla ya que no entendía por qué parecía molestarle tanto el hecho de que ella se convirtiera en sacerdotisa de Atenea. Cuando todo estaba preparado para comenzar con las ofrendas, un fuerte ruido hizo que todos volvieran la vista hacia las puertas del templo donde unos hombres, completamente vestidos de negro, esperaban el momento oportuno para irrumpir en aquel edificio.

En cuanto la suma sacerdotisa vio qué era lo que sucedía, abandonó su lugar rápidamente pues sino ella, junto con Fideas, eran conscientes de lo que aquellos hombres buscaban.

Mientras todo el mundo trataba de ponerse a salvo, Elisa solo podía pensar en buscar a su padre sin advertir que uno de los hombres que habían profanado aquel templo se acercaba a ella, dispuesto a obtener la información que necesitaba.

—¡Decidme dónde está la espada! —exclamó aquel hombre mientras empuñaba su arma contra el pecho de Elisa.

—¡Me hacéis daño! —gritó ella, sin ser consuélate de lo que podría sucederle, lo que comprendió en el momento en que aquel hombre levantaba su espada, dispuesto a acabar con la vida de aquella joven, con la intención de que eso hiciera que el resto de las sacerdotisas se mostraran más elocuentes. Pero justo en el momento en que el filo de la espada se disponía a atravesar el cuerpo de la joven, un hombre se interpuso entre ambas.

—¡Padre! —exclamó Elisa al ver quien había salvado su vida. Instintivamente y con el corazón lleno de odio, tomó la daga que su padre llevaba siempre consigo y la clavó en el pecho de aquel hombre. Luego se arrodilló junto al cuerpo de su padre, apreciando que la herida era demasiado grave como para que pudiera sobrevivir.

—Acércate, Elisa —le rogó Fideas después de tomar su mano.

—No me dejes... —repitió ella varias veces mientras, sin poder contener las lágrimas, se abrazaba con fuerza a él.

—No hay que temer a la muerte —señaló su padre, tratando de consolar a Elisa—. No es sino una etapa más de la vida y hace mucho que estoy preparado para dar ese paso.

—¡Tú no vas a morir! —le interrumpió Elisa—. Yo te curaré —añadió después, dispuesta a utilizar sus poderes como sacerdotisa para conseguirlo.

—Hay algo en estos momentos mucho más importante que mi vida —señaló Fideas después de notar que las fuerzas comenzaban a abandonarle— y cuando escuches lo que voy a decirte lo comprenderás...

En cuanto su padre comenzó a relatarle lo que estaba a punto de suceder, Elisa palideció. ¿Cómo no se lo había dicho antes? ¿Cómo podía haberle ocultado la verdad durante todos esos años?

—Lo prometo —dijo finalmente con la esperanza de que eso pudiera animar a su padre. Pero justo en el momento en que pronunció esas dos palabras, su padre expiró, convencido de que la joven que estaba a su lado sería capaz de mantener la promesa que él mismo había realizado años atrás.

—¡No! —el grito que Elisa pronunció al comprender que su padre la había abandonado se confundió con el de Lara que intentó sin éxito acercarse a la joven sacerdotisa. Luego todo comenzó a volverse oscuro mientras las imágenes desaparecían, hasta que finalmente Lara se despertó, comprendiendo que todo había sido un sueño porque, afortunadamente, estaba en la habitación

del hotel.

## 5

**E**n cuanto los primeros rayos de sol comenzaron a iluminar la habitación, Lara abrió los ojos para comprobar no solo lo rápido que había amanecido, sino que apenas había descansado en toda la noche debido a las extrañas imágenes que habían atormentado su cabeza sin parar, haciéndole partícipe de una historia que aún no podía comprender.

—Elisa... —susurró en voz baja mientras recordaba el nombre de la muchacha que había ocupado sus pensamientos gran parte de la noche. Pero, ¿quién era esa joven?, ¿y por qué había soñado con ella cuando ni siquiera la conocía?

Una vez que se incorporó, notó que se sentía ligeramente mareada, lo que atribuyó al hecho de no haber podido descansar en toda la noche. Así que se apresuró a prepararse para bajar a desayunar al restaurante del hotel, dispuesta a recuperar las energías.

Mientras extendía la mantequilla sobre su tostada, Lara fijó su vista en el brazalete que lucía en su brazo derecho, sin poder dejar de pensar en que era igual que el que poseía Elisa en el sueño que había tenido la noche anterior.

—Esto no tiene ningún sentido —se dijo a sí misma mientras acababa de desayunar, dispuesta a olvidar momentáneamente todo lo que había sucedido el día anterior. Aun así, cuando abandonó el hotel, sus pasos parecieron guiarla, de una manera totalmente inconsciente, hasta el lugar que había visto en sus sueños y que ella misma había visitado en su primer día en Atenas.

En cuanto divisó de nuevo la imponente silueta del Partenón, tuvo la sensación de que era Elisa y no ella la que caminaba.

—¡No puede ser! —exclamó Lara después de ver que los edificios que estaban a su alrededor estaban en perfecto estado.

—¿Te encuentras bien? —preguntó una voz cerca suyo, consiguiendo que fuera nuevamente consciente de donde se encontraba—. ¿Estás bien? —repitió el joven, al ver que ella no se decidía a contestar.

—¿Por qué debería interesarte? —preguntó Lara a su vez, mostrándose realmente distante, no solo porque la persona que tenía enfrente de ella era el muchacho que había conocido el día anterior, sino porque estaba preocupada por todo cuanto le estaba sucediendo.

—Solo trataba de ser amable —remarcó él.

—Pues estoy perfectamente —mintió ella, dispuesta a seguir su camino hacia el Partenón.

—Puedo servirte de guía —añadió el joven después de advertir que algo le sucedía a Lara.

—¿Y qué podrías decirme tú que yo no pueda leer en la guía que ya poseo? —preguntó ella para hacerle comprender que no le necesitaba.

—Quizá, por ejemplo, la razón por la que Atenea es la diosa protectora de esta ciudad —señaló él, y como Lara le miraba fijamente decidió continuar la historia—. Atenea compitió con Poseidón por ser la deidad protectora de Atenas, que aún no tenía nombre. Se acordó que cada uno daría a sus habitantes un regalo y que estos elegirían cuál preferían. Poseidón golpeó el suelo con su tridente e hizo brotar una fuente, lo que les daba un medio de comerciar y agua. Atenea ofreció el primer olivo, advirtiéndole que el fruto de ese árbol les serviría de alimento. Los ciudadanos aceptaron el olivo y con él el patronazgo de Atenea, pues les proporcionaba madera, aceite y alimento, lo que marcó en parte el destino de Atenas ya que supuso que en vez de ser una comunidad marítima, entregada a Poseidón, se transformase en un pueblo de agricultores especializados en el cultivo de aceite —Nico observó complacido que la joven parecía interesada en su relato—. También se cuenta que todas las mujeres votaron por Atenea y todos los hombres por Poseidón. Ganó Atenea por un solo voto y Poseidón inundó la región. Para calmar la cólera de Poseidón desde entonces las mujeres dejaron de tener derecho al voto y los hijos no podrían tener nombres derivados del nombre de la madre.

—Siento decirte que ya conocía ese relato —mintió Lara, que no estaba

dispuesta a reconocer que aquella historia sobre Atenea le había parecido interesante. Pero, justo en el momento en que Lara se disponía a aclararle que tenía la intención de proseguir sola su visita, el brazalete que tenía alrededor de su brazo comenzó a calentarse, lo que consiguió centrar toda su atención ya que incluso tuvo la sensación de que el dorado metal brillaba con más intensidad, tal y como había sucedido la noche anterior.

—¿Qué me está pasando? —fue lo único que tuvo tiempo de decir antes de que la imagen de aquel muchacho, al igual que todo lo que le rodeaba, desaparecía de su vista...

Elisa miró a su alrededor y comprobó el caos que reinaba a su alrededor. Aunque todo en lo que creía estaba a punto de desmoronarse, su cabeza no dejaba de repetir las palabras que había escuchado de labios de Fideas.

—¡Padre! —exclamó mientras abrazaba al hombre al que le debía la vida—. Cumpliré tu promesa —añadió al tiempo que se separaba del cuerpo inerte de Fideas, dispuesta a impedir que aquellos hombres cumplieran el propósito por el que se habían adentrado en aquel templo. Instintivamente, buscó con la mirada a la única persona que le podía ayudar en esos momentos, que no era otra que la Suma Sacerdotisa porque, según lo que le había revelado su padre, ella no solo conocía parte del secreto que él había guardado celosamente a lo largo de los años, sino que había accedido a ayudarle durante todo ese tiempo. Al ver al lugar adonde trataba de dirigirse la Sacerdotisa, Elisa se apresuró a levantarse con la intención de reunirse nuevamente con ella. Pero todas sus esperanzas se desmoronaron en el preciso momento en que uno de los atacantes, que había deducido quién debía de ser aquella mujer porque su túnica era diferente a la del resto de sus pupilas, se abalanzó sobre ella, dispuesto a conseguir la información que necesitaba ya que había dedicado diecisiete años de su vida a buscar aquello que le proporcionaría el poder suficiente como para conseguir que el mundo entero se rindiera a sus pies. Aunque la búsqueda no había sido fácil, las últimas averiguaciones habían conducido sus pasos hasta aquel templo y ahora solo era cuestión de tiempo que cumpliera todos sus planes. Pero antes debía conseguir que aquella Sacerdotisa le revelase todo lo que sabía al respecto.

—¡Decidme dónde está! —le ordenó aquel hombre, colocando su espada contra el pecho de la Sacerdotisa, que sabía perfectamente todo lo que estaba en juego. Mientras recordaba el momento en que Fideas había acudido a solicitar su ayuda, buscó con la mirada a Elisa. Al ver la expresión del rostro de la muchacha, supo que la mejor de sus pupilas estaba ya al corriente de todo, lo que le ayudó a tomar una decisión. Ella había jurado proteger con su vida el secreto que le había sido revelado por lo que, sin mostrar la menor duda al respecto, ya que sabía que podía confiar en que Elisa protegiera el secreto, levantó los brazos gritando unas palabras que ninguno de los presentes pudo comprender. Luego se abalanzó sobre la espada que empuñaba aquel hombre, hundiendo el filo de la misma en su pecho porque no estaba dispuesta a revelar ni una sola de las palabras que había escuchado de labios de Fideas.

—¡No! —exclamó Elisa al ver como se teñía de sangre la túnica de aquella mujer.

En el preciso instante en que el cuerpo de la Suma Sacerdotisa cayó al suelo, las paredes del templo comenzaron a temblar, lo que logró asustar a gran parte de los atacantes, que temían que aquella mujer hubiera lanzado una maldición contra ellos.

Al ver que alguna de las piedras del techo comenzaba a desmoronarse, una buena parte de los hombres que habían profanado aquel templo decidió salir del mismo al igual que la mayoría de las personas que se encontraban en el interior del edificio. Elisa, por su parte, no mostró el menor temor por su vida porque estaba dispuesta a arriesgar lo que hiciera falta por cumplir su promesa. Pero aquello alertó al hombre cuya espada había acabado con la vida de la Suma Sacerdotisa, quien decidió perseguir a aquella joven a pesar de que cada vez eran más los bloques de piedra que se desprendían del techo. Aun así, después de varios minutos, consiguió arrinconar a la muchacha junto a la estatua de la diosa Atenea.

Al comprender que no tenía escapatoria, Elisa elevó la cabeza, suplicando a la diosa que la ayudara.

—Veamos si tú también estás dispuesta a morir por tu diosa... —dijo aquel hombre con una cruel sonrisa en los labios sin advertir que el escudo que la estatua de Atenea sujetaba en su brazo derecho acababa de

desprenderse, impactando sobre él para salvar, momentáneamente, la vida de la joven. Pero, tras el impacto, el suelo comenzó a temblar y Elisa tuvo que correr al otro extremo del templo, sin poder evitar que una de las piedras que se habían desprendido le golpeará en un costado, por lo que quedó tendida, completamente inmóvil, sobre el frío suelo, mientras trataba de buscar las fuerzas necesarias para evitar que sus ojos se cerraran...

Cuando Lara abrió los ojos, un numeroso grupo de personas, conscientes del desmayo de la joven, se había agrupado a su alrededor. Al ver que la muchacha había recuperado la consciencia y que además parecía encontrarse bien, los turistas decidieron continuar su visita y Lara volvió a contar únicamente con la compañía de aquel joven.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó ella, ya que lo último que recordaba era la imagen de Elisa en el interior del templo.

—Te desmayaste hace unos minutos —le explicó él—. Creo que debería verte un médico —añadió después.

—Ya me encuentro mejor —reconoció ella, que no sabía si prefería o no contar con la presencia de aquel muchacho.

—Me llamo Nicodemus —intervino el joven, después de imaginar lo que debía de estar pensando la joven—, pero todos mis amigos me llaman Nico. ¿Aceptarás ahora mi ayuda? —preguntó después de apreciar que aquella joven parecía realmente confundida.

—Tengo que irme —señaló ella, decidida a acudir al lugar donde esperaba encontrar a la única persona que podía revelarle qué era lo que le estaba sucediendo y sin dar ni siquiera tiempo a Nico a decir una palabra más. Al ver como desaparecía la silueta de la joven, Nico permaneció varios segundos inmóvil mientras se preguntaba no solo si debía seguir a aquella joven sino cuál sería el motivo por el que se comportaba de aquella manera tan extraña.

En cuanto vio de nuevo el escaparate de la tienda de antigüedades, Lara confirmó sus sospechas sobre la inverosímil situación que estaba viviendo,

sobre todo después de comprobar, una vez que se acercó a la puerta de entrada, que todo era completamente diferente a como ella lo recordaba. Al ver que la tienda estaba cerrada, acercó su cara al cristal del escaparate para ver mejor el interior de la misma. Pero, por más que miraba a su alrededor, no era capaz de encontrar ni uno solo de los objetos que había visto el día anterior. El escudo de Alejandro, los montones de libros, incluso las esculturas habían desaparecido.

—¡Es imposible! —exclamó contrariada porque, si aquella tienda estaba cerrada, ¿quién era el hombre con el que ella misma había hablado? ¿Es que también aquello había sido un sueño?—. ¿Qué me está pasando? —susurró al viento, esperando que alguien pudiera responder a sus preguntas. Pero, cada segundo que pasaba, todo parecía más confuso—. Tengo que regresar al hotel —decidió después, echando a correr con la intención de no salir de aquella habitación hasta que su padre regresara. Pero, ¿qué se suponía que tenía que contarle? ¿Qué había entrado en una tienda que parecía llevar años cerrada? ¿O que un desconocido le había regalado un brazalete que ella misma había visto en el brazo de una sacerdotisa de Atenea?

Al darse cuenta de que aquellos extraños sucesos habían comenzado en el preciso instante en que aquel brazalete entró a formar parte de su vida, decidió quitárselo.

—¡No es posible! —exclamó al ver que era incapaz de quitarse el brazalete. Es más, cuanto más intentaba desprenderse de él, más se ajustaba a su brazo.

—Haces cosas realmente raras —opinó Nico al ver el modo en que trataba de quitarse el brazalete.

—No creo haber pedido tu opinión —replicó ella mientras intentaba deshacerse de aquel objeto.

—¿Por qué quieres quitarte ese brazalete?

—¿Que por qué quiero deshacerme de este maldito trozo de metal?

—Creo que eres la primera persona a la que escucho describir el oro como maldito trozo de metal —señaló él.

—¿Oro? —preguntó ella sorprendida, pensando en el valor que podía tener aquel brazalete si realmente estaba hecho de oro—. ¿Estás seguro de que es oro? —quiso saber ella.

—Completamente —señaló él después de tocarlo con sus manos.

—¡Pero eso no tiene ningún sentido! —exclamó ella—. ¿Por qué iba alguien a regalarme algo tan valioso?

—Yo he visto este dibujo antes —reconoció Nico.

—¿Dónde? —preguntó Lara.

—No lo recuerdo —confesó él, tratando de hacer memoria—. ¡Ya lo tengo! —exclamó al darse cuenta de dónde había visto un grabado similar a las figuras geométricas del brazalete. Pero, al ver la expectación que sus palabras habían causado en la joven, decidió sacar partido a la situación.

—Dime por qué es tan importante para ti este dibujo y te diré dónde lo he visto.

—¿Por qué debería decirte nada? —preguntó ella, molesta con la actitud del joven—. Además, ¿quién me asegura que no estás mintiendo?

—Te doy mi palabra.

—Ya me has engañado una vez —le recordó Lara quien, a pesar de sus palabras, estaba dispuesta a cualquier cosa por encontrar respuestas. Pero, justo en el momento en que se disponía a pronunciar la primera palabra, recordó algo que había visto en sus visiones. Aunque apenas había podido apreciar los detalles del mismo, dibujó en su mente el colgante que la Suma Sacerdotisa de Atenea llevaba sobre su cuello, apreciando que era realmente parecido al que su padre le había regalado varios años atrás.

—¡Fidel! —exclamó al tiempo que tocaba su colgante mientras advertía que quizá existiera una persona que pudiera aclararle cuál era la procedencia de ese objeto—. Creo que no necesito tu ayuda —señaló ella con la esperanza de que el compañero de su padre pudiera darle alguna respuesta.

—Si cambias de opinión, ya sabes dónde encontrarme —le recordó él, mientras Lara comenzaba a alejarse del muchacho—. ¡Ni siquiera sé cómo te llamas! —gritó antes de que la silueta de la joven se perdiera entre la gente.

—¡Lara! —exclamó ella, sin saber si Nico había podido escuchar sus palabras.

Aunque ya no podía verla, Nico permaneció unos segundos más en aquel lugar, sin poder dejar de preguntarse qué sería lo que le sucedía a aquella joven para actuar así. Pero lo que más le inquietaba no era el comportamiento de la muchacha sino la extraña sensación que tenía desde el momento en que la

había conocido. Y es que, algo en su interior le decía que debía estar al lado de aquella desconocida porque, aunque ella se empeñara en negarlo, intuía que realmente necesitaba su ayuda.

## 6

Una vez que el taxi la dejó junto a la fachada principal del Museo, Lara se apresuró a recorrer la distancia que la separaba del despacho de Fidel, tal y como había hecho el día anterior, comprobando que, en esa ocasión, el compañero de trabajo de su padre se encontraba solo.

—¡Lara! —exclamó Fidel después de ver quién era la persona que acababa de entrar en el despacho—. ¿Ocurre algo? —preguntó después de ver la cara de desconcierto de la joven.

—Solo quería saber si hay alguna forma de comunicarme con mi padre —respondió ella mientras pensaba cómo obtener la información que necesitaba sin alarmar a Fidel.

—Creo que será mejor que tú y yo vayamos a comer —señaló Fidel mientras se levantaba de su asiento, dispuesto a conversar más tranquilamente con aquella joven cuyo rostro dejaba claro que había algo que la inquietaba. Aunque Lara insistió en que no era necesario, Fidel acompañó a la muchacha hasta uno de los restaurantes situados en el Pireo, el puerto deportivo de Atenas.

—No entiendo nada de lo que pone —se quejó Lara después de que el camarero le entregara la carta.

—No te preocupes —se apresuró a decir Fidel—. Yo pediré por ti —añadió después al tiempo que llamaba a uno de los camareros para indicarle lo que debían servirles—. ¿Me dirás ahora qué es lo que te ocurre?

—No sé si venir a Atenas ha sido buena idea —respondió ella.

—¿Bromeas? —preguntó él sorprendido ante la confesión de la joven—.

Yo hubiera hecho cualquier cosa por tener la oportunidad de conocer todo esto cuando tenía tus años —añadió después—. Tu padre regresará pasado mañana y, por lo que tengo entendido, tiene preparada una sorpresa para ti.

—¿Una sorpresa? —preguntó ella intrigada.

—Solo puedo decirte que más vale que descanses porque te espera una semana realmente agotadora —señaló Fidel comprobando que sus palabras habían conseguido animar a la joven.

Mientras esperaban a que les sirvieran la comida, Lara comenzó a tocar su colgante, lo que no pasó inadvertido para Fidel, que dedicó varios segundos a observarlo.

—Este es el colgante de la foto, ¿verdad? —se atrevió finalmente a preguntar Lara.

—Hacía mucho tiempo que no lo veía —reconoció él.

—Mi padre me lo regaló hace años —aclaró Lara.

—¿Nunca te ha contado cómo se hizo con él? —preguntó extrañado Fidel mientras la joven negaba con la cabeza—. La foto nos la hicimos el día que tu padre compró el amuleto —añadió ante la atenta mirada de la joven, que parecía realmente interesada en el tema—. Era la primera vez que viajábamos a Atenas así que ya puedes imaginar lo emocionados que estábamos ante la posibilidad de contemplar con nuestros propios ojos todo lo que habíamos estudiado durante años. Al pasar por la Plaka, nos detuvimos durante unos minutos en un pequeño mercadillo donde varios comerciantes trataban de vender numerosos objetos a los turistas, asegurándoles que eran muy antiguos. Como expertos en el tema, nosotros no tuvimos dificultad en apreciar que la mayoría de aquellas vasijas, estatuas y demás objetos no eran sino reproducciones modernas. Aun así, recorrimos cada uno de los puestos hasta llegar a uno que llamó la atención de tu padre —señaló Fidel antes de interrumpir su relato para que pudieran servir la comida.

—¿Fue allí donde compró el colgante? —preguntó Lara al ver que Fidel permanecía en silencio.

—La mujer que se lo vendió le aseguró que aquel colgante perteneció a alguien muy cercano a Alejandro Magno.

—¿Alejandro Magno? —preguntó ella sorprendida, ya que casi podía asegurar que aquello no era así.

—Si ha habido alguien capaz de despertar el interés y la admiración de tu padre a lo largo de toda su carrera ese es, sin duda, Alejandro Magno.

De hecho, creo que aún no ha perdido la esperanza de poder encontrar en alguna de sus excavaciones la mítica espada con la que llegó a conquistar medio mundo.

—¿Una espada? —preguntó Lara, recordando que los hombres que irrumpieron en el templo de Atenea mencionaron algo relacionado con una espada.

—¿No me digas que tu padre nunca te ha hablado de la historia de la espada de Alejandro?

—No suelo hablar con él de su trabajo —respondió ella, sintiéndose algo culpable por interrumpir a su padre cada vez que trataba de contarle alguna de sus historias.

—Es algo que nos contó uno de nuestros profesores en la facultad pero de lo que no existe ninguna prueba, por lo que la mayoría de la gente piensa que no es más que una invención que se ha transmitido a lo largo de los años —aclaró Fidel antes de comenzar el relato—. ¿No te has preguntado nunca cómo un solo hombre fue capaz de dominar el mayor ejército de la historia y de someter bajo su dominio a miles de pueblos y naciones sin que nadie fuera capaz de derrotarle? —Lara asintió con la cabeza, omitiendo el hecho de que lo único que sabía de ese hombre era lo poco que recordaba de sus clases de historia, así como lo que aquel anciano le había revelado el día anterior.

—Alejandro Magno fue un excelente estratega y militar. Conquistó Fenicia, Egipto, Mesopotamia, Persia... y si no llega a ser traicionado hubiese podido dominar el mundo entero.

—¿Traicionado? —le interrumpió Lara, quien no recordaba aquel dato—. Creía que Alejandro murió a causa de una enfermedad.

—Siento decirte que existe otra versión para la muerte de Alejandro, y es que fue asesinado. Y eso solo fue posible porque ya no contaba con la protección de su espada —Fidel hizo una pequeña pausa para decidir por dónde comenzar la historia—. Como te iba diciendo, no hay duda de que Alejandro poseía cualidades excepcionales: inteligencia, belleza, fuerza, astucia... Desde su nacimiento contó con el beneplácito de los dioses, quienes veían en él todas las virtudes propias de un dios, con la excepción de que el

joven Alejandro era mortal. Se recreaban observando su belleza, la maestría con la que usaba la espada, la rapidez con la que era capaz de mover su armonioso cuerpo y la facilidad con la que resolvía cualquier problema. Nadie ponía en duda que Alejandro había nacido para alcanzar la gloria. Así que, entre todos los dioses, pues no había uno solo al que él disgustase, decidieron ofrecerle un presente que pudiese ayudarlo a lograr aquello para lo que estaba predestinado, que su nombre forjase la leyenda con la que le conocerían a lo largo de la historia —Fidel comprobó complacido que Lara le miraba expectante, esperando el desenlace de su relato—. Atenea, diosa de la guerra, fue la encargada de hacerle tal regalo. Un día en el que el joven Alejandro había salido a pasear, se le apareció en medio del bosque. Alejandro se asustó, pero reconociendo al momento a la diosa, se arrodilló a sus pies y le ofreció la vida. Esto agradó a Atenea, quien sin dudarle le entregó la espada, no sin antes advertirle algo: «Alejandro, los dioses hemos decidido ofrecerte esta espada con la que podrás alcanzar tu destino, con la que llegarás a dominar el mundo. Ten siempre esta espada contigo, lucha con ella y no conocerás la derrota. Dominarás pueblos y naciones, y sus habitantes se someterán a tu voluntad sin oponer la menor resistencia. Tu nombre no caerá en el olvido con los años. Mucho tiempo después, el mundo te recordará y los hombres tratarán de seguir tus pasos. Ahora bien, esta espada es más poderosa de lo que imaginas, ya que otorga el poder y la gloria a quien la empuña, por lo que jamás debe caer en manos enemigas. Su dueño debe ser cauto y prudente, y no abusar del poder que concede. Aceptarla supone una gran responsabilidad pues nunca, bajo ningún concepto, podrás revelar a nadie este encuentro ni de dónde provienen tus victorias».

»Alejandro aceptó tal honor, prometiendo guardar el secreto. Pocos años más tarde su padre, Filipo, fue asesinado y él heredó la responsabilidad de dirigir su ejército y su pueblo. Las victorias fueron sucediéndose, una tras otra, y Alejandro logró reunir bajo su dominio el imperio más extenso jamás conocido. Además de dedicarse a la guerra también tuvo tiempo para el amor. Aunque se casó en varias ocasiones, solo hubo una mujer capaz de ocupar su corazón. A la muerte de Darío, el rey de los persas y su más terrible adversario, se casó con una de las hijas de este. Aunque el matrimonio no pareció muy apropiado entre los griegos, Alejandro estaba convencido de

ello. Quedó atrapado por la belleza de la joven, por la perfección de sus rasgos, su voz dulce y melodiosa... Pero a diferencia suya, la hija de Darío solo quería desposarse para conseguir vengarse de él. Alejandro era el causante de la muerte de su padre y de la destrucción de su pueblo, aun cuando este no había matado a Darío, sino que había sido uno de sus generales quién lo traicionó y le dio muerte. Es más, Alejandro persiguió a ese general persa hasta darle alcance y matarle para vengar así a Darío, ya que después de tantos años de lucha los dos habían aprendido a respetarse e incluso a admirarse mutuamente. Pero a pesar de eso, su hija culpaba a Alejandro del sufrimiento de su pueblo. Y utilizó todos los medios que estaban a su alcance para conseguir su venganza. Se cree que todas las mañanas le servía un copa de vino con un extraño sabor, que Alejandro adoraba, en la que ella vertía una pequeña cantidad de veneno, y cada noche le servía otra copa que contenía el antídoto correspondiente, de manera que Alejandro acudiera todas las noches a su encuentro ya que era la única manera de que este se encontrase bien. Llegó a ser tal la dependencia, que Alejandro le confesó su secreto. Le contó su encuentro con la diosa Atenea y las palabras que esta había pronunciado. Acto seguido, su esposa le preparó un brebaje para que durmiera profundamente y huyó con la espada. Pero Atenea despertó a Alejandro y le explicó lo que había pasado. Alejandro estuvo a punto de enloquecer al comprender su error. Llamó a su más fiel general, Fideas, y le encargó una misión: debería recuperar su espada y guardarla para siempre en un sitio seguro, ya que él no era digno de volver a empuñarla. También le explicó todo lo referente al poder de la espada para que comprendiera el peligro que suponía que cayera en malas manos. Alejandro le dijo todo esto a Fideas porque sabía que su lealtad hacia él era inquebrantable. Gracias a la ayuda de Atenea, Fideas no tardó en dar alcance a la joven esposa, antes de que consiguiese refugiarse entre los persas. Siguiendo las instrucciones de Alejandro, solo le arrebató la espada, perdonándole la vida. Ocultó la espada y regresó nuevamente al campamento. Pero lo que encontró fue el cuerpo, ya sin vida, de Alejandro.

—¿Había sido asesinado? —preguntó expectante Lara.

—Me temo que no puedo darte una respuesta con total certeza —reconoció Fidel—. Pero, si me pides mi opinión, te diré que estoy casi convencido de

que Alejandro fue traicionado. Como Fideas era el general con más autoridad después de Alejandro, nadie se atrevió a rebatirle cuando ordenó preparar los funerales. Alejandro debía ser enterrado con toda la gloria y los honores que se ganó en vida.

—Así que puede decirse que la hija de Darío consiguió a pesar de todo su venganza, ¿no? —preguntó Lara.

—Supongo que sí —respondió Fidel—, aunque cuando se enteró de la noticia lloró amargamente ya que nadie que conociese a Alejandro podía evitar amarle. Fideas desapareció después de los funerales y cumpliendo su promesa, se instaló en Atenas, fingiendo ser un humilde esclavo y con una niña de apenas un año bajo sus brazos.

—Un momento —le interrumpió ella—, ¿qué es eso de que llevaba una niña con él cuando llegó a Atenas?

—No hay ninguna prueba de ello, pero se cree que del matrimonio de Alejandro con la hija de Darío nació una niña. Fideas, además de arrebatarse la espada a la esposa de Alejandro, le quitó también a su hija, para que pudiese crecer junto a su padre. Cuando llegó al campamento y recibió la noticia de la muerte de Alejandro, decidió esconder a la niña para evitar que pudiese sufrir algún daño, ya que era la única descendiente y por tanto la heredera directa de todo el imperio. Después de los funerales, se decidió que el imperio de Alejandro se dividiera entre sus generales. La noche antes de que Fideas abandonase el campamento, intentaron asesinarle, seguramente por orden de los otros generales que esperaban así obtener más territorios. Un hombre oculto entre las sombras disparó una flecha dirigida al corazón de Fideas. Pero quiso el destino que una esclava detuviese casualmente la flecha con su cuerpo, perdiendo con ello su vida. La joven se llamaba Elisa, y como agradecimiento por salvarle la vida, le puso ese nombre a la pequeña.

—¿Y por qué no quiso contarle la verdad a Elisa?

—Supongo que solo quería protegerla —aclaró Fidel—. Elisa era solo una niña cuando su padre murió. Hubiese sido muy fácil acabar con su vida, por lo que Fideas decidió criarla lejos de cualquier peligro, hasta el día en que ella fuese capaz de entender todo. Llegado ese momento, Fideas le revelaría cuál era su procedencia así como el secreto de la espada que un día empuñó su padre. Pero la historia de la espada se extendió rápidamente y de

alguna manera los hombres que mataron a Alejandro sabían que era Fideas quien la había visto por última vez. Pero él no estaba dispuesto a revelar su secreto. ¿Y si la espada caía en manos de un hombre perverso? ¿Y si solo la usaba para causar la desolación y la muerte? No, no podía arriesgarse. La localización de la espada era un secreto que moriría con él. Pero, ¿por qué te interesa tanto todo esto? —preguntó Fidel quien conocía de sobra el poco interés que Lara sentía por la historia.

—Simple curiosidad —mintió ella.

—¿Y ese brazalete? —preguntó Fidel después de fijar su vista en el mismo.

—Lo compré en el Acrópolis —respondió ella, sin pensar en el hecho de que acababa de confesar que había visitado la ciudad sola—. Supongo que a mí también me engañaron —se apresuró a decir después, dando a entender que ella también había creído que era un objeto antiguo, tratando así de ocultar a Fidel cómo lo había obtenido.

—A tu padre le gustaría saber que todavía queda alguna esperanza de que sigas sus pasos.

—No te hagas ilusiones —dijo ella con una sonrisa en los labios.

Aunque durante el resto de la comida, ambos siguieron conversando de otros temas, Lara apenas podía escuchar nada de lo que decía Fidel. Su cabeza solo era capaz de repetir una y otra vez la historia que le había contado ya que, indirectamente, ella había sido testigo de parte de la misma.

Una vez que Fidel la dejó junto a su hotel, Lara sintió que le faltaba el aire. Durante unos minutos, trató de asimilar lo que podía estar sucediéndole. No en vano, las palabras de Fidel no hacían sino corroborar sus sospechas, unas sospechas que habían comenzado a formarse horas atrás y que parecían imposibles de crear. ¿Realmente era posible que el brazalete que ella misma llevaba fuera el que Elisa lucía en su brazo el día que perdió la vida? ¿Era esa la causa de aquellas extrañas visiones? Pero, ¿qué sentido podía tener eso?

Al darse cuenta de que necesitaba obtener más información, decidió regresar a la Acrópolis esperando no solo que aquel joven continuara allí sino que no la hubiera engañado y que, realmente, hubiese visto aquella inscripción en otro lugar.

## 7

**E**l sol comenzaba a perderse en el horizonte cuando Nico llegó a uno de sus lugares preferidos de la ciudad en la que había crecido. Situada muy cerca de la Acrópolis, la Torre de los Vientos se había construido en mármol por lo que, gracias a la luz de la puesta de sol, parecía querer cobrar vida con cada ocaso.

De planta octogonal, tenía doce metros de altura y sirvió en la antigüedad como reloj de sol, contando además con un reloj de agua en su interior. Al igual que había hecho en tantas ocasiones, fijó su vista en cada una de las paredes de la torre, donde estaban esculpidas las representaciones de los diferentes vientos, cuyos rostros se orientaban hacia el lugar donde estos soplaban, de tal modo que la veleta, situada en lo alto del edificio, señalaba en cada momento a la imagen del viento que predominaba. Pero si había una razón por la que aquel lugar era especial para él era, sin duda, porque aquella torre le recordaba que no siempre había estado solo. Aunque aquello también le entristecía porque cada día que pasaba todos los recuerdos de su infancia se volvían más borrosos, lo que le hacía temer que llegara un momento en que no pudiera acordarse de nada.

Mientras trataba de dibujar en su mente las facciones del hombre que se había encargado de él desde que no era más que un niño, tomó entre sus manos el óbolo de plata que siempre llevaba consigo.

—«Esta no es una moneda cualquiera, Nico» —recordó el joven, repitiendo las palabras que había pronunciado la persona que se lo regaló—. «Sé que no podré acompañarte durante mucho más tiempo, por eso quiero que,

a partir de este momento, seas tú quien guarde esta moneda porque sé que, al igual que hizo conmigo, te ayudará a encontrar tu camino».

Al recordar cada una de aquellas palabras, Nico no pudo evitar que una lágrima humedeciera su rostro al tiempo que se preguntaba si realmente se había convertido en la persona que su viejo amigo esperaba. Pero las cosas no habían sido nada fáciles desde que se quedara solo. Aunque su primera intención fue comenzar de nuevo en otro lugar, no había sido capaz de abandonar Atenas ya que no podía imaginar su vida lejos de cada uno de los rincones de aquella ciudad. Porque, ¿cómo sería una puesta de sol sin contemplar el deslumbrante brillo de la torre donde se encontraba? ¿O un amanecer en el que no pudiera fijar su vista en la imagen del Partenón? No, él no quería vivir en un lugar en el que no pudiera sentir que todo cuanto le rodeaba formaba parte de la historia de Grecia y del mundo entero, porque sus antepasados no se limitaron a crear únicamente una nación sino que consiguieron forjar un ideal que se había mantenido vivo con el paso de los años. Por eso había permanecido en aquella ciudad, viéndose obligado a ganarse la vida del modo en que había podido pero sin mirar nunca atrás, tal y como él le había enseñado.

Al darse cuenta de que su corazón comenzaba a sentirse más vacío que nunca, decidió caminar de nuevo para tratar de no pensar en nada más. Pero la imagen de la muchacha que había conocido el día anterior acudió rápidamente a su cabeza, conduciendo sus pasos hasta el lugar donde la había visto por última vez advirtiéndolo, complacido, que aquella joven estaba allí, lo que solo podía significar que necesitaba su ayuda.

—¿Dónde has visto estas letras? —fue lo primero que preguntó Lara, después de acercarse a Nico.

—Creía que no necesitabas mi ayuda.

—Solo quiero que me digas dónde has visto esto —añadió ella, mostrándole otra vez su brazalete.

—Solo te lo diré si me cuentas por qué es tan importante para ti —aclaró él, intrigado por el comportamiento de la joven.

—No me creerías —se apresuró a decir Lara a la espera de que aquel joven se decidiera a revelarle lo que necesitaba—. Está bien —cedió finalmente Lara pensando que compartir lo que le estaba sucediendo con otra

persona quizá le ayudara a saber si realmente se estaba volviendo loca o si de verdad era posible que, gracias a aquel brazalete, estuviera formando parte de la vida de Elisa.

Durante varios minutos, Lara relató todo cuanto le había sucedido desde su llegada a Atenas. Aunque Nico escuchaba atentamente cómo ella le contaba todo lo referente a su viaje desde Madrid, la pérdida de equipaje, el viaje de su padre a la excavación y su primera visita a la Acrópolis, la cara del muchacho cambió completamente en el momento que escuchó como aquel brazalete le había sido entregado por el dueño de una tienda de antigüedades en la que nadie parecía haber entrado durante años, pero sobre todo al conocer las extrañas visiones que Lara tenía desde que llevaba aquel objeto en su cuerpo.

—Eso no tiene ningún sentido —opinó Nico una vez que la joven terminó su relato.

—Te dije que no me creerías.

—Yo no he dicho que no te crea —le interrumpió el joven—, pero no entiendo cómo puedes haber estado en una tienda que lleva años cerrada. —¿Estás segura de que no te has equivocado de lugar? —Lara negó con la cabeza—. Además, ¿por qué estaría alguien interesado en regalarte algo tan valioso?

—No lo sé —respondió ella, anhelando conocer esa respuesta.

—¿De verdad crees que ese brazalete perteneció a la sacerdotisa de tus visiones?

—¿Qué otra explicación puede haber? —preguntó Lara, pensando en la opinión que Nico debía de tener de ella, porque ninguna de las palabras que había pronunciado tenía el más mínimo sentido—. ¿Me dirás ahora dónde has visto estos símbolos?

—Sígueme —señaló Nico, dispuesto a cumplir su parte del trato, conduciendo a Lara a través de los monumentos de la Acrópolis—. ¿Sabías que los griegos no pagaban entrada por acudir a los espectáculos? Es más, incluso recibían un óbolo por presenciar las representaciones, al igual que por asistir a la asamblea del pueblo —añadió Nico, orgulloso de haber nacido en aquella ciudad y sin percatarse de que el rostro de Lara comenzaba a palidecer.

—¿Falta mucho? —quiso saber ella, visiblemente mareada.

—Ya casi hemos llegado —contestó Nico, señalando con su dedo el edificio más asombroso de toda la Acrópolis. Una vez estuvieron en el Partenón, Nico condujo a Lara hasta la fachada este en cuya parte inferior aparecía grabada la inscripción que había leído en el cofre y que también aparecía en su brazalete—. De pequeño pasaba horas junto a estas ruinas —explicó Nico cuyos ojos mostraban la admiración que sentía por todo cuanto le rodeaba.

—Me recuerdas a mi padre —se atrevió a decir Lara después de observar lo que Nico sentía por aquel lugar.

—No te comprendo —señaló él.

—Cuando miras estos edificios, no ves lo mismo que yo.

—¿Y qué ves tú?

—Simplemente... —Lara pensó durante unos segundos cómo continuar la frase— ruinas —dijo finalmente colocando su mano sobre una de las columnas.

—¿Ruinas? —preguntó incrédulo Nico—. Estas piedras son mucho más que eso —se apresuró a decir el muchacho—. Son mi pasado —dijo a continuación—. Este lugar recuerda al mundo que un día existió, una nación en la que la libertad y la razón eran valoradas por encima de todo y cuyos valores y pensamiento se han conservado a lo largo de toda la historia.

—No se me había ocurrido pensar en eso —confesó Lara, impresionada con las palabras de Nico. Luego comenzó a recorrer el edificio, prestando atención a cada uno de los detalles del templo.

—¿Sabes que el creador de todo esto no fue reconocido en su época? —le preguntó Nico al tiempo que Lara negaba con la cabeza—. El Partenón fue construido por Fidias bajo el mandato de Pericles. Los enemigos de este último no se atrevieron a atacar directamente al político pero sí a sus colaboradores por lo que Fidias fue acusado de desfalco. Su ayudante fue sobornado y le acusó de robar parte del oro que le habían proporcionado para la escultura de Atenea. Pero Fidias había tenido cuidado de pesar el metal antes de aplicarlo. Al ordenar que el oro se despegara y fuera pesado de nuevo se vio que el peso era exacto.

Aunque Nico continuó hablando, Lara tuvo la sensación de que su mente

abandonaba nuevamente su cuerpo para viajar a aquel mismo lugar pero muchos siglos atrás por lo que, cuando miró a su alrededor, pudo ver como las antorchas iluminaban cada una de las piedras del Partenón, pero sobre todo la estatua de la diosa Atenea, tallada en oro y marfil, de doce metros de altura, que sostenía en su mano izquierda el escudo y la lanza y en la diestra llevaba una estatua de la Victoria. Como el Partenón no tenía ventanas, la estatua solo recibía la luz que entraba por la puerta. Pero esto no impedía que luciera el oro de sus vestidos o las esmeraldas que tenía por ojos.

Durante unos segundos, Lara se limitó a contemplar maravillada la impresionante labor de Fidias, lamentando profundamente que no hubiera recibido el reconocimiento que su trabajo merecía.

—¡Lara! —exclamó Nico mientras zarandeaba a la muchacha ya que su cuerpo estaba totalmente pálido y su mirada ausente—. Ha vuelto a ocurrir, ¿verdad? —preguntó después, resistiéndose a creer lo que le estaba sucediendo a aquella joven—. Deberías acudir a un médico.

—¿A un médico? —preguntó ella—. ¿Y qué se supone que debo decirle? ¿Qué veo cosas que ocurrieron hace miles de años? ¡Pensaré que estoy loca! —exclamó después, preguntándose a sí misma si realmente no había perdido la razón, lo que le llevó nuevamente a tratar de quitarse el brazalete.

—¿De verdad crees que eso es el causante de todo?

—No lo sé —reconoció ella—, pero yo me encontraba perfectamente hasta que entré en aquella tienda de antigüedades.

—¿Por qué no regresamos allí? —propuso Nico—. Quizá yo pueda decirte algo más de aquel lugar.

—De acuerdo —aceptó finalmente después de meditar su respuesta puesto que no sabía si era buena idea contar con la compañía de aquel joven, del que apenas sabía nada salvo el modo en que se ganaba la vida, lo que le llevaba a desconfiar de él. Aun así, estaba demasiado preocupada por todo lo que le sucedía como para pensar en nada más, así que caminó junto a Nico hasta salir de la Acrópolis.

—¿Quién era Teseo? —quiso saber Lara después de atravesar nuevamente el arco de Adriano.

—Es un personaje mitológico —contestó Nico—. Se convirtió en el héroe ateniense por excelencia después de matar al minotauro.

—¿Al minotauro? —preguntó Lara.

—No me digas que nunca has oído la historia del minotauro —la joven negó con la cabeza—. El minotauro era un monstruo con cabeza de toro y cuerpo de hombre. Nació de la unión de la esposa del rey cretense Minos con un toro blanco que Poseidón había enviado al monarca. Cuando el rey descubrió el nacimiento del Minotauro, lo ocultó encerrándolo en el Laberinto que su arquitecto Dédalo había diseñado para tal efecto. Cada año llegaban a Creta siete muchachos y siete muchachas atenienses para servir de alimento al monstruo.

—¡Qué horror! ¿Y nadie hizo nada para evitarlo?

—Teseo decidió oponerse a esa masacre y se ofreció él mismo para acompañar a los condenados a morir devorados. Una vez allí, consiguió matar al minotauro y pudo salir del laberinto gracias al hilo mágico que la hija del rey, Ariadna, le había regalado —continuó diciendo Nico—. De regreso a casa, Teseo olvidó cambiar las velas negras que llevaba el barco por una vela blanca, señal de victoria, tal y como había acordado con su padre. Egeo, que así se llamaba, pensó que las velas negras anunciaban la muerte de su hijo y, desesperado, se arrojó al mar que desde entonces lleva su nombre —concluyó él justo antes de llegar a la tienda de antigüedades, comprobando que, efectivamente, esta parecía llevar años cerrada.

—¿Estás segura de que es aquí dónde estuviste ayer?

—Completamente —contestó ella sin albergar la menor duda—. La tienda estaba abierta y yo entré para comprar un regalo a mi padre. Me atendió un hombre muy mayor y fue él quien insistió en que aceptara el brazalete.

—Pero parece que nadie haya entrado aquí en años —opinó Nico—. Tiene que haber otra explicación.

—No crees nada de lo que te he dicho, ¿verdad? —preguntó Lara, intuyendo lo que debía de estar pensando aquel joven.

—No quería insinuar eso —reconoció Nico quien, por alguna razón que desconocía, creía a aquella muchacha.

—Creo que será mejor que regrese al hotel —dijo Lara, incapaz de pensar ni un minuto más en aquel asunto.

A pesar de que ella había insistido en que podía llegar al hotel sola, Nico decidió acompañarla, sobre todo después de que el rostro de la joven volviera

a adquirir un tono realmente pálido. Lara, por su parte, permaneció todo el camino en silencio, pensando en cómo iba a contarle a su padre lo que le sucedía. Aunque todavía faltaban dos días para que él regresara, por lo que albergaba la esperanza de que todo se normalizase en el momento en que pudiera dormir unas horas.

## 8

Una vez estuvo de nuevo en su habitación, Lara acudió rápidamente al baño y refrescó su cara con agua bien fría. Luego se tumbó sobre la cama dispuesta a no pensar en nada que tuviera que ver con lo que le había sucedido a lo largo de ese día. Pero, por más que intentaba desalojar cualquier pensamiento de su cabeza, no era capaz de hacerlo porque el recuerdo de Elisa, así como todo lo que le había sucedido a aquella joven, era más fuerte que su deseo de olvidar todo lo ocurrido.

—Tiene que haber una razón —susurró Lara, convencida de que debía existir un motivo por el que ella también formara parte de toda aquella historia, así que comenzó a repasar lo que sabía hasta ese momento. Según había podido averiguar, después de la muerte de Alejandro Magno, Fideas viajó hasta Atenas con su espada y con Elisa en su regazo, dedicando el resto de su vida a custodiar los dos bienes más preciados del hombre al que había jurado fidelidad eterna: la espada entregada por Atenea y su hija. Pero el rumor sobre la existencia de la espada se corrió rápidamente, consiguiendo que algunos hombres fueran capaces de cualquier cosa por hacerse con aquel arma, atreviéndose incluso a profanar el templo de la diosa Atenea, de lo que ella misma había sido testigo. Pero, ¿qué era lo que había sucedido a partir de ese momento? La última imagen que recordaba era el cuerpo de Elisa desplomándose sobre el suelo luego, ¿habría podido cumplir su promesa? O por el contrario ¿habrían sido aquellos hombres quienes consiguieran lo que buscaban?

Consciente de que no había forma de conocer las respuestas a esas

preguntas, cerró los ojos, con la esperanza de que, cuando se despertara, todo volviera a la normalidad.

Elisa abrió los ojos y comprobó, aliviada, que aún seguía con vida. Pero la herida de su costado continuaba sangrando por lo que debía de haber perdido demasiada sangre como para poder realizar la promesa que le había hecho a su padre ella sola. Preocupada, miró a su alrededor, adviniendo que Héctor se lamentaba a escasos metros de ella, dispuesto a pagar con su vida el error que había cometido.

—¡Detente! —exclamó Elisa antes de que él llevara a cabo su propósito.

—¡Elisa! —exclamó Héctor después de ver quien era la persona que había hablado—. ¡Estás viva! —dijo mientras abrazaba a la muchacha.

—Me temo que las parcas ya han tejido mi destino, Héctor —confesó ella, consciente de su situación.

—¡Todo ha sido culpa mía! —exclamó él, sin poder aguantar el sentimiento de culpa que parecía corroer sus entrañas—. ¡Yo debería haber estado aquí para protegerte! —añadió después, recordando el momento en que decidió no acudir al templo para evitar contemplar con sus propios ojos como la mujer a la que amaba entregaba su vida a Atenea. Aunque los gritos de las sacerdotisas le habían alertado de que algo no iba bien, había llegado al templo demasiado tarde.

—La culpa es solamente de los hombres que han osado profanar este lugar —señaló Elisa mientras recordaba con odio como aquellos bárbaros habían irrumpido en el santuario, pero sobre todo, el momento en que su padre había perdido la vida para protegerla.

—¡Pero yo debería haber estado a tu lado! —dijo él, tremendamente arrepentido.

—Sé que darías tu vida por mí, Héctor —se apresuró a decir Elisa, tomando la mano del joven—. Eres el mejor amigo que alguien pueda desear y puedes estar seguro de que, a pesar de que mi destino fuera servir a Atenea, nunca hubiese permitido que eso me apartara de ti —añadió después.

—Tengo que sacarte de aquí antes de que esos hombres regresen —señaló Héctor, consciente de la gravedad de la situación de la joven.

—No es mi vida de lo que debemos preocuparnos ahora —remarcó Elisa, quien solo deseaba encontrar el modo de poder cumplir la promesa que había hecho a Fideas—. Hay algo que debo revelarte —añadió después, al tiempo que pedía a su amigo que se acercara a ella para compartir con él su secreto, no solo porque confiaba plenamente en su amigo sino porque necesitaba su ayuda para cumplir su propósito.

Durante varios minutos, Elisa compartió con Héctor todo cuanto le había sido revelado esa noche, sintiéndose a su vez culpable por implicar a su mejor amigo en aquel asunto, porque sabía perfectamente que conocer aquel secreto suponía también estar en peligro.

—¿Estás segura de que es la única solución? —preguntó Héctor alarmado después de escuchar las últimas palabras de Elisa.

—No hay otra manera —aseguró ella, para hacer comprender al joven la gravedad de la situación—. ¿Me ayudarás? —preguntó después.

—Hace mucho tiempo que mi vida te pertenece, Elisa —confesó él antes de besar la mejilla de la muchacha, consciente de que aquello era una despedida. Luego, con lágrimas en los ojos, se apartó de la joven que, con las últimas fuerzas que le quedaban, tomó el brazalete que lucía en su cuerpo y lo sujetó fuertemente entre sus manos.

—Yo, Elisa, sacerdotisa de Atenea —comenzó diciendo ella, dispuesta a utilizar sus poderes como sierva de la diosa—, maldigo a los hombres que han causado tanto sufrimiento y destrucción esta noche. No conocerán la dicha y su codicia será su verdugo. Maldigo a todo aquel que busque la espada de Alejandro para causar el mal o aquel que esté dispuesto a arriesgar una sola vida para conseguirlo. —Héctor comprobó asustado que, mientras Elisa pronunciaba aquellas palabras, los ojos de la estatua de Atenea brillaban con más intensidad que nunca—. Y juro por mi sangre —al decir esto se cortó con una pequeña daga y un hilillo de sangre cayó sobre su brazalete—, juro que no descansaré en paz hasta que haya cumplido mi promesa.

—¡No! —gritaron Héctor y Lara a la vez al ver como se desplomaba el cuerpo de Elisa sobre el frío suelo. Pero, a diferencia de Lara, Héctor sabía que Elisa acababa de utilizar uno de los poderes más secretos de una sacerdotisa de Atenea, el cual solo podía ser utilizado en circunstancias excepcionales puesto que a cambio, había que pagar un precio demasiado alto:

la vida...

Después de ser testigo de lo que le había sucedido a Elisa, Lara se despertó sobresaltada. Pero la sensación de tranquilidad que experimentó al ver que se encontraba en la habitación del hotel desapareció en el mismo momento en que recordó las últimas palabras de Elisa, porque ahora sabía que eran las responsables de todas sus visiones, al igual que no tenía ninguna duda sobre que su brazalete era el mismo que lucía Elisa la noche en que utilizó sus poderes para establecer un vínculo con la persona que lo llevara puesto.

—¿Por qué abriste el cofre? —se preguntó después. Pero pronto se dio cuenta de que había sido aquel anciano quien le había insistido para que se llevara el brazalete. ¿Significaría eso que aquel hombre conocía de dónde procedía aquel objeto? ¿Por eso se lo había regalado? Aunque, por otra parte, ¿qué se suponía que podía hacer ella?

—Tengo que regresar allí —dijo mientras se levantaba de la cama, dispuesta a ver de nuevo el lugar donde Elisa había pronunciado las palabras responsables de que su vida hubiera quedado entrelazada a la de la sacerdotisa.

## 9

Nico apoyó la cabeza contra una de las viejas columnas del templo de Zeus y fijó su mirada en la Luna, advirtiéndole que esa noche parecía más grande y bella que nunca. Pero aquella imagen no hizo sino recordarle a la persona con la que solía compartir cada noche así como las historias que le relataba para que pudiera dormirse. Y eran esas historias las que le habían permitido conocer cada uno de los mitos relacionados con su pueblo porque aquel hombre había intentado transmitirle todo cuanto sabía.

Aunque su vida había sido totalmente diferente a la de la mayoría de los jóvenes de su edad, Nico se sentía afortunado de ser el único dueño de su destino y de decidir en cada momento qué era lo que le convenía.

—«Nuestro hogar es el mundo» —susurró en voz baja, repitiendo las palabras de la persona que había decidido cuidar de él después de que lo encontrara vagabundeando por las calles de Atenas cuando no tenía más de cinco años. Aunque aquel hombre no había podido brindarle un hogar dado que él tampoco lo poseía, se había encargado de llenar su vida de cariño y bondad, convirtiéndole en un muchacho realmente feliz. Pero el paso de los años le había arrebatado a su compañero, obligándole a vivir solo de nuevo. Y, aunque hubiera momentos en que sintiera el peso de la soledad sobre su espalda, prefería pensar que era esa forma de vida la que le permitía hacer lo que quería en cada momento. Por eso le extrañaba tanto el hecho de no haber podido dejar de pensar en Lara desde que se hubiera separado de ella. Aunque nada de lo que le había contado parecía tener el más mínimo sentido, él la creía, sobre todo después de ver que la inscripción del Partenón era

exactamente igual a la de su brazalete. Pero eso también le hacía presuponer que aquella testaruda muchacha estaba en peligro.

Convencido de que tenía que hacer algo por ayudarla, Nico se levantó rápidamente, dispuesto a regresar al lugar más visitado de Atenas.

Una vez que salió del hotel, Lara comprobó que había anochecido por completo, lo que le hizo detenerse momentáneamente para plantearse si realmente era buena idea dirigirse a la Acrópolis en mitad de la noche. Pero la necesidad de llegar al fondo de aquel asunto era más fuerte que el temor que le infundía caminar a través de la oscuridad. Así que comenzó a recorrer el mismo trayecto que había realizado en varias ocasiones desde su llegada a Atenas.

En cuanto llegó al Arco de Adriano, se detuvo unos segundos para mirar la inscripción y recordar lo que Nico le había relatado sobre el héroe griego. Al pensar en el muchacho que había conocido el día anterior, comenzó a caminar mientras apreciaba la extraña forma en la que Nico había sido partícipe, aunque solo por unas horas, de toda aquella historia. Pero ahora debía ser ella la que continuara buscando respuestas, por lo que aceleró el paso, deseosa de llegar cuanto antes a la entrada de la Acrópolis.

—¡Genial! —exclamó después de ver que el acceso a aquella parte de la ciudad estaba prohibido durante la noche—. Tendré que regresar mañana —dijo para sí misma, al tiempo que notaba una mano sobre su hombro, lo que le llevó a girar su cabeza con rapidez para comprobar quién había seguido sus pasos—. ¡Estás loco! —gritó al ver quién era la persona que estaba delante de ella—. ¡Me has asustado! —añadió después.

—No era mi intención —se disculpó Nico.

—¿Qué haces tú aquí?

—Mi instinto me dijo que regresarías aquí esta noche —confesó él—, y veo que no me he equivocado. ¿Por qué has venido?

—Tuve otra visión —explicó Lara, revelando a Nico lo que Elisa había hecho antes de morir—. ¿Por qué crees que aquel anciano me regaló el brazalete? —preguntó después con la esperanza de que alguien le dijera de una vez qué era lo que se suponía que debía hacer ella.

—No lo sé —respondió Nico, quien estaba más preocupado por el aspecto de la joven que por resolver aquel enigma—. ¿Eres consciente de que cada hora que pasa estás más pálida? —remarcó después de advertir que Lara parecía mucho más débil que esa misma tarde.

—¿Qué insinúas?

—No estoy seguro —reconoció Nico mientras una suposición comenzaba a tomar forma en su cabeza—. Creo que tus visiones no son el único vínculo que has establecido con Elisa.

—No te entiendo —señaló ella al ver que había detenido sus palabras.

—¿Y si el brazalete une tu vida a la de Elisa de una forma tan fuerte que estás destinada a...? —Nico interrumpió la frase.

—¿Correr su suerte? —continuó Lara, terminando la pregunta que él no había querido finalizar—. ¡Pero eso no es justo! —señaló ella al tiempo que intentaba de nuevo quitarse el brazalete—. ¿Por qué entraría en aquella tienda? —repitió varias veces hasta que Nico se acercó a ella y sujetó su brazo.

—Solo era una suposición —dijo sin soltar el brazo de la muchacha a la espera de que se tranquilizara—. Además, estoy seguro de que acabarás comprendiendo lo que debes hacer —señaló después.

—Por eso necesito regresar al templo —dijo finalmente ella.

—En eso puedo ayudarte —aseguró Nico, sorprendiendo a la muchacha—. Sígueme.

Durante varios minutos, Lara siguió los pasos del muchacho por los alrededores de la Acrópolis hasta llegar a un lugar desde donde era posible acceder al interior de la misma sin ser descubiertos.

—¿Cómo conocías esta entrada? —preguntó Lara, quien cada vez estaba más sorprendida con aquel joven.

—Yo he crecido aquí —señaló él—. Conozco cada rincón de este lugar —añadió mientras colocaba su mano sobre una derruida columna—. Sigamos —dijo después, al ver el modo en que Lara lo miraba.

Minutos después, ambos accedían a las ruinas del mítico Partenón. En el mismo momento en que Lara atravesó el umbral de la entrada, la visión de aquellas ruinas desapareció ante sus ojos para contemplar a continuación aquel santuario tal y como estaba la noche en la que fue atacado por aquellos

hombres.

Ante la atenta mirada de Nico, Lara recorrió cada uno de los rincones de aquel edificio, disfrutando del privilegio de poder contemplar la grandiosidad del templo erigido por Fidias. Los detalles de los frisos, el manto tejido como ofrenda a la diosa pero sobre todo, la estatua de Atenea. Durante varios segundos, contempló a la diosa vestida con una túnica que le caía hasta los pies donde estaba esculpida una serpiente.

Aunque la imagen de la estatua era realmente excepcional, Lara no podía dejar de pensar que era allí mismo donde Elisa había pronunciado las palabras responsables de todo cuanto le había sucedido a lo largo de ese día.

—¿Estás bien? —preguntó Nico después de que Lara se acercara al lugar donde estaba grabada la inscripción del brazalete.

—¿Sabes lo que significa? —fue lo único que dijo ella mientras pasaba la mano por encima de las mismas.

—Sabiduría, valor y justicia —respondió Nico, traduciendo la inscripción.

—Sabiduría, valor y justicia —repitió Lara en voz alta—. ¿Crees que son las cualidades que debía tener una sacerdotisa de Atenea? —preguntó Lara, suponiendo que esas palabras debían de haberse grabado en el brazalete para que Elisa no olvidara cuáles eran los preceptos que debía seguir a lo largo de su vida.

—Parece lógico —respondió Nico—. Atenea era considerada la diosa de la sabiduría, la estrategia y la guerra justa.

Durante varios minutos, Lara tocó cada una de las letras de aquella inscripción con la intuición de que eran aquellas palabras las que debían mostrarle por dónde seguir.

—La inscripción no es exactamente igual que la del brazalete —advirtió Lara después de recordar las dos letras que aparecían también en la joya así como en el cofre que la contenía—. ¿Lo ves? —dijo mientras le mostraba el brazalete.

—Tienes razón —afirmó Nico—. Faltan las letras alfa y omega —remarcó después.

—Alfa y omega —susurró varias veces Lara buscando una conexión entre ambas y la inscripción—. Principio y fin —señaló a continuación.

—Principio y fin, pero, ¿de qué? —preguntó Nico, cada vez más contrariado.

—Puede que... —señaló Lara mientras una idea empezaba a tomar forma en su cabeza—. ¡Ayúdame! —dijo después, al tiempo que se colocaba junto a la primera letra y mandaba a Nico al final de la inscripción.

—¿Estás pensando lo que creo? —preguntó Nico después de comprender lo que trataba de hacer Lara.

—¿Por qué no? —dijo ella mientras se encogía de hombros, dispuesta a comprobar si estaba en lo cierto. Luego, sin decir nada más, colocó su mano sobre la primera letra al tiempo que Nico hacía lo mismo con la última.

—Alfa y omega —susurraron ambos a la vez mientras empujaban las respectivas letras comprobando que, al ser presionadas simultáneamente, ambas activaron un mecanismo por el que se abrió una pequeña trampilla justo en el lugar donde en su día estuvo colocada la estatua de la diosa Atenea.

—¡Tenías razón! —exclamó Nico al ver la entrada secreta.

—¿Adónde crees que conduce? —preguntó ella.

—¿No lo has visto en ninguna de tus visiones? —quiso saber Nico.

—No —contestó ella—. Es más, creo que ni siquiera Elisa conocía esta entrada —aseguró después—. Elisa murió la noche de su nombramiento como sacerdotisa de Atenea por lo que creo que no tuvo tiempo de conocer todos los secretos de este santuario. ¿Crees que deberíamos entrar? —preguntó Lara, preocupada ante lo que pudiera esperarles al otro lado.

—Me parece que no tenemos muchas más opciones —opinó Nico.

—Pero podría ser peligroso —señaló ella.

—Iremos con cuidado —aseguró él, quien, a pesar de lo que trataba de aparentar, también estaba intranquilo, puesto que aquella entrada parecía conducir a algún lugar secreto que podía estar protegido con todo tipo de trampas.

—No tienes por qué acompañarme —le recordó Lara mientras se dirigían a la entrada, sin querer reconocer no solo que agradecía no estar sola en esos momentos sino que le agradaba la compañía de aquel joven.

—¿Y perder una oportunidad como esta? —se apresuró a decir él para ocultar que el verdadero motivo por el que estaba allí era, sin duda, ella—. He pasado toda mi vida entre estas piedras, así que si realmente estos muros

esconden algún secreto, quiero conocerlo —añadió mientras comenzaban a descender por unas escaleras que les condujeron hasta un estrecho y oscuro pasadizo.

Aunque los dos sabían que debían continuar para obtener respuestas, ambos se limitaron a observar con temor el lugar por donde debían conducir sus pasos con la esperanza de que lo que les aguardara al otro lado fuera menos tenebroso que la oscuridad que parecía invadir cada rincón de aquel túnel secreto.

## 10

A penas habían recorrido unos metros de aquel oscuro pasadizo cuando Lara se detuvo.

—Espera un momento —dijo ella al tiempo que buscaba en el interior de la mochila hasta encontrar una pequeña linterna que llevaba siempre consigo—. No ilumina mucho pero nos servirá para ver por dónde caminamos.

—Iré yo primero —señaló Nico después de tomar la linterna en su mano derecha y caminar más despacio.

—¿Te das cuenta de que somos las primeras personas que recorreremos este pasadizo en siglos? —preguntó emocionada Lara.

—Creía que el Partenón solo era un viejo edificio para ti —se apresuró a decir Nico, recordando las palabras de la joven.

—Y sigo pensando lo mismo —aseguró Lara, consciente de que había cambiado desde su llegada a Atenas. Aunque no quisiera reconocerlo, averiguar lo que había sucedido en aquel edificio le impedía verlo de la misma manera, aun cuando apenas se hubiera conservado una mínima parte de lo que fue—. ¿Qué ocurre? —quiso saber Lara al ver que Nico se había detenido.

—Tenemos un problema —señaló el muchacho iluminando los tres pasadizos en los que se dividía el túnel por el que caminaban.

—¿Qué hacemos ahora?

—Debemos decidir qué pasadizo seguimos.

—¿Alguna sugerencia?

—Creo que solo contamos con el azar para tomar una decisión —señaló Nico al tiempo que iluminaba la entrada de los tres túneles a la espera de algo que pudiera ayudarles a decidir.

—¿El azar? —preguntó Lara nerviosa, ya que prefería contar con algo más que la suerte para salir con vida de allí.

—¿Y bien? —quiso saber Nico, esperando que fuera Lara quien tomara una decisión.

—¿No eran los griegos los que pensaban que la virtud está en el medio? —preguntó Lara señalando el pasadizo situado en posición central.

—Sigamos entonces —dijo Nico mientras comenzaba a andar de nuevo.

Aunque no quería preocupar a la joven, con cada paso que daban, aumentaba la sensación que tenía no solo de estar avanzando hacia lo desconocido sino de estar a punto de precipitarse al vacío.

—¿No te parece que el pasadizo es cada vez más estrecho? —preguntó Lara, quien tenía el mismo presentimiento que Nico.

—Quizá deberíamos regresar —opinó él, consciente de que el pasadizo finalizaba a escasos metros.

—Ya casi hemos llegado —señaló Lara—. No podemos darnos la vuelta ahora.

—Está bien —cedió Nico—, pero vayamos con cuidado —dijo mientras comenzaba a andar de nuevo, deteniéndose en el preciso momento en que el pasadizo dio paso a una enorme sala que parecía estar incluso más oscura que el lugar de donde venían.

—¿Por qué me cuesta caminar? —preguntó Lara una vez que pasaron al interior de la sala.

—No lo sé —respondió Nico, quien comenzaba a tener la misma sensación que la joven—. ¿Qué es esto? —dijo el muchacho mientras utilizaba su mano izquierda para tratar de apartar algo que, a pesar de que no podía verlo con claridad, le dificultaba el avance.

—Parece... —comenzó diciendo la joven mientras hacía lo mismo que Nico— ¡una tela de araña! —añadió en el preciso momento en que quedó pegada a una extraña malla de resistentes hilos entre los cuales había quedado atrapada—. ¡No puedo moverme! —exclamó asustada viendo que la situación de Nico no era mucho mejor que la suya puesto que también estaba atrapado

en aquella gigantesca tela de araña.

—No trates de moverte —señaló Nico, consciente de que, cuanto más se movían, más se adhería la tela de araña a sus cuerpos.

—¿Quién puede haber tejido algo así? —preguntó Lara, sin saber muy bien si quería conocer la respuesta.

—No lo sé —contestó Nico—, pero hay que reconocer que ha hecho muy bien su trabajo —añadió después de comprobar que apenas podía moverse.

—Dime que es imposible que exista algo capaz de tejer una tela de estas dimensiones —señaló Lara, visiblemente afectada por el hecho, no solo de no poder moverse, sino por la posibilidad de encontrarse con el ser responsable de aquella mortal trampa.

—¿Cómo no me he dado cuenta antes? —se preguntó a sí mismo Nico una vez que comprendió la grave situación en la que se encontraban—. Estamos en un templo de Atenea luego es lógico que todo lo que nos encontremos guarde relación con la diosa.

—Pero, ¿qué tiene que ver Atenea con todo esto? —quiso saber Lara.

—Aracne —respondió Nico, sin que su respuesta aclarase nada a la muchacha—. Aracne era una joven griega que se volvió tan vanidosa de sus habilidades como tejedora que osó creerse mejor que la propia Atenea. La diosa, ofendida, le dio la oportunidad de redimirse y, tomando el aspecto de una anciana, apareció ante Aracne para advertirle de su comportamiento. Pero esta no reconoció su soberbia, deseando incluso tener la oportunidad de participar en un concurso con la diosa para demostrar su habilidad. Atenea aceptó tal desafío, tejiendo la escena de su victoria sobre Poseidón por el patronazgo de Atenas mientras que la joven escogió varios episodios que reflejaban la infidelidad de los dioses. Aunque la obra de Aracne era ciertamente excepcional, Atenea se enfadó aún más por la irrespetuosa elección de la muchacha, por lo que destruyó el tapiz y el telar de Aracne golpeándolos con su lanza —al llegar a este punto de la narración, Nico se calló repentinamente.

—¿Has oído eso? —preguntó Lar a asustada.

—Yo no he oído nada —mintió Nico para tranquilizar a la joven.

—¿Qué ocurrió con Aracne? —quiso saber Lara, quien creía conocer la respuesta.

—Atenea la convirtió en araña —contestó él, sin saber si había sido buena idea revelar a su compañera aquella información.

—Tenemos que salir de aquí —advirtió ella, con el presentimiento de que algo les acechaba desde las sombras.

—Si al menos pudiera mover un brazo —se lamentó Nico quien, al igual que Lara, tenía todas las extremidades inmovilizadas.

Al comprender que lo único que podía mover era la cabeza, no dudó en acercar la misma hasta su brazo derecho. Al advertir lo que trataba de hacer, Lara trató de imitar al joven pero ella no consiguió mover la cabeza ya que, cuanto más intentaba moverse, más atrapada quedaba entre aquella madeja de hilos.

Una vez que consiguió liberar uno de sus brazos, Nico intentó hacer lo mismo con todas las ataduras que inmovilizaban el resto de su cuerpo lo que no resultaba nada fácil: debía moverse con mucho cuidado ya que, tal y como Lara había comprobado, aquella telaraña parecía tener la capacidad de adherirse mejor cuanto más intentabas despegarte de ella.

—Ya casi está —señaló Nico al tiempo que intentaba despegar la última parte de su cuerpo adherida a la telaraña.

—Date prisa —remarcó Lara quien deseaba salir cuanto antes de allí.

—¡Lo conseguí! —exclamó Nico una vez que estuvo libre. Rápidamente se acercó a la muchacha y con mucho cuidado fue eliminando cada uno de los hilos que la mantenían inmovilizada. Pero justo en el momento en que Lara estaba a punto de quedar libre, algo se acercó a Nico, colocándose justo detrás de su espalda.

—¡Cuidado! —fue lo único que tuvo tiempo de gritar Lara después de ver dos resplandecientes ojos que brillaban en mitad de la oscuridad. Pero antes de que Nico pudiera hacer nada, aquel ser se abalanzó sobre el joven quien apenas tuvo tiempo de esquivar el ataque, por lo que acabó tendido sobre el suelo.

—¡Sal de aquí! —gritó Nico mientras trataba de defenderse de aquella gigantesca araña. Al comprender que Nico no podría resistir mucho más tiempo, Lara acabó de liberarse sola, corriendo a continuación hacia el peligroso atacante, lo que pareció distraer a la araña, que se olvidó momentáneamente de Nico para centrar toda su atención en la muchacha.

Consciente de que no tenía nada que hacer frente a aquel ser, Lara estiró su brazo derecho para tomar en su mano la linterna que se encontraba adherida a la telaraña a escasos centímetros, encendiendo rápidamente la misma para enfocar al animal. Aunque la visión de su atacante le resultó espeluznante, la luz deslumbró a la araña, acostumbrada a la oscuridad de aquel tétrico lugar, momento que aprovechó Nico para abalanzarse sobre la misma antes de que pudiera herir a la joven, desestabilizando al animal, lo que a su vez le proporcionó el tiempo necesario para tomar la mano de Lara y salir corriendo de allí.

—No mires hacia atrás —señaló Nico después de advertir que la joven era incapaz de apartar la vista de aquella sala.

—Pero, ¿y si nos sigue?

—No tendrá tiempo —aseguró él—, porque vamos a abandonar este templo ahora mismo —añadió después, dispuesto a regresar a la parte del Partenón que tan bien conocía.

En cuanto llegaron al lugar donde el camino se había dividido, Lara se detuvo unos segundos lijando su vista en los dos pasadizos que había descartado. Pero Nico, que no había soltado su mano, continuó avanzando hasta llegar al lugar por el que se suponía debían regresar a la superficie.

—¡Se ha cerrado! —exclamó Lara al ver que no podrían abandonar aquella galería por el mismo sitio por el que habían entrado.

—Quizá exista algún mecanismo que active la puerta desde aquí —señaló Nico al tiempo que comenzaba a mirar a su alrededor.

—Me temo que estamos obligados a seguir adelante —dijo Lara después de varios minutos en los que ambos habían revisado cada una de las piedras que estaban a su alrededor.

—Creo que tienes razón —afirmó Nico mientras se dirigían al lugar donde el camino se dividía en tres—. Hay que elegir otro pasadizo —señaló el joven.

—Está claro que yo me equivoqué —se apresuró a decir Lara—, así que esta vez tendrás que decidir tú.

—Seguiremos por el de la derecha —decidió finalmente Nico esperando que, en esa ocasión, tuvieran más suerte. Pero, cuando no habían recorrido más que unos metros, Lara, situada a escasos centímetros de él, sintió que las

fuerzas la abandonaban y, antes de que pudiera hacer nada por evitarlo, su cuerpo se desplomó sobre el frío suelo.

—¡Lara! —exclamó Nico asustado, consciente de que ahora tenía una razón más urgente para encontrar el modo de salir de allí porque el tiempo se agotaba, algo que les obligaba a encontrar aquella espada cuanto antes, si quería que aquella joven consiguiera algo más importante que cumplir la promesa de Elisa: conservar su vida...

## 11

Elisa se detuvo unos segundos para contemplar como la silueta de Héctor desaparecía entre la gente, mientras se daba cuenta de todo lo que aquel joven significaba para ella. No en vano, Héctor, junto con Fideas, era la única familia que tenía. Aunque no les unía ningún lazo de sangre, ella amaba a aquel joven con todo su corazón, lo que le había hecho más difícil aún la decisión de entregar su vida a la diosa Atenea. Pero tampoco podía olvidar que ser sacerdotisa de Atenea formaba parte de su destino, tal y como había sentido desde que era una niña, por lo que comenzó a andar de nuevo con la intención de dirigirse al templo donde tan solo en una semana tendría lugar la ceremonia por la que se consagraría a la diosa.

Cuando estaba a punto de llegar al santuario, Elisa vio que la Suma Sacerdotisa, con quien deseaba hablar, penetraba en el templo con gran rapidez, por lo que aceleró el paso llegando al Partenón minutos después.

Una vez dentro, sus ojos se encontraron con los de la diosa Atenea, quien parecía vigilar toda la ciudad desde aquel privilegiado lugar. En cuanto estuvo junto a la enorme estatua, Elisa se arrodilló comprendiendo que había elegido el camino correcto porque su deber era, sin duda, servir a Atenea. Luego se levantó y comenzó a caminar de un lado a otro del santuario comprobando, extrañada, que no había ni rastro de la Suma Sacerdotisa.

—¡No puede ser! —exclamó ella contrariada—. Yo misma la he visto entrar aquí —susurró después, apreciando que alguien más se disponía a entrar en el templo.

—¡Elisa! —exclamó la Suma Sacerdotisa al tiempo que cruzaba el umbral

de entrada al santuario—. Me alegra comprobar que compartes mi devoción por Atenea.

—¿Cómo habéis salido? —fue lo primero que preguntó Elisa, incapaz de comprender lo que había sucedido—. He visto como entrabais en el templo — señaló confundida.

—Pronto serás Sacerdotisa de Atenea —dijo ella mientras se acercaba a la joven—, y entonces podrás comprender todos los misterios que encierra este sagrado lugar —añadió después, observando el interés con que Elisa miraba el colgante que llevaba siempre consigo.

—Es precioso —reconoció la muchacha, consciente de que la Suma Sacerdotisa se había dado cuenta del interés que mostraba por aquel objeto.

—¿Nunca te has preguntado por qué lo llevo siempre conmigo? —preguntó ella mientras se lo quitaba, depositando el mismo sobre la mano de Elisa, quien no tardó en percibir que aquel colgante era un objeto realmente valioso—. Estoy segura de que algún día serás tú quien lo posea —reconoció después, volviendo a colocarlo sobre su cuello—. Pero, hasta entonces, debes tener presente que este edificio fue levantado para Atenea y hasta la última de sus piedras fue colocada para recordárnoslos durante toda la eternidad...

—¡Lara! —exclamó Nico al ver que la joven seguía sin abrir los ojos—. ¡Despierta! —rogó al mismo tiempo que la joven comenzaba a moverse, lo que tranquilizó al muchacho—. ¿Has tenido otra visión? —preguntó, una vez que ella estuvo completamente consciente.

—Sí —afirmó ella mientras miraba a su alrededor porque, por un momento, había tenido la esperanza de despertarse en otro lugar.

—Entonces, ¿sabes cómo salir de aquí?

—Me temo que no —respondió Lara—. De hecho, ahora estoy segura de que Elisa nunca tuvo conocimiento de esta parte del templo —opinó antes de relatar a Nico lo que había visto—. Creo que deberías contarme más cosas sobre Atenea —sugirió, al tiempo que se levantaba, porque las palabras de la Suma Sacerdotisa confirmaban la relación del lugar donde se encontraban con la diosa.

—De acuerdo —aceptó Nico mientras ayudaba a levantarse a Lara, con la

intención de proseguir el camino cuanto antes—. Atenea era hija de Zeus y Metis. Antes de que naciera, Zeus fue advertido de que, si tenía una hija de Metis, tendría también un hijo que le despojaría de su poder por lo que, para evitar la predicción, Zeus engulló a Metis —al escuchar aquello, Lara miró a Nico con cara de asombro, estando a punto de detener la narración—. Un día, Zeus se despertó con un fuerte dolor de cabeza que no pudo soportar por lo que otro dios, Hefesto, le abrió la cabeza para poder quitarle aquel dolor y fue entonces cuando emergió Atenea.

—¿Los griegos siempre ideaban historias tan extrañas? —le interrumpió Lara, sin poder imaginarse lo que Nico acababa de relatarle.

—¡Mira! —exclamó el joven mientras se acercaba a una de las paredes—. ¡Es una antorcha! —dijo mientras se daba cuenta de que estaba ungida con aceite. Luego comenzó a rebuscar en el bolsillo del pantalón, sacando después el viejo óbolo de plata que usaba para el juego de los cubiletes. A continuación, y sin que Lara pudiera comprender lo que trataba de hacer, deslizó con fuerza la moneda contra la pared varias veces hasta que una pequeña chispa saltó de la misma y prendió el aceite de la antorcha. Gracias a la luz proporcionada por las llamas, que iluminaba mucho más que la linterna de Lara, pudieron ver que, a escasos metros, había otra antorcha por lo que Nico se acercó a la misma, dispuesto a prenderla también. Pero, en cuanto las llamas entraron en contacto con la pared, sucedió algo extraordinario ya que el fuego se propagó a lo largo de todo el pasadizo, iluminando, gracias a un conducto situado por encima de sus cabezas, todo aquel templo.

—¡Es increíble! —opinó Lara después de ver lo sucedido, siendo aún más consciente de que eran las primeras personas, desde hacía siglos, que podían contemplar aquel espectáculo.

—Tenemos que continuar —señaló Nico, algo más tranquilo ya que, gracias a la luz de las antorchas, aquel templo parecía un lugar mucho menos peligroso.

Durante varios minutos, ambos recorrieron aquel estrecho pasadizo con la sensación de que caminaban en círculos puesto que parecía que no avanzaban nada, lo que les hizo dudar de que hubieran elegido el camino correcto.

—¿Oyes eso? —preguntó Lara al tiempo que se detenía para identificar mejor aquel ruido, sobre todo por el temor de que aquel horrible animal

podiera haberles seguido—. Parece una melodía —señaló después, aliviada ante el hecho de que aquella música no parecía tener nada que ver con aquel ser tan desagradable.

—Es como si las notas te envolvieran en un cálido abrazo —opinó Nico que estaba empezando a sucumbir al dulce encanto de aquella fascinante melodía.

—No quiero seguir caminando —dijo Lara mientras su cuerpo parecía volverse cada vez más pesado.

—Pero debemos continuar —se apresuró a decir Nico que también se sentía terriblemente cansado—. El brazalete... —añadió antes de que sus ojos, al igual que los de Lara, comenzaran a cerrarse.

Mientras dejaban que sus cuerpos sucumbieran al efecto de aquella melodía, Nico recordó la relación existente entre aquel lugar y la diosa Atenea para tratar de encontrar una explicación a lo que les estaba sucediendo. Pero aquella música ni siquiera le dejaba pensar con claridad.

—¡Es la melodía! —susurró débilmente mientras llevaba las manos a la cabeza para taparse los oídos y evitar así quedarse totalmente dormido, tal y como estaba a punto de sucederles—. ¡Tápate los oídos! —le gritó varias veces a la joven hasta conseguir que le hiciera caso.

Una vez que ambos dejaron de escuchar aquella embriagadora melodía, empezaron a sentirse mejor, reanudando de nuevo el camino con gran rapidez. Solo después de varios minutos, Nico separó las manos de la cabeza para comprobar que ya no se escuchaba nada.

—¿Cómo supiste lo que nos estaba sucediendo? —preguntó Lara al ver que ya no había peligro.

—Ulises —respondió él, viendo que su respuesta no sacaba de dudas a la muchacha—. ¿Realmente no sabes quién es Ulises? —preguntó extrañado el joven después de ver la cara de desconcierto de la joven—. Ulises fue uno de los héroes de la guerra de Troya —comenzó diciendo Nico—. De hecho, fue él quien tuvo la idea de construir un caballo gigantesco de madera que los griegos abandonaron frente a las puertas de la infranqueable ciudad de Troya. Los troyanos, deslumbrados por el tamaño del caballo, abrieron sus puertas y lo introdujeron en la ciudad, sin saber que en su interior se escondían numerosos soldados griegos. Cuando llegó la noche, los soldados salieron de

su escondite y abrieron las puertas de la ciudad, permitiendo la entrada a las tropas griegas lo que significó el fin de Troya.

—¿Y qué tiene que ver eso con lo que nos ha sucedido?

—De regreso a su patria, Ítaca, Ulises sufrió numerosas desventuras que lo alejaron una y otra vez de su hogar, al cual no pudo regresar hasta después de veinte años.

—¿Veinte años? ¿Cómo es eso posible?

—Porque algunos dioses se empeñaron en alejarle una y otra vez de Ítaca, haciéndole pasar numerosas penalidades. Pero Atenea, quien había advertido el valor y astucia del héroe, fue su aliada en numerosas ocasiones, permitiéndole finalmente llegar a su casa.

—Sigo sin entender la relación con lo que nos ha sucedido.

—En una ocasión, Ulises fue advertido sobre el mortal poder de la voz de las sirenas por lo que, al pasar junto a ellas, no tuvo más remedio que taponar los oídos de todos sus hombres con cera, lo que les permitió conservar la vida.

—¿Y crees que es eso lo que hemos escuchado?

—¡Mira! —exclamó Nico al ver que el camino finalizaba a escasos metros de ellos.

—¿Crees que es seguro? —preguntó Lara asustada después de recordar lo que les había sucedido la última vez.

—No tenemos otra opción —señaló Nico, consciente de que la salida de aquel templo no estaba en ninguno de los lugares por los que habían pasado. Así que recorrieron los pocos metros que les separaban del final del camino hasta llegar a una sala en la que no había ninguna salida y además estaba completamente vacía.

—Y ahora, ¿qué se supone que debemos hacer? —preguntó Lara mientras caminaban de un lado a otro de la sala—. ¿Significa que debemos regresar y tomar el otro pasadizo?

—Está claro que por aquí no podemos continuar —señaló Nico quien desconfiaba del lugar donde se encontraban—. Salgamos —dijo después. Pero, antes de que pudieran regresar nuevamente al pasadizo, la salida quedó bloqueada por un enorme muro de piedra que emergió del techo al tiempo que el suelo pareció moverse dejando a la vista un complicado mecanismo

formado por la superposición de varios círculos, ocupados todos por diferentes letras.

—¡Estamos atrapados! —gritó Lara al ver como desaparecía la única salida que había en ese lugar. Luego se acercó a Nico quien examinaba atentamente la inscripción grabada en el círculo central, alrededor del cual se superponían otros círculos en los que, según pudo comprobar, estaban todas las letras del alfabeto griego.

—¿Qué significa? —preguntó Lara.

—«Si aprecias tu vida,  
deberás recordar el nombre de quien,  
valiéndose de sus habilidades y sabiduría,  
al hijo del dios de los mares,  
burló con astucia y valentía».

—¿Y todas esas letras? —preguntó Lara después de apreciar que los círculos sobre los que estaban grabadas parecían girar en torno a la inscripción.

—Creo que sirven para escribir la respuesta del enigma —contestó él, suponiendo que la respuesta estuviera formada por la combinación de seis letras, ya que era el número total de círculos—. Y, ¿sabes la respuesta?

—Supongo que también hace referencia a Ulises —señaló mientras buscaba las letras que contenía el nombre del héroe griego.

—¿Quién es el hijo del dios de los Mares?

—Polifemo —contestó Nico al tiempo que se disponía a colocar la última letra—. Era un cíclope, hijo de Poseidón, que devoraba carne humana. Cuando Ulises desembarcó en sus tierras, lo apresó junto a sus compañeros en su cueva y todos los días devoraba a uno de ellos. Ulises consiguió dormir al gigante con vino, aprovechando después para clavarle una estaca en su único ojo, lo que le dejó ciego. Este, al no poder ver, fue palpando una a una las ovejas que dejaba salir cada día de su cueva para comprobar que eran las únicas en abandonar la gruta, pero no se le ocurrió tocar el vientre de los animales que era donde se habían aferrado los griegos, consiguiendo así escapar —explicó Nico mientras colocaba la última letra, lo que provocó un

gran ruido en la sala.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó asustada Lara.

—No lo sé —respondió Nico, que también presentía que algo no iba bien, lo que se confirmó en el mismo momento en que el techo comenzó a descender.

—¡El techo! —exclamó la joven, después de comprender lo que les sucedería si no conseguían detener aquel mecanismo.

—No lo entiendo —dijo Nico confundido, puesto que estaba seguro de haber acertado la respuesta.

—¿Estás seguro de que fue Ulises?

—Totalmente —respondió Nico cuya cabeza trataba por todos los medios de averiguar cuál había sido su error—. Quizá... —susurró mientras se acercaba de nuevo a la inscripción, escribiendo «Odiseo» en vez de Ulises, ya que también era conocido por aquel nombre, lo que inspiró el nombre de la famosa obra de Homero que relataba las desventuras del héroe. Pero, al contrario de lo que esperaba, el techo no solo no se detuvo sino que comenzó a caer con más rapidez.

—¡Tenemos que encontrar la manera de salir de aquí! —exclamó Lara, quien se resistía a pensar que aquello era el fin.

—El dios de los mares es Poseidón y estoy seguro de que el hijo al que hace referencia la inscripción es Polifemo —señaló Nico—. ¡Tiene que ser Ulises! —afirmó advirtiendo que el techo alcanzaría sus cabezas en poco tiempo.

—Haz algo, Nico —rogó Lara.

—¡Claro! —exclamó el joven con una sonrisa en los labios—. ¿Cómo no me he dado cuenta antes? —se preguntó a sí mismo mientras colocaba su tercera y última respuesta, ya que sabía que no podía permitirse ningún error más—. ¡Nadie! —exclamó después de colocar la última letra lo que, afortunadamente, detuvo el mecanismo e hizo que el techo comenzara a ascender nuevamente.

—¿Nadie? —preguntó ella sorprendida ya que, por un momento, había pensado que Nico acababa de condenarles a una muerte segura.

—Cuando Polifemo le preguntó a Ulises por su nombre, este le dijo que se llamaba «Nadie». Una vez que el cíclope se dio cuenta del engaño, pidió ayuda a sus hermanos pero cuando estos le preguntaron quién le había herido,

él solo pudo responder que «Nadie» era el responsable. Los cíclopes creyeron que estaba loco y le dejaron nuevamente solo, lo que despertó la ira de Poseidón, quien intentó por todos los medios vengar la afrenta cometida a su hijo, impidiendo el regreso de Ulises a su hogar.

—Pero «Nadie» contiene cinco letras —remarcó Lara.

—No en griego —aclaró el joven—. De hecho, Ulises utilizó esa palabra por la similitud con su nombre.

—¡Mira! —exclamó Lara, interrumpiendo la explicación de Nico—. ¡Una salida! —añadió al ver que ahora existía un lugar por el que podían abandonar aquella sala.

—Salgamos de aquí cuanto antes —señaló Nico, dado que allí no había nada que pudiera servirles de ayuda.

—¡No me lo puedo creer! —dijo la joven enfadada, después de ver nuevamente dónde se encontraban. No en vano, habían regresado al lugar donde el pasadizo se dividía en tres posibles caminos, dos de los cuales ya habían recorrido.

—Míralo por el lado bueno —señaló Nico, tratando de animar a Lara—. Por lo menos, ahora sabemos cuál es el pasadizo que debimos elegir desde un principio.

—Espero que tengas razón —remarcó ella antes de sentir un dolor muy fuerte en el pecho.

—¿Qué ocurre? —quiso saber Nico al ver que la joven se había detenido—. ¿Estás bien? —preguntó después de contemplar el rostro de Lara.

—No es nada —mintió ella para ocultar sus sospechas a Nico, dado que había sido él mismo quien le había hablado de la posibilidad de que su vida hubiera quedado ligada a la de la joven sacerdotisa luego, ¿implicaría aquello también que estaba condenada a sufrir su destino? Aunque había decidido no pensar en esa posibilidad, todo parecía confirmar esa teoría, puesto que Elisa había recibido un duro golpe en la misma zona donde ella había notado aquel dolor tan agudo.

—Debemos continuar —fue lo único que dijo Lara, consciente, más que nunca, de que se les acababa el tiempo, por lo que ambos comenzaron a caminar más rápido, con la esperanza de que, en esa ocasión, no les esperase ningún peligro al otro lado del pasadizo. Pero, antes de que pudieran llegar al

final del recorrido, Lara, que iba más retrasada que su compañero, sintió que el suelo se movía bajo sus pies.

—¡Nico! —fue lo único que tuvo tiempo de gritar antes de quedar sumida en una completa y absoluta oscuridad—. ¡Nico! —repitió de nuevo, sin obtener ninguna respuesta.

Después de unos segundos en los que no fue capaz de mover ni uno de sus músculos, Lara trató de levantarse, apreciando que tenía todo el cuerpo dolorido por la caída. Pero lo que más le preocupaba no era su estado físico sino el hecho de que Nico no estaba con ella.

Aunque esa misma mañana le había repetido varias veces que podía arreglárselas sola, ahora comprendía que, además de necesitar su ayuda, la presencia de aquel joven le agradaba, no solo porque siempre parecía encontrar solución a los problemas, sino por la forma en que se enfrentaba a la vida, como si nada ni nadie pudiera hacerle daño. Eso le hizo preguntarse qué era lo que sabía de aquel joven. Aunque apenas sabía nada sobre su pasado, después del tiempo que había estado con él, estaba segura de una cosa: era alguien en quien podía confiar. Por eso no soportaba la idea de que algo malo pudiera haberle sucedido, ya que era ella quien le había involucrado en todo aquel asunto.

—Tengo que salir de aquí —dijo mientras comenzaba a buscar a su alrededor con la intención de encontrar la mochila, de la cual se había separado por la caída. Después de unos minutos, que a Lara le parecieron horas, una de sus temblorosas manos se hizo con la linterna, encendiéndola a continuación con el temor de no saber qué podía encontrarse en aquel oscuro y frío lugar.

En cuanto la luz de la linterna iluminó a su alrededor, Lara dejó escapar un grito. Pero pronto comprendió que lo que le había asustado era una enorme estatua de mármol situada en la parte central de la sala. Después de asegurarse de que tan solo era una figura, Lara se acercó a ella, reconociendo a la diosa Atenea. Luego giró su cuerpo, dispuesta a examinar el resto del lugar donde parecía encontrarse atrapada.

Al igual que le hubiera sucedido con la estatua, echó su cuerpo hacia atrás en el momento en que la linterna iluminó una extraña figura apreciando enseguida que tan solo se trataba de una pintura. Al comprender que era tan

solo un dibujo, Lara se acercó a la pared para observar mejor qué era lo que representaba.

—Atenea... —susurró después de reconocer la escena retratada ya que hacía pocos minutos que Nico le había relatado el nacimiento de la diosa.

Luego iluminó el resto de las paredes del lugar que parecía haber sido elegido para reflejar muchos de los momentos de los que la diosa de la sabiduría y la justicia había formado parte.

—¡Ulises! —exclamó después de ver a un hombre atado al mástil de un barco. Rápidamente iluminó la escena contigua donde el héroe, junto a sus compañeros, huía de la cueva del gigante Polifemo escondidos en el vientre de los carneros, tal y como Nico le había dicho. Finalmente aparecía retratado el momento en que Ulises conseguía llegar a su patria, donde su mujer y su hijo llevaban años esperándole—. ¿Quién eres tú? —preguntó después de ver la imagen de un hombre muy grande y musculoso que trataba de vencer a un león con la única ayuda de sus corpulentos brazos—. ¿Hércules? —preguntó a continuación fijando la vista en todas las personas que habían recibido la ayuda de Atenea, lo que logró hacerle recuperar la esperanza de salir con vida de allí porque estaba segura de que la diosa comprendería el motivo por el que se había visto obligada a recorrer aquella parte del Partenón.

Al pensar nuevamente en la diosa, un pensamiento cruzó por su mente lo que le llevó a acercarse a la estatua de Atenea. Luego cerró los ojos para intentar reproducir en su cabeza la imagen de la diosa que había visto el día que aquel templo fue atacado.

—¡El escudo! —exclamó Lara después de darse cuenta de cuál era la diferencia entre ambas estatuas. A pesar de que su mano derecha sostenía la imagen alada de la Victoria y de que su mano izquierda sujetaba la lanza, la estatua situada junto a ella carecía del escudo que, al desprenderse, había salvado la vida de Elisa.

Después de recordar qué era aquel objeto sobre el que se apoyaba la lanza que sujetaba la diosa, Lara llevó su mano hasta la misma, dispuesta a hacer la misma presión que el escudo debería ejercer sobre el arma en la escultura original. Consciente de que el punto exacto donde quería empujar estaba situado demasiado lejos de su mano, Lara se puso de puntillas para poder alcanzar mejor la lanza. Luego, mientras pensaba en todas las cosas por las

que quería salir de allí, comenzó a empujar la lanza con todas sus fuerzas.

—¡No puede ser! —exclamó enfadada al ver que no conseguía ningún resultado. Pero, lejos de perder la esperanza, pensó nuevamente en su madre, que la esperaba en Madrid. Luego pensó en su padre y en todas las cosas por las que deseaba pedirle perdón, así como en Elisa y en la promesa que debía cumplir. Pero, sobre todo, pensó en Nico y en cuánto deseaba encontrarse de nuevo con él lo que le llevo a empujar con más fuerza, consiguiendo, finalmente, mover aquella lanza.

Al escuchar un fuerte ruido a su espalda, Lara se giró con rapidez, apreciando segundos después que ahora existía una forma de salir de allí. A pesar de que no sabía a dónde conducía aquella abertura en la pared, no dudo en dirigirse a la misma para introducirse de nuevo en un pasadizo que, al igual que el que había recorrido junto a Nico, estaba iluminado por el fuego de las antorchas. Pero, cuando no había hecho más que ponerse en camino, un ruido algo lejano le hizo detenerse. Aunque intentó no pensar en la enorme araña a la que se habían enfrentado al poco tiempo de entrar en aquella zona secreta del templo, aquel sonido, cada vez más cercano, le hizo avanzar de nuevo con rapidez, siguiendo el pasillo hasta llegar a otra sala.

Consciente de que no podía regresar sobre sus pasos, Lara se quedó unos minutos frente a la puerta de entrada de aquella estancia mientras se preguntaba si allí dentro encontraría lo que tanto necesitaba o si por el contrario, le esperaba alguna otra prueba capaz de poner en peligro su vida.

## 12

Nico miró una vez más la imagen del muro antes de abalanzarse contra él, tal y como había hecho durante los últimos minutos.

—¡Lara! —gritó una vez que comprendió que no había forma de retroceder, lo que significaba que su destino y el de aquella joven habían quedado irremediablemente separados—. Tengo que encontrar la forma de regresar —se repitió a sí mismo, tratando de hallar la manera de atravesar aquel bloque de piedras que parecía haber surgido de la nada después de que Lara desapareciera de su lado.

Mientras intentaba pensar con claridad, Nico llevó su mano al óbolo de plata para tratar de adivinar qué habría hecho su viejo amigo en su lugar. Pero, lejos de ayudarlo, aquello solo consiguió recordarle el dolor tras perderlo, lo que le entristeció aún más.

—¡No te abandonaré! —gritó antes de chocar nuevamente con el muro, incapaz de caminar un solo paso sin saber si Lara estaba a salvo. Aunque había intentado no pensar en aquella posibilidad, imaginó a la joven tras aquella pared, sola e indefensa frente a aquel horrible ser que había estado a punto de acabar con sus vidas. Pero luego recordó la forma en que se había enfrentado a él en su primer encuentro, lo que le sirvió para darse cuenta de que Lara no era tan indefensa como pensaba. No, aquella joven era decidida y testaruda, pero también inteligente y valiente, por lo que estaba seguro de que encontraría el modo de salir de allí. Y fue ese pensamiento el que logró hacerle caminar de nuevo, ya que era completamente inútil permanecer en aquel lugar.

—Sé que lo lograrás —susurró antes de abandonar aquel muro, decidido a recorrer el resto del templo con la esperanza de encontrar a Lara antes de que fuera demasiado tarde.

A pesar de que intentaba moverse con rapidez, Nico comenzó a sentir que, sin la presencia de Lara, su cuerpo parecía más lento y pesado, quizá por el hecho de que se sentía inexplicablemente unido a aquella joven. Y eso se debía, en parte, a que, en el preciso instante en que descubrieron aquella entrada, ambos habían comenzado un peligroso viaje hacia el pasado, formando parte de un secreto que mantendría sus vidas entrelazadas para siempre.

—Empezamos esto juntos... —dijo Nico en voz baja— y lo acabaremos juntos —añadió después, caminando por el pasadizo hasta que pudo distinguir el final del mismo.

Cuando estaba a punto de descubrir hacia dónde conducía aquel túnel, Nico escuchó un ruido procedente del lugar donde se disponía a entrar lo que le llevó a retroceder unos pasos con el temor de que fuera aquella araña quien le esperara al otro lado. Pero la necesidad de encontrar a Lara le infundió el valor necesario para enfrentarse a cualquier cosa, así que se encaminó en busca de su destino.

—¡Lara! —exclamó emocionado después de ver quién era la persona que había llegado antes que él a aquel lugar.

—¡Nico! —gritó ella mientras corría a su encuentro, golpeándole suavemente en su hombro una vez que estuvo a su lado, lo que desconcertó al muchacho—. ¡Me has asustado! —añadió después—. Pensé que eras esa enorme araña —aclaró antes de abrazar al joven, quien también rodeó con sus brazos a Lara, sin atreverse a confesar lo preocupado que había estado por ella—. No vuelvas a abandonarme —le pidió Lara antes de separarse del joven, quien se limitó a observar durante unos segundos el rostro de su compañera, el cual acababa de recuperar la sonrisa y, sobre todo, la esperanza de salir con vida de allí.

—Tiene que ser aquí —opinó Nico después de mirar a su alrededor y apreciar que Alejandro Magno aparecía en todas las escenas que decoraban cada una de las paredes de aquel lugar. Al igual que la sala en la que Lara había permanecido sola después de separarse de Nico, aquella estancia

reflejaba toda la vida del conquistador griego: su nacimiento, su educación a cargo de Aristóteles, el momento en que consiguió domar a Bucéfalo, su nombramiento como rey...

—¡Mira! —exclamó Nico después de ver retratada la escena en la que la diosa Atenea le entregaba la espada.

—¡Fideas! —señaló Lara con uno de sus dedos para que Nico pudiera contemplar el rostro de la persona que había sido leal a Alejandro hasta el día de su muerte.

—Tuvo que ser un hombre realmente excepcional —opinó Nico, sin apartar la mirada del general que había sacrificado su vida entera por ayudar a la persona a quien había jurado fidelidad eterna.

—¿Crees que ese cofre es la respuesta? —preguntó Lara después de olvidar momentáneamente todos los grabados y centrar su atención en el altar situado en el centro de la sala.

—Estoy convencido de que sí —opinó Nico avanzando hasta el altar, sobre el que había un cofre de color dorado.

—¿Qué significa? —quiso saber Lara después de fijar la vista en las letras que adornaban la parte superior del cofre.

—No estoy muy seguro —respondió Nico, sin poder entender correctamente la inscripción.

Sería algo así —añadió después de unos segundos—: «La avaricia transformará tu corazón en piedra» —leyó finalmente, sin saber muy bien lo que podía significar aquella advertencia.

—¿Crees que la espada está dentro? —preguntó emocionada Lara.

—Solo hay una forma de averiguarlo —señaló él, decidido a abrir el cofre. Pero antes de hacer nada miró el rostro de Lara quien esperaba, expectante, conocer el contenido del mismo—. Creo que deberías ser tú quien lo abriera —opinó Nico, porque, sin duda, era ella quien más había arriesgado para llegar allí.

—Está bien —accedió Lara llevando sus manos hasta la parte superior del cofre, tal y como había hecho en la tienda de antigüedades, iniciando la aventura que les había llevado hasta allí.

Una vez que el cofre estuvo abierto, ambos dedicaron unos segundos a contemplar el interior del mismo, el cual estaba cubierto por una delicada tela

de color rojo que parecía esconder algún objeto.

—¿Crees que es...? —comenzó a preguntar Lara, sin poder terminar la frase.

—¿La espada? —añadió Nico mientras asentía con la cabeza, lo que llevó a Lara a tomar la fina tela con su mano derecha, apreciando la suavidad de la misma. Pero, justo en el momento en que Lara se disponía a deslizar aquella tela para confirmar de una vez por todas sus sospechas, Nico fijó su vista en una de las serpientes que adornaban las paredes de aquella sala, lo que le hizo comprender no solo la inscripción del cofre sino lo que estaba a punto de suceder.

—¡Detente! —exclamó Nico.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella preocupada.

—No es la espada —aclaró él, suspirando al ver que Lara dejaba la tela exactamente como estaba.

—¿Y qué se supone que es? —quiso saber ella, ya que era incapaz de comprender por qué Nico estaba tan seguro de que aquel objeto no era lo que buscaban.

—Creo que es el escudo de Atenea.

—¿Y por qué debería ser eso peligroso? —preguntó Lara, recreando en su mente el escudo que la estatua de Atenea sujetaba en una de sus manos la noche en la que el Partenón fue atacado.

—Porque creo que es el verdadero escudo —añadió él, sin aclarar nada a la joven—. ¿Has oído hablar de Medusa?

—Vagamente —contestó Lara.

—A diferencia de sus hermanas, Medusa era mortal y extremadamente bella pero mantuvo relaciones con Poseidón en un templo de Atenea, por lo que la diosa la transformó, como castigo, para parecerse a sus hermanas. Su pelo se convirtió en serpientes —Lara lo miró horrorizada— y tenía el poder de petrificar con su mirada. Cuando Perseo se dispuso a acabar con ella, Atenea le regaló un brillante escudo que el héroe utilizó como espejo para evitar mirarle a los ojos. En agradecimiento por su ayuda, Perseo ofreció la cabeza a Atenea y, desde ese momento, el escudo de Atenea fue representado con la cabeza de Medusa.

—¿Y tú crees que este es el verdadero escudo de Atenea y que, por lo

tanto, conserva el mismo poder de la cabeza de la Medusa?

—Así es.

—Entonces, ¿es eso lo que nos hubiera sucedido? —preguntó ella sin atreverse a imaginar cómo sería convertirse en una estatua de piedra durante toda la eternidad. Pero antes de que Nico pudiera responder nada, una sombra, que llevaba tiempo observándoles, se abalanzó sobre ellos, sorprendiendo a los dos jóvenes. Aunque ambos cayeron al suelo, fue Nico el que quedó a merced de la araña que acorraló al muchacho contra una de las paredes.

—¡Sal de aquí! —gritó Nico, tratando de proteger a Lara mientras pensaba cómo podía evitar lo que parecía una muerte segura ya que, a diferencia de la primera vez en que lucharon contra aquel animal, la iluminación de la sala les permitía ver con toda claridad las espeluznantes dimensiones de aquel ser así como su terrorífico aspecto. Pero, lejos de marcharse, Lara se acercó al gigantesco animal quien, después de advertir la presencia de la joven, se giró rápidamente para golpearla con una de sus patas y provocarle un corte en su pierna derecha.

Al verse libre de la muchacha, la araña, que no había permitido que Nico pudiera escapar, volvió a centrar toda su atención en el joven, que comprendió que estaba completamente a merced de aquel ser que elevó sus patas delanteras preparándose para dar el golpe de gracia a Nico.

—Tengo que hacer algo —se dijo a sí misma Lara, consciente de que ella era la responsable de que Nico estuviera allí, por lo que rápidamente se dirigió al altar y cerró los ojos para tomar a continuación el objeto oculto bajo aquella tela, no dudando en acercarse después a la araña.

—¡Cierra los ojos! —gritó ella al tiempo que trataba de captar la atención del arácnido, que respondió a las provocaciones de la joven, girando su cuerpo con rapidez mientras Lara suplicaba que realmente lo que sujetaba entre sus manos fuera lo que Nico había supuesto porque, de otro modo, ambos estaban perdidos.

Después de unos segundos, en los que se mantuvo un silencio absoluto, Lara comprobó que parecía encontrarse ilesa, lo que solo podía significar que Nico estaba en lo cierto.

—¿Estás bien? —preguntó ella mientras trataba de llegar nuevamente al cofre donde buscó con la mano la suave tela que le sirvió para tapar

nuevamente el escudo. Luego abrió los ojos para observar no solamente que Nico ya se había levantado sino la enorme estatua de piedra que había entre ellos.

Al comprender lo que podía haberles sucedido, Lara sintió un escalofrío pero Nico, quien por un momento había pensado que estaba a punto de morir, permaneció unos segundos inmóvil mientras su cabeza trataba de borrar cada una de las imágenes que acababan de agolparse en su mente, reproduciendo en unos pocos segundos una vida entera. Luego se acercó a Lara quien, por un momento, también había creído que aquello era el final.

—Esta es la última sala —señaló Nico sin querer mirar a la enorme araña de piedra que había estado a punto de acabar con su vida—, luego es aquí donde tiene que estar la espada —añadió mientras regresaba al altar—. Ayúdame —le pidió a Lara señalando el cofre; la joven se apresuró a coger uno de los extremos, colocándolo después sobre el suelo.

—¿No son las mismas letras que vimos en el templo? —preguntó Lara, a quien aquellos caracteres le resultaban vagamente familiares.

—Así es —afirmó Nico—. «Sabiduría, valor y justicia» —leyó a continuación.

—Las cualidades de las sacerdotisas de Atenea —añadió Lara después de fijar su vista en el brazalete.

—¿Qué es esto? —preguntó Nico, llevando su mano a un pequeño espacio con forma circular situado debajo de la inscripción.

—Creo que sé la respuesta —dijo Lara al tiempo que recordaba el momento en que Elisa había tenido en sus manos el colgante de la Suma Sacerdotisa. Luego se apresuró a quitarse el regalo que su padre le había hecho cuando no era más que una niña, segura de que era el mismo colgante que en su día perteneció a la Suma Sacerdotisa de Atenea, apreciando que encajaba perfectamente en aquella abertura. Luego lo giró, como si se tratara de una llave, lo que activó un mecanismo que hizo que la parte superior del altar se separara del resto, dejando a la vista el objeto por el que Elisa había perdido la vida.

—¡La espada! —exclamó Lara sin poder dar crédito a lo que veían sus ojos. Aunque estaba cubierta por una funda dorada, que protegía la hoja de la misma, todo el conjunto brillaba con un resplandor cegador, como si acabara

de ser forjado. La empuñadura, también de color dorado, estaba adornada con piedras preciosas y sobre la misma podían verse las iniciales del conquistador más grande de todos los tiempos.

Sin saber muy bien qué hacer, Lara miró a Nico quien asintió con la cabeza para indicar a la joven que debía tomar aquella espada. En cuanto su mano rozó la dorada empuñadura, sintió un suave cosquilleo que recorrió todo su brazo, extendiéndose después al resto de su cuerpo.

—Es increíble —dijo después, incapaz de encontrar las palabras adecuadas para que Nico comprendiera lo que sentía en aquel momento y sin poder olvidar que estaba tocando con sus manos la misma espada que un día empuñó Alejandro Magno. Pero antes de que Nico pudiera decir nada, un tremendo ruido les hizo recordar el lugar donde se encontraban.

—¡Es la salida! —exclamó Nico después de ver que, en una de las paredes, se había abierto una abertura lo suficientemente grande como para permitirles salir de allí—. Salgamos de aquí —se apresuró a decir el joven, dispuesto a abandonar aquella parte oculta y secreta del Partenón que, aunque había estado a punto de acabar con sus vidas, también les había permitido tener en su poder aquello que ayudó al hombre más valiente de todos los tiempos a forjar su destino.

## 13

**E**n cuanto llegaron a la superficie, una suave brisa acarició el rostro de Lara, lo que logró tranquilizar a la joven, cuyas manos seguían sujetando la espada de Alejandro.

—Nunca pensé que me alegraría tanto de ver de nuevo este lugar —reconoció Lara después de fijar su vista en el resto de edificios de la Acrópolis. Pero la euforia provocada por salir con vida del Partenón así como por encontrar la espada de Alejandro Magno desapareció en el mismo momento en que sintió nuevamente un fuerte dolor en el pecho que la obligó a arrodillarse al tiempo que notaba como el brazalete aumentaba de temperatura.

—¿Qué ocurre? —preguntó Nico preocupado—. ¡Tenemos la espada! —gritó Lara con la mirada dirigida al cielo—. ¿Qué se supone que debo hacer ahora? —preguntó después, enfadada ante el hecho de no poder quitarse el brazalete pero, sobre todo, de que su vida aún estuviera en peligro.

Al advertir lo que sucedía, Nico se acercó a la joven que había dejado la espada en el suelo e intentaba por todos los medios desprenderse de aquel brazalete.

—Y ahora, ¿qué? —preguntó después de darse por vencida.

—Hemos encontrado la espada —le recordó él para animarla.

—Pero eso no parece ser suficiente —remarcó Lara.

—¿No hay nada en tus visiones que nos ayuden a saber cómo actuar?

—Me temo que no —respondió ella. Luego fijó su vista en la Luna, cuya luz les permitía ver en mitad de la noche e imaginó que su padre estaba haciendo lo mismo en aquellos momentos—. Es agradable pensar que, aunque

estén separados por cientos de kilómetros, dos personas pueden ver el mismo firmamento, ¿verdad? —añadió mientras se dejaba caer hacia atrás para observar mejor el cielo—. Creo que deberías regresar a tu casa —señaló Lara, que acababa de decidir que no merecía la pena continuar con aquello.

—No pienso dejarte sola.

—Pero es tarde y tus padres deben de estar preocupados.

—No tengo un hogar al que regresar, Lara —confesó finalmente ante la insistencia de la joven que le miró sorprendida—. Yo prefiero pensar que el cielo estrellado es el techo que me cobija cada noche y que, cada uno de estos edificios que tanto admiro son las paredes que me dan abrigo.

—Siento lo que te dije el día que nos conocimos —se disculpó Lara, ya que ahora sabía que Nico realmente necesitaba ese dinero.

—Pues no deberías —señaló él mientras se levantaba—, ya que tú tenías razón. La moneda debería haber estado allí —añadió después, sonriendo a la joven.

—¡Lo sabía! —exclamó Lara, incorporándose de nuevo para advertir que Nico no dejaba de sonreír debido a su reacción. Luego se acercó a la espada y la tomó nuevamente en sus manos—. Es realmente preciosa —susurró mientras pasaba su mano por las iniciales de la empuñadura.

—Me parece increíble pensar que Alejandro la sostuvo entre sus manos —confesó Nico—. ¿Has oído hablar del Nudo Gordiano? —preguntó después, suponiendo que fue esa la espada que debió de utilizar Alejandro para desatar el mismo.

—No —respondió Lara.

—Existía en Gordión un campesino que llevaba sus bueyes atados al yugo con unas cuerdas anudadas de un modo tan complicado que era imposible desatarlas y según una antigua leyenda, quien consiguiera desatar ese nudo, conquistaría Oriente —comenzó explicando Nico—. Cuando se dirigía a la conquista del imperio persa, Alejandro pasó por Gordión y decidió que él era quien debía cumplir aquella profecía así que, sin dudarlo ni un momento, cortó el nudo con su espada.

—¡Pero no es lo mismo cortarlo que desatarlo! —increpó Lara.

—Esa noche hubo una tormenta de rayos, por lo que se cree que el mismísimo Zeus estuvo de acuerdo con la decisión de Alejandro.

—¿Qué crees que debemos hacer nosotros con la espada? —preguntó después, deseando poder contar con la ayuda de su padre quien, según las palabras de Fidel, había deseado descubrir aquel arma durante toda su vida. Al darse cuenta de lo que había sentido la primera vez que empuñó la espada, comprendió mejor el trabajo que su padre realizaba. Y es que, después de tantos años de reproches, lo que le había sucedido aquel día y sobre todo, durante la visita a aquella parte secreta del Partenón, habían cambiado radicalmente su forma de ver las cosas. Ahora entendía la emoción que suponía formar parte de la historia así como descubrir lugares que nadie había podido ver en siglos.

—Creo que, para verte libre del poder del brazalete, tienes que devolver la espada al lugar que le pertenece.

—¿Y cuál es ese lugar? —se apresuró a preguntar ella.

—No estoy seguro —comenzó diciendo Nico—, pero supongo que será el mismo donde se encuentra la persona para la que fue forjada la espada.

—Creía que nadie sabía dónde está la tumba de Alejandro —dijo Lara, recordando las palabras de Fidel acerca de ese tema.

—No me refiero a dejar la espada junto a su tumba —remarcó Nico—, sino a entregársela a él mismo.

—¡Pero eso no es posible! —exclamó ella.

—Sé que parece difícil de creer —reconoció Nico—, pero, ¿realmente hay algo de lo que nos ha sucedido esta noche que te parezca mínimamente posible?

—Pero Alejandro murió hace siglos, ¿cómo se supone que voy a devolverle la espada?

—Eso es lo que nos ha enseñado nuestra visita al Partenón —respondió él—. Tenemos que pensar tal y como lo hacían los antiguos griegos.

—Pues eso va a ser un poco difícil para mí —señaló Lara, arrepentida nuevamente de no haberse interesado más por las clases de historia antigua.

—Para los griegos, los Infiernos o el Inframundo eran la morada de todos los muertos, no como ahora, que utilizamos ese nombre solamente para el lugar reservado a quienes han sido malvados. Estaba gobernado por Hades y comprendía diferentes regiones, destinadas a los hombres según el comportamiento que hubieran tenido en vida.

—Olvidas un pequeño detalle, Nico —se apresuró a decir Lara—. ¡Nosotros estamos vivos!

—Eso es lo que iba a explicarte ahora mismo —aseguró él—. Según la mitología griega, fueron varios los hombres que consiguieron descender al inframundo, regresando sanos y salvos al mundo de los vivos.

—¿Ah, sí? —preguntó Lara cuyos ojos parecían haber recobrado la esperanza después de escuchar aquellas palabras.

—Orfeo acudió a rescatar a su amada pero también Teseo, Eneas, Ulises y Hércules estuvieron allí.

—Entonces, ¿aún tenemos una posibilidad!

—Sí —afirmó Nico, complacido ante el entusiasmo de la joven—. Pero seguimos teniendo un problema: no sabemos cómo acceder al Reino de Hades.

—Tienes razón —reconoció Lara, quien volvió a mostrarse decepcionada.

—Aunque tampoco sabíamos cuál era el secreto que guardaba el Partenón y fuimos capaces de descubrirlo.

—Pero temamos la ayuda de Elisa —remarcó Lara, recordando sus visiones.

—Eso es cierto —afirmó Nico—, pero no la teníamos cuando nos enfrentamos a la araña, ni cuando el techo comenzó a descender en aquella sala, ni mucho menos cuando estuvimos a punto de ser convertidos en piedra —añadió después—. Todo eso lo hemos conseguido nosotros y creo que también lograremos devolver esta espada al lugar que le corresponde.

Al escuchar la seguridad con la que Nico hablaba, Lara supo que si había una pequeña posibilidad de que todo saliera bien se debía únicamente a la presencia del joven que había estado a su lado en el interior de aquel templo.

—No hubiera conseguido esta espada sin ti —reconoció Lara, que quería que Nico supiera que agradecía todo lo que había hecho por ella—, aunque siento haberte metido en todo esto —añadió después de recordar que aquel muchacho había estado a punto de perder la vida en varias ocasiones.

—Pues yo no lo siento —se apresuró a decir Nico—. Sé que ha sido peligroso pero, ¿eres consciente de lo que hemos conseguido? —Lara lo miró expectante—. ¡Tienes en tu poder la espada de Alejandro Magno!

—¡Pero puedo perder la vida! —le recordó Lara.

—Te prometo que no te pasará nada —aseguró Nico—. Y, cuando todo

esto acabe, siempre podrás recordar que conociste no solo el mayor secreto de Alejandro sino que formaste parte de las vidas de algunas de las personas que dieron su vida para protegerlo. ¿No te parece increíble? —preguntó finalmente complacido de que Lara asintiera con la cabeza.

—¿Estás seguro de que lo conseguiremos?

—Completamente —afirmó él.

—Pues encontremos esa entrada cuanto antes —sugirió Lara—. ¿Cómo consiguieron los hombres de los que me has hablado acceder al Reino de Hades?

—No lo sé —reconoció Nico mientras intentaba recordar algo que les indicara el camino a seguir—. ¡El arco de Perséfone! —exclamó después de unos minutos de silencio.

—¿Perséfone? —preguntó Lara.

—Hades se enamoró de ella y la raptó para poder vivir juntos en el Inframundo. La madre de Perséfone, que era la diosa de la naturaleza y la fecundidad, se opuso totalmente a esta unión e invadida por la tristeza, olvidó sus obligaciones. El suelo dejó de ser fértil y el sol no volvió a brillar en el firmamento, por lo que la tierra quedó sumida en la desolación, hasta el punto de que los hombres y los animales corrieron peligro de extinguirse. Zeus tuvo que intervenir y ordenó a Hades que devolviera a Perséfone a su madre. Finalmente, ambos llegaron a un acuerdo: Perséfone permanecería junto a Hades una parte del año pero volvería a subir al Olimpo, junto a su madre, el tiempo restante. De este modo, cuando Perséfone está junto a su madre, la tierra se cubre de flores y de frutos ya que la diosa de la naturaleza está feliz. Pero cuando llega el otoño y Perséfone ha de regresar con su esposo, se entristece enormemente dando lugar a la desolación propia del invierno. Es solo una vieja leyenda pero, después de todo lo que nos ha sucedido hoy, no volveré a cuestionar ninguna de estas historias.

Aunque ninguno de los dos sabía si realmente estaban en lo cierto, dirigieron sus pasos hasta el lugar donde se creía que Perséfone aparecía cada primavera y donde se había construido un arco en su honor.

—¿Crees en el destino? —preguntó Nico antes de llegar al arco.

—No estoy segura —respondió ella—. Si me hubieras hecho esa pregunta hace dos días, te hubiera respondido que no —aclaró después—, porque

siempre he pensado que somos nosotros, con nuestras propias decisiones, los que marcamos el rumbo de nuestras vidas. Pero ahora, no estoy tan segura —reconoció después—. Aunque fui yo quien decidió venir a Atenas y, desde luego, fui yo la que entró en aquella tienda de antigüedades, no dejo de preguntarme si realmente estaba predestinada a encontrar el brazalete o, si por el contrario, todo ha sido producto del azar.

—Los griegos creían que el futuro de un hombre estaba regido por tres hermanas, las «Moiras», quienes decidían el destino de los seres nada más nacer, deparándoles suertes y desgracias.

—¿Y nadie podía hacer nada para cambiar las decisiones que ellas tomaban? —quiso saber Lara, ya que no le parecía justo tener que limitarse a cumplir un destino predeterminado.

—Me temo que no —respondió Nico—. El futuro era predestinado mediante un hilo de lana blanca o dorada, para los momentos de felicidad, o de lana negra para los momentos de dolor.

—Entonces —le interrumpió Lara—, ¿la vida de un hombre se reducía a un simple hilo de lana?

—Puede decirse que sí —contestó él—. La más joven de las tres hermanas presidía el momento del nacimiento mientras que la segunda se encargaba de marcar el rumbo de cada hombre y la tercera...

—Decidía el momento de abandonar este mundo —añadió Lara, sin dejar que Nico finalizara la frase.

—La tercera hermana poseía unas tijeras de oro con las que cortaba el hilo en el momento en que consideraba que cada hombre había cumplido su destino.

—Pues espero que sea la segunda Moira la que esté velando por nosotros en estos momentos —dijo Lara en el preciso momento en que llegaron al Arco de Perséfone—. ¿Estás seguro de que esto es lo que tenemos que hacer? —preguntó Lara, algo nerviosa ante el hecho de poder acceder realmente al Reino de Hades.

—Es lo único que se me ocurre —reconoció él mientras tomaba la mano de Lara para tranquilizarla. Segundos después, ambos avanzaron hasta colocarse bajo los restos del arco de Perséfone.

—No ocurre nada —remarcó la joven.

—Quizá debamos decir algo —dijo Nico fijando la vista en las piedras que formaban el arco, con la esperanza de encontrar alguna inscripción secreta.

—Puertas del Inframundo, ¡abríos! —ordenó Lara, lo que provocó la risa de Nico—. ¿Alguna sugerencia mejor? —preguntó ella enfadada. Pero, al ver que Nico no dejaba de reírse, acabó sonriendo también lo que le ayudo a tranquilizarse—. Tienes razón —reconoció ella finalmente—. No puede ser tan sencillo. Al fin y al cabo es al Inframundo donde pretendemos ir luego, tiene que existir algo que impida que cualquiera pueda acceder a él, ¿no?

—¡Eso es! —exclamó Nico después de escuchar las palabras de Lara—. Todos los hombres que viajaron al reino de Hades tenían un buen motivo para hacerlo. Orfeo acudió en busca de su amada, Hércules debía capturar a Cerbero, el perro guardián del Infierno, y Teseo acudió junto a un amigo que quería tomar a Perséfone como esposa —añadió después—. Tú misma lo has dicho. Tiene que existir una razón para acceder al Inframundo y creo que nosotros tenemos un buen motivo para hacerlo.

Al comprender lo que Nico trataba de decirle, Lara apretó con más fuerza la mano de Nico para convencerse a sí misma de que aquello era necesario. Luego, sin soltar la mano de Nico, cerró los ojos y elevó la espada, esperando que aquello funcionara.

—¡Quiero devolver esta espada a su legítimo dueño! —gritó en mitad de la noche. Ambos permanecieron en silencio sin atreverse si quiera a abrir los ojos ante la posibilidad de haber conseguido descender finalmente al Reino de Hades.

—¡Ha funcionado! —exclamó Nico después de mirar a su alrededor y comprobar que se encontraba bajo el mismo arco pero, en esa ocasión, los edificios que les rodeaban habían sido sustituidos por un denso manto de oscuridad y niebla.

—Háblame de este lugar —le pidió Lara, sintiendo que su corazón comenzaba a encogerse.

—Una vez que se atraviesa el paso del mundo de los vivos a los muertos, se llega a la morada de los hombres que han muerto sin recibir sepultura.

—Así que, ¿es ahí donde nos encontramos? —preguntó mientras comenzaban a andar muy despacio.

—Me temo que sí —afirmó él—. Los ritos funerarios eran imprescindibles para alcanzar el descanso eterno.

—¿Qué es eso? —preguntó Lara al ver que, ante ellos, se extendía un enorme lago.

—La Laguna Estigia.

—¿Y ese ruido? —dijo después de escuchar un sonido, parecido al que producía el contacto de una barca con el agua.

—Lara —dijo Nico mientras se acercaba más a ella—, prepárate para conocer a Carente, el barquero más famoso de todos los tiempos.

Al tiempo que Nico pronunciaba esas palabras, una sombra atravesó la Laguna para llegar hasta donde ellos estaban. Aunque la niebla era muy densa, pudieron distinguir perfectamente la figura del barquero que era alto y muy delgado y cuya ropa, como no podía ser de otra manera, era de color negro. Pero lo que más intimidaba era, sin duda, sus ojos, grandes y penetrantes.

—Tenemos que pagar para poder montarnos en la barca —susurró Nico, sacando de su bolsillo el óbolo de plata que siempre llevaba consigo mientras pensaba que había llegado el momento de desprenderse de su pequeño amuleto.

—¿Seguro que no hay otra manera de continuar el camino? —preguntó Lara, asustada ante la idea de montar en la barca de aquel tétrico hombre.

—Me temo que no —señaló Nico mientras depositaba el óbolo de plata en la mano de Caronte.

—¿Por eso los que no reciben sepultura nunca pueden cruzar este río? —quiso saber ella.

—Cuando se enterraba a alguien, la familia se encargaba de depositar una moneda de plata en el cuerpo del difunto para asegurarse de que pudieran emprender el viaje al más allá.

Mientras la barca avanzaba, Lara se fijó en que no podía verse el agua sobre la que navegaban. Aunque se escuchaba el contacto del remo con algo líquido, solo podía verse una capa espesa de la que parecía ascender vapor. Al mirar al barquero detenidamente, dejó de sentir miedo. Es más, casi sintió lástima por el hombre cuyo cometido era navegar, una y otra vez, por aquellas siniestras aguas para transportar las almas de los difuntos.

—¿Dónde se supone que vamos? —preguntó después en voz baja.

—Al Campo de los Lamentos —contestó Nico—. Es el lugar donde las almas permanecerán más o menos tiempo según el grado de unión que mantengan con el mundo de los vivos. Pero para poder llegar ahí, una vez que atravesemos la Laguna Estigia, tenemos que contar con el permiso de uno de los seres más temidos por los griegos: Cerbero.

—¿El perro de dos cabezas? —preguntó ella asustada.

—Tres cabezas —le corrigió Nico—, además de una cola de serpiente, y cuya misión es impedir la salida de los muertos y la entrada de los vivos —dijo antes de que Caronte dejara de remar lo que solo podía indicar que habían llegado a su destino.

Una vez que bajaron de la barca, Caronte se alejó de la misma forma, rápida y sigilosa, que había aparecido ante ellos.

—¿Cómo consiguieron los hombres que descendieron al Hades librarse de Cerbero?

—En el caso de Hércules, el héroe utilizó sus corpulentos brazos para impedir respirar al monstruo —respondió Nico—. Orfeo consiguió amansar al animal con la música de su lira.

—¿Y qué haremos nosotros? —quiso saber ella, ya que no contaban con la fuerza de Hércules ni mucho menos con un instrumento que tranquilizara a aquel ser.

—Quizá tengamos suerte y Cerbero no advierta nuestra presencia —opinó Nico.

—Esperemos que las Moiras estén de acuerdo contigo —añadió Lara, que no estaba convencida de que eso fuera posible—. ¿Oyes eso? —preguntó después de apreciar un ruido que, aunque no pudo identificar, desde luego sonaba amenazador, desafiante y sobre todo, muy peligroso—. Cada vez suena más cercano.

—¡Corre! —gritó Nico, suponiendo quién era el ser que se dirigía a su encuentro.

Durante varios minutos, ambos corrieron en mitad de la noche, deseando con todas sus fuerzas que Cerbero no pudiera encontrarles. Pero la niebla que cubría la Laguna Estigia avanzó hasta ellos impidiéndoles ver si quiera por dónde caminaban.

—Tenemos que llegar al Campo de los Lamentos cuanto antes —señaló

Nico, sin saber hacia dónde debían encaminarse. Pero el ruido de alguien que se acercaba a ellos le hizo detenerse. Al igual que Nico, Lara contuvo la respiración y se quedó completamente inmóvil mientras observaba un resplandor en la oscuridad que parecía provenir de un ser de ojos grandes y brillantes que, sin duda, avanzaba hacia ellos.

Al contemplar la silueta de Cerbero, envuelta en la niebla y a escasos metros del lugar donde se escondían, Lara tuvo que contenerse para no echar a correr de nuevo. No en vano, aquel ser era mucho más terrorífico de lo que hubiera imaginado puesto que no solamente tenía tres cabezas sino que su cola acababa en forma de serpiente y su lomo, erizado, tenía el aspecto de cientos de cabezas de víboras.

Al ver que Cerbero se había detenido, Lara no pudo evitar pensar en que aquel perro tenía tres cabezas y por tanto, tres hocicos, luego, era casi imposible que no advirtiese su presencia. Aunque si su corazón no dejaba de latir tan fuerte, no haría falta nada más para que les descubriese.

—Escúchame bien, Lara —le pidió Nico al ver que Cerbero parecía alejarse momentáneamente de ellos—. Eres tú quien tiene la espada y quien debe devolverla al lugar que le pertenece así que, prométeme que, pase lo que pase, no mirarás atrás.

—¿Por qué me dices eso? —preguntó ella, sin poder si quiera moverse, ya que la presencia de Cerbero parecía haber paralizado todos los músculos de su cuerpo.

—Porque necesito saber que seguirás hasta el final en caso de que... — Nico se calló, sin saber si debía o no continuar la frase.

—No pienso prometerte eso —le interrumpió Lara—. Empezamos esto juntos y lo acabaremos juntos —añadió ella. Pero, antes de que tuviera tiempo de decir nada más, ambos sintieron de nuevo la presencia de Cerbero que, en esa ocasión, parecía dirigirse hacia ellos.

—¡Corre! —exclamó Nico, consciente de que habían sido descubiertos.

Aunque ambos corrían todo lo rápido que sus piernas les permitían avanzar, en mitad de la niebla era bastante más complicado.

No habían trascurrido más que unos minutos, cuando Lara dejó de sentir la presencia de su compañero.

—¡Nico! —gritó Lara, incapaz de distinguir la silueta del muchacho. Pero

nadie contestó, por lo que, después de permanecer unos segundos inmóvil, echó a correr de nuevo con la esperanza de encontrarse con el joven. Aunque notó que el suelo comenzaba a volverse irregular, el miedo a encontrarse con Cerbero hizo que ni si quiera se plantease si la dirección que seguía era la correcta. Pero, segundos más tarde, la tierra se movió bajo sus pies, lo que le hizo caerse, rodando por el suelo mientras se golpeaba con varias rocas hasta que quedó suspendida encima de un abrupto precipicio, sujetándose únicamente con uno de sus brazos ya que el otro continuaba aferrado a la espada de Alejandro Magno.

Al ver que estaba a punto de precipitarse al vacío, estuvo a punto de soltar la espada para poder sujetarse con ambos brazos. Pero pronto se dio cuenta de que, desde el preciso momento en que se puso aquel brazalete, su destino había quedado ligado al de aquel arma, así que la apretó aún con más fuerza mientras intentaba sujetarse con la única mano que tenía libre. Pero, cada segundo que pasaba, su cuerpo parecía ser más pesado por lo que pronto comprendió que no podría continuar así mucho más tiempo.

—¡Nico! —exclamó desesperada en el momento en que su mano empezó a resbalarse, lo que le hizo pensar de nuevo en la posibilidad de soltar la espada, ya que no podría cumplir la promesa de Elisa si perdía la vida. Pero, justo en el momento en que sus dedos comenzaban a aflojar la presión que ejercían alrededor de la empuñadura, una mano se aferró con fuerza a su brazo, comenzando a elevarla.

—Aguanta —rogó Nico mientras trataba de poner a salvo a la joven.

Una vez que sus piernas volvieron a pisar tierra firme, Lara suspiró aliviada. Pero la alegría por conservar la vida desapareció cuando observó que, detrás de Nico, estaba el motivo que la había hecho correr hasta allí.

—Nico... —dijo ella con la voz entrecortada después de advertir que no tenían escapatoria, ya que el precipicio imposibilitaba cualquier intento de huida. Aun así, Nico se apresuró a colocar a Lara detrás de su cuerpo para protegerla.

Cuando Cerbero se detuvo delante de ellos, Lara comprendió por qué Nico había dicho que aquel era el monstruo más temido por todos los griegos, puesto que su aspecto era realmente terrorífico. Durante unos segundos, el perro se limitó a observarles, como si estuviera eligiendo a quien de los dos

atacaría primero.

Lara, que se había quedado totalmente paralizada, reaccionó en el momento en que una de las cabezas del perro abrió sus fauces a escasos centímetros de ella, mostrando sus afilados colmillos, mientras que las otras dos parecían relamerse ante el inminente bocado. Al ver que Nico no hacía más que intentar protegerla con su cuerpo, Lara se dio cuenta de que no estaba dispuesta a que él arriesgara de nuevo su vida por ella, aferrando con más fuerza la espada de Alejandro lo que pareció transmitirle el valor de aquel hombre.

—¡No te tengo miedo! —exclamó Lara mientras desenfundaba la espada, empuñando el arma con la misma decisión que el más valiente guerrero.

En cuanto el filo de la espada estuvo totalmente descubierto produjo tal resplandor que, durante unos segundos, ambos tuvieron que cerrar los ojos para no quedar completamente cegados. Cerbero, por su parte, se limitó a observar cautelosamente la espada que Lara sujetaba entre sus manos, reconociendo al instante de dónde procedía la misma. Luego se acercó lentamente a la joven, que parecía dispuesta a utilizarla de un momento a otro. Pero no fue necesario, ya que Cerbero pareció comprender que nadie que sujetara aquel arma podría ser derrotado y, después de ladrar de una manera aterradora y desafiante, en advertencia de lo que podría ocurrirles si volvían a cruzar sus dominios, desapareció en mitad de la niebla.

Una vez solos, Lara bajó el arma mientras sus piernas, al igual que sus brazos, empezaban a fallarle. Luego se arrodilló durante unos segundos para intentar asimilar lo que había estado a punto de sucederles al tiempo que Nico le tendía la mano para que se levantara de nuevo, sin poder evitar pensar que Lara era la joven más increíble que había conocido.

—¿Crees que volverá? —preguntó Lara mientras guardaba nuevamente la espada dentro de su funda.

—No lo creo —contestó Nico quien, a pesar de su respuesta, no estaba seguro de haberse librado de la amenazadora presencia de aquel ser, así que ambos se pusieron de nuevo en camino con la intención de alejarse lo más rápido posible de los dominios de Cerbero, sin que Lara fuera capaz de dejar de preguntarse si realmente conseguirían mantenerse con vida para cumplir la promesa que la había llevado hasta allí.

Hacía algo más de una hora que habían dejado atrás los dominios de Cerbero cuando Lara se planteó si en aquel lugar el tiempo trascurriría de igual manera que en el mundo de los vivos ya que, de otra manera, corría el riesgo de no estar en el hotel cuando su padre regresara. Pero pronto esa posibilidad dejó de preocuparle, sobre todo porque ni siquiera sabía si serían capaces de abandonar el Reino de Hades para regresar al lugar que les correspondía.

—¿Sabes que el sueño de mi padre fue siempre encontrar esta espada? —preguntó Lara, deseando, más que nunca, poder abrazar nuevamente a su padre, no solo porque ahora se sentía más unida a él sino porque, después de todo lo que les estaba sucediendo, pensaba aprovechar cada minuto que pasara a su lado.

—Quizá eso también ayudó a que las Moiras te reservarán a ti este destino —opinó Nico.

—¿Y por qué crees que decidieron que debías ser tú quien me acompañara? —quiso saber ella, sin dejar de sonreír al joven para demostrarle que se alegraba de que fuera él quien hubieran escogido para tal fin. Pero Nico no contestó nada sino que se limitó a encogerse de hombros mientras él mismo trataba de responder a esa misma pregunta, convencido de que debía existir una razón por la que había sido incapaz de dejar de pensar en Lara desde su primer encuentro. Sí, aunque todavía no supiera cuál era, estaba seguro de que existía un motivo por el que había decidido seguir a aquella joven arriesgando incluso la vida para que ella estuviera a salvo.

Mientras avanzaban en medio de aquel denso manto de niebla, Lara repasó todo lo que Nico le había dicho sobre el Inframundo con la intención de estar preparada para lo que pudiera esperarles. Después de dejar atrás la morada de los muertos insepultos era necesario cruzar al Aqueronte o Laguna Estigia, tal y como ellos habían hecho gracias al óbolo que su compañero había pagado a Carente para que les transportara en su barca hasta el lugar donde Cerbero vigilaba la verdadera entrada a los Infiernos que ellos acababan de cruzar. Así que su próximo destino era el Campo de los Lamentos desde el que podían acceder al Tártaro, una especie de Purgatorio donde solo los peores criminales permanecerían eternamente. Finalmente, desde allí, alcanzarían los Campos Elíseos.

—¿Qué sabes acerca del Campo de los Lamentos? —preguntó Lara al ver que Nico permanecía callado.

—En realidad no mucho —reconoció Nico—. Sé que es un sitio donde las almas permanecen más o menos tiempo según lo preparadas que se encuentren para abandonar definitivamente el mundo de los vivos. Pero no sé con qué podemos encontrarnos.

—Sea lo que sea —le interrumpió Lara—, tiene que ser mejor que Cerbero —aseguró ella sin poder olvidar el momento en que estuvieron a escasos centímetros del animal.

—¿Oyes eso?

—Sí —afirmó ella—. Parecen gritos, o mejor dicho, ¡lamentos! —exclamó, después de comprender por qué ese lugar recibía aquel nombre.

A continuación, cientos de espectros aparecieron delante de ellos, emitiendo un sonido lento, rítmico pero sobre todo, penetrante. Aunque ninguno de los dos era consciente de ello, aquellos lamentos tenían el poder de convertir a cualquier persona que les escuchase en una especie de fantasma, ya que eran capaces de arrebatar cualquier recuerdo feliz de la memoria hasta conseguir que uno se sintiera tan vacío como para seguir a los espectros en su interminable viaje hacia el más allá.

—¡No debes escucharles! —le advirtió Nico—. Si no, acabarás exactamente igual que ellos. Pero lejos de seguir su consejo, Lara se separó del joven, dispuesta a unirse a los seres que entonaban tan lastimeros lamentos, mientras sentía que una enorme tristeza comenzaba a instalarse en su

corazón sin que ella pudiera mostrar la menor resistencia.

—Escúchame bien, Lara —le pidió él después de sujetarla por el brazo—. Tienes que pensar en cosas alegres. —Al ver que ella ni siquiera le miraba, Nico se asustó aún más—. Mírame a los ojos —le rogó, elevando su barbilla para poder contemplar mejor su rostro—. Estamos aquí por Elisa, ¿recuerdas? —al escuchar aquel nombre, Lara pareció reaccionar—. Tienes en tu poder la espada de Alejandro Magno y juntos conseguiremos devolverla a su legítimo dueño para que puedas volver a ser libre.

—La espada... —susurró Lara mientras fijaba su vista en el arma que sujetaba su mano derecha, incapaz de recordar todo lo que le había sucedido a lo largo de ese día.

—No dejes que ese sonido te confunda —le advirtió Nico mientras intentaba cruzar el Campo de los Lamentos cuanto antes.

—Debo pensar en cosas alegres —se repitió a sí misma. Luego trató de evitar que la angustia que había notado minutos antes volviera a apoderarse de ella hasta el punto de desear abandonar este mundo. Pero nada parecía tener sentido para ella así que, lejos de luchar contra el poder de aquellos lamentos, dejó que su mente fuera libre, perdiendo el conocimiento segundos después.

Elisa corrió entre los dorados campos de trigo acariciando con su mano las espigas mientras Héctor trataba de alcanzarla. Una vez que llegó a la zona que no estaba cultivada, se dejó caer sobre la hierba, apreciando que el sol lucía con tanta intensidad que parecía convertir en oro todo lo que iluminaba.

—¿Qué crees que nos deparará el futuro? —pregunto la joven una vez que Héctor se tumbó a su lado porque, desde hacía unos días, tenía un mal presentimiento acerca del destino que les aguardaba.

—¿Acaso no estás segura de tu elección? —quiso saber el joven.

—No es eso —aclaró ella—. Sé que pronto me convertiré en sacerdotisa pero me pregunto si podremos seguir haciendo cosas como estas —añadió después de tomar la mano del joven.

—Eres mi mejor amiga —le recordó Héctor, intentando contener sus sentimientos—. Hemos crecido juntos y puedo asegurarte que, aunque tengas otras obligaciones, yo siempre estaré a tu lado.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo —aseguró Héctor.

—Deberíamos regresar —dijo ella mientras se levantaba—. No quiero que Fideas se preocupe —añadió después.

Mientras iniciaban el camino de regreso a casa, Elisa sonrió al darse cuenta de que era realmente afortunada, no solo porque faltaba muy poco para ser sacerdotisa de Atenea, sino por la persona que la esperaba en casa o por el joven que caminaba a su lado. Por eso, fuera lo que fuera lo que el destino le tenía reservado, se enfrentaría a ello con valor y coraje puesto que cada minuto de su vida junto a las personas que quería había merecido la pena...

—Cada minuto vale la pena... —susurró Lara mientras recobraba la consciencia.

—¿Estás bien? —quiso saber Nico quien, por un momento, había pensado que todo había acabado.

Una vez que aquellos lamentos dejaron de resonar en su cabeza, Lara pudo incorporarse y recuperar poco a poco su estado normal.

—No me gusta nada este sitio —le dijo a Nico—. No envidio a Hades en absoluto —añadió después, pensando en la pobre Perséfone, quien estaba obligada a pasar una parte del año en aquel lugar—. ¿Estás seguro de que todos los que bajaron aquí consiguieron regresar? —quiso saber después, viendo que Nico asentía con la cabeza—. ¿Y por qué alguien estaría interesado en venir aquí? —se preguntó a sí misma en voz alta.

—Hércules debía capturar a Cerbero para superar una prueba. En cuanto a Orfeo, bajó al Inframundo para suplicar a Hades que le dejara llevarse a su esposa, quien había muerto a consecuencia de la picadura de una víbora.

—¿Y Hades aceptó?

—Conmovido por su música, le permitió partir junto a su amada con la condición de que no se girase para ver a su esposa, quien caminaba detrás de él, hasta que no abandonase el reino de los muertos. Pero Orfeo no pudo cumplir su parte del trato pues giró su cabeza cuando dejó de escuchar los pasos de su amada y así la perdió para siempre.

—Es una historia muy triste —opinó Lara.

—¿No te parece que todo está demasiado tranquilo? —preguntó Nico mientras miraba a su alrededor, consciente de que no se escuchaba un solo ruido.

—Tienes razón —señaló Lara, quien también presentía que algo no iba bien. Pero antes de que pudiera decir nada más, varios espectros, con un aspecto totalmente diferente a los del Campo de los Lamentos aparecieron delante de ellos hasta rodearles por completo.

—¿Quiénes sois vosotros y por qué habéis perturbado nuestro descanso? —preguntó uno de ellos.

—Perdonad si os hemos molestado —contestó Nico, quien no quería ni mucho menos ofender a aquellos hombres porque, si no se equivocaba, estaban en el Tártaro, lugar destinado a las almas que habían sido injustas o malvadas—. No ha sido decisión nuestra llegar hasta aquí. Hemos sido elegidos para completar una misión muy importante y para ello tenemos que llegar a los Campos Elíseos lo antes posible.

—¿Habéis oído eso? —gritó de nuevo la misma voz—. Nosotros llevamos siglos esperando que se perdonen nuestras faltas para acceder a ese lugar y aún no lo hemos conseguido. ¿Por qué deberíais ser más privilegiados que todos nosotros?

Al escuchar el tono de voz de aquel hombre, Lara comprendió que no iban a dejarles pasar, así que decidió ofrecerles algo a cambio.

—¿Y si pudiéramos ayudaros a salir de aquí? —preguntó ella ante la mirada atónita de Nico, incapaz de comprender cómo pensaba Lara ayudar a esos hombres.

—En ese caso, no solo os perdonaré la vida sino que yo mismo os acompañaré hasta la salida de este lugar.

Al escuchar la respuesta, Nico miró fijamente a Lara para advertirla del riesgo que corría al ofrecer algo que no sabía si podía lograr.

—Dime —dijo Lara a uno de los hombres que estaba situado cerca de ella—, ¿por qué crees que permaneces retenido aquí?

—Maté a un hombre —respondió con voz apenada—. El hombre al que maté era un esclavo que había acogido en mi casa. Un día lo sorprendí robándome y me puse tan furioso que, cuando quise darme cuenta, Cayo yacía muerto a mis pies.

Lara se quedó pensativa. El esclavo al que había apuñalado también había cometido una falta, pues había intentado robar, luego también tenía que estar retenido en aquel lugar.

—¿Quién de vosotros es ese ladrón? ¿Quién es Cayo? —preguntó ella después. A continuación, uno de los hombres se adelantó y se dirigió hacia ellos.

—Yo soy Cayo. Sé que lo que hice no estuvo bien, pero estoy arrepentido.

—Bien —dijo Lara—, ¿y por qué no probáis a pedirnos perdón el uno al otro?

Aunque en un principio se mostraron recelosos, acabaron acercándose y, segundos después, ambos pronunciaron al unísono su arrepentimiento. Entonces, como por arte de magia, desaparecieron, lo que despertó la admiración de todos.

—Has cumplido tu parte del trato —dijo una voz cerca de ella—, y yo haré lo mismo. Acompañadme.

Aunque no sabían si podían confiar en él, los dos deseaban abandonar el Tártaro cuanto antes, así que lo siguieron hasta que se encontraron ante dos enormes puertas de piedra que cerraban el camino, donde volvieron a quedarse otra vez solos.

—«Solo el que albergue el perdón en su corazón es digno de recibirlo» —leyó Nico en voz alta, traduciendo la inscripción que figuraba junto a las puertas. Lara, por su parte, se acercó al muro donde se arrodilló. Luego le hizo señas a Nico para que actuara de la misma manera, dado que esa postura era la que mejor expresaba el arrepentimiento, dedicando unos segundos a pedir perdón por las faltas que habían cometido.

Finalmente, cuando los dos pensaban que ya no iba a suceder nada, las puertas se abrieron, lo que les hizo ser conscientes de que ante ellos, se extendían no solo los Campos Elíseos sino el lugar que le permitiría a Lara salvar su vida.

## 15

**S**i Lara hubiera tenido que describir el lugar donde se encontraba, no hubiese sido capaz de encontrar las palabras adecuadas, porque tanta belleza y tanta perfección solo podían ser comprendidas a través de la propia experiencia.

—Jamás pensé que un sitio así pudiera existir —dijo finalmente. Y es que el lugar donde se encontraban era totalmente diferente a los demás sitios por donde habían pasado, no solo por lo iluminado que estaba sino porque transmitía una sensación de paz y tranquilidad absoluta.

—Todavía no puedo creer que estemos en los Campos Elíseos —reconoció Nico—. ¿Sabes lo que eso significa? —preguntó después a Lara quien, gracias al influjo de aquel lugar había dejado de estar preocupada por todo lo sucedido.

—Que podré ser libre de nuevo —contestó ella con el deseo de cumplir el propósito por el que habían viajado hasta allí.

—Te dije que lo lograrías —le recordó Nico, sin poder entristecerse al pensar que muy pronto su vida y la de Lara volverían a separarse de nuevo.

—Te equivocas —le corrigió ella—. Lo hemos logrado juntos —remarcó después.

—¿Qué crees que habría sucedido si aquellos hombres no hubieran atacado el templo?

—No estoy segura —reconoció Lara quien, durante unos segundos, imaginó cómo podría haber sido el futuro de Elisa, porque estaba segura de que, con el tiempo, se hubiera convertido en Suma Sacerdotisa de Atenea

velando, al igual que había hecho tras su muerte, por conservar el secreto que había marcado la vida de tantas personas. Pero si había algo de lo que no tenía ninguna duda era de que Héctor habría estado a su lado—. Ojalá las Moiras hubieran tejido otro futuro para ellos —añadió Lara mientras miraba a su alrededor a la espera de alguna señal que les dijera por dónde debían encaminarse.

—Aunque te parezca increíble, para los griegos este solo era un lugar de paso.

—¿Un lugar de paso? —preguntó atónita Lara.

—Los griegos creían en la reencarnación, en vivir más de una vida aunque fuera en cuerpos diferentes. Pero solo las almas más puras y virtuosas pueden elegir entre quedarse aquí eternamente o regresar al mundo de los vivos.

—Entonces, ¿por qué no cumplió Elisa su promesa?

—Porque solo hay una manera de salir de aquí, Lara —explicó el joven—, y es a través del río del Olvido en el que las almas olvidan cualquier recuerdo de su vida anterior.

—Entonces, ¿qué sucederá con nosotros? —preguntó Lara angustiada ante la posibilidad de perder todos sus recuerdos.

—No lo sé —respondió Nico, preocupado únicamente porque la joven estuviera a salvo—. ¿Qué es eso? —preguntó después de advertir que una luz brillante se acercaba hacia ellos, con el temor de que aquel lugar aún les tuviera reservadas más sorpresas.

—Tranquilo —dijo Lara mientras se acercaba a la luz—. Es Elisa —afirmó después, ya que podía notar perfectamente la presencia de la joven.

—No tengáis miedo —les dijo una voz—. Ahora estáis seguros.

Segundos después, la luz fue apagándose poco a poco lo que les permitió contemplar a la persona por la que estaban en aquel lugar. Al observar la imagen de la sacerdotisa, Lara recordó cada uno de los momentos de la vida de aquella joven que había conocido a través de sus visiones, y eso le hizo valorar aún más a la persona que tenía delante, ya que había mostrado un gran valor a lo largo de toda su vida.

—Siento todos los peligros a los que os habéis tenido que enfrentar —fue lo primero que dijo la sacerdotisa—, pero habéis demostrado poseer las cualidades necesarias de quienes servimos a Atenea, por lo que estoy segura

de que la diosa velará por vosotros a partir de ese momento. En cuanto a ti — Elisa se separó de Lara para acercarse al muchacho—, has sorteado los peligros con gran valor y astucia pero sobre todo, has demostrado que tu lealtad hacia esta joven está por encima de cualquier cosa, incluso tu propia vida, lo que te mantendrá unido a ella eternamente, pues no hay nada más admirable que un corazón que está dispuesto a todo sin recibir nada a cambio... —al decir estas palabras, Elisa se quedó momentáneamente callada por lo que Lara supuso que la sacerdotisa estaba pensando en Héctor, quien la había ayudado tanto como Nico a ella.

—La espada —intervino Lara, acercándose nuevamente a Elisa—. Ahora es tuya, tal y como debió suceder. —Al contemplar el arma por el que tantas personas habían perdido la vida, Elisa se sintió abrumada durante unos segundos. Luego tomó la espada y la elevó por encima de sus cabezas para contemplar mejor el poder del objeto que los dioses habían regalado a Alejandro Magno.

Luego sonrió, mientras pensaba en la persona que le había protegido a lo largo de toda su vida porque, aunque ahora sabía que era hija del mayor conquistador de todos los tiempos, su corazón siempre reservaría un lugar especial para alguien que no solo había sido un buen padre, sino un leal amigo, y sobre todo, el hombre más valiente que jamás hubiera conocido.

—No podéis imaginar cuánto he deseado que llegara este momento —reconoció Elisa—. Por fin cumpliremos nuestras promesas y Héctor, mi padre y yo descansaremos en paz —al pronunciar el nombre de aquel joven, los ojos de las sacerdotisas brillaron—. Vuestro tiempo aquí ha concluido —señaló después—. Ahora debéis iros.

—Pero... —le interrumpió Nico—, si atravesamos el río del Olvido...

—Perderemos nuestros recuerdos —añadió Lara, recordando las palabras de su amigo.

—Ningún alma puede regresar al mundo de los vivos sin olvidar su pasado —al escuchar esas palabras, Lara palideció—, pero vosotros no pertenecéis a este lugar por lo que, si bebéis el contenido de este frasco, conservaréis todos vuestros recuerdos —añadió mientras comenzaba a alejarse—. Antes de desaparecer por completo, Elisa se giró para sonreír a los dos jóvenes. —Os lo agradeceré eternamente.

Mientras su imagen desaparecía, Lara pensó en todo lo que debía de haber sufrido. En ese mismo instante, vio como otra silueta aparecía junto a Elisa y, aunque fueron solo unos segundos los que pudo contemplarlo, ya que las dos imágenes desaparecieron a la vez, Lara pudo reconocer quién era la otra persona.

—¡Héctor! —exclamó, una vez que comprendió lo que había sucedido. Y es que la imagen que acababa de ver no era otra que la del anciano que había conocido el día anterior en la tienda de antigüedades, lo que solo podía significar que el encantamiento de Elisa no solo se había limitado a establecer una fuerte conexión entre ella y el brazalete, sino que también había conseguido que Héctor se convirtiera en el protector de aquel objeto a lo largo de los siglos, esperando el momento en que alguien fuera capaz de descubrir el secreto que ambos protegían. Mientras le explicaba a Nico lo que acababa de suceder pensó en que finalmente Héctor también había cumplido la promesa que le había hecho a Elisa, ya que había velado por su amiga durante todo ese tiempo. Aunque eso no explicaba el motivo por el que el cofre se había abierto cuando ella lo había tomado entre sus manos porque, según Héctor, llevaba años cerrado—. ¡El colgante! —exclamó después, consciente de que ella llevaba el colgante de la Suma Sacerdotisa cuando entró en la tienda de antigüedades, lo que debía de haber establecido un vínculo con el brazalete, puesto que ambos pertenecían a las servidoras de Atenea.

—¿En qué piensas? —le preguntó Nico al ver que se había detenido.

—En nada importante —respondió ella mientras sonreía al darse cuenta de que Héctor y Elisa volvían a estar nuevamente juntos y en paz. Y eso hizo que, por primera vez desde que comenzara aquella aventura, se alegrara de haberse colocado aquel brazalete porque, si no lo hubiera hecho, aquellas dos personas no podrían descansar en paz. Mientras que Elisa no cumpliera la promesa hecha a su padre, Héctor permanecería condenado a esperar eternamente el momento en que alguien abriera el cofre, lo que solo sucedería si esa persona era una servidora de Atenea o, como en su caso, si llevaba consigo el colgante de la Suma Sacerdotisa.

—Regresemos —dijo después, dispuesta a recorrer el último tramo que les separaba del mundo al que realmente pertenecían.

Una vez que llegaron al lugar que marcaba el límite con el reino de los

vivos, ambos se detuvieron para contemplar el inmenso río del Olvido.

Deseosa de salir de allí cuanto antes, Lara se apresuró a sacar el frasco que le había entregado Elisa. Pero, al intentar abrirlo, el cristal resbaló entre sus manos y cayó al suelo por lo que el recipiente quedó convertido en miles de cristales rotos y su contenido se desparramó por completo en el suelo.

—¡Dios mío! —exclamó Lara después de comprender lo que acababa de suceder—. ¿Cómo vamos a cruzar ahora? —preguntó después, sin que Nico supiera qué responder—. El único modo de salir de aquí es cruzar este río y si lo hacemos, olvidaremos toda nuestra vida anterior.

—No lo creo —afirmó Nico, que acababa de darse cuenta de que solo había una forma de arreglar aquello, por lo que se acercó a Lara y le cogió la mano para tranquilizarla—. Ya sé por qué las Moiras me escogieron a mí para que te acompañara —le susurró al oído después de comprender lo que debía hacer, no solo porque estaba dispuesto a realizar cualquier sacrificio por Lara, sino porque ahora sabía con certeza cual era su destino ya que el tipo de vida que llevaba le permitía tomar aquella decisión sin que su corazón albergara la menor duda. Aunque renunciar a todos sus recuerdos pudiera parecer algo terrible, era menos doloroso para un alma solitaria como la suya, razón por la que habría sido escogido para acompañar a Lara en su aventura. Aun así, permaneció unos segundos en silencio, intentando fijar en su mente cada uno de los momentos que pronto desaparecerían de su vida. Al pensar en su viejo amigo, las palabras que este había pronunciado al entregarle aquel óbolo de plata regresaron a su cabeza porque, ciertamente, aquella moneda le había ayudado a descubrir su camino, ya que le había guiado hasta Lara. Y ahora sabía que su destino no era otro que proteger a aquella joven, ayudándola a cumplir una promesa que había estado a punto de costarles la vida.

—¡No vamos a hacer eso! —aseguró Lara, que no estaba dispuesta a que él se sacrificase de aquella manera. Pero antes de que pudiera hacer nada, él la cogió en brazos y comenzó a atravesar el río.

—¿Es que no lo entiendes? —preguntó ella enfadada—. Olvidarás todo... —añadió después—, incluso a mí —al escuchar las últimas palabras de Lara, Nico se detuvo momentáneamente para observar por última vez a la joven con la que había compartido la aventura más increíble que jamás hubiera imaginado.

—Eso es imposible —aseguró él mientras acariciaba el rostro de la joven, completamente seguro de que hacía lo correcto—. Jamás podré olvidarte — confesó antes de seguir cruzando el río mientras apreciaba que ahora se sentía más cerca de Héctor ya que, al igual que él, aquel hombre había sacrificado su vida por alguien a quien quería, aceptando una espera que se había prolongado durante siglos.

—Te encontraré —aseguró Lara antes de que un profundo sueño se apoderase de ella, lo que le hizo temer que también ella estuviera a punto de olvidar todo lo que les había sucedido.

## 16

Cuando Lara abrió los ojos, todo estaba oscuro a su alrededor por lo que tuvo que esperar unos segundos para reconocer el lugar donde se encontraba.

—¡El arco de Perséfone! —susurró en voz baja al comprender que todo lo que recordaba había sucedido realmente—. ¡Nico! —exclamó después, esperando oír la voz del muchacho. Pero aquello no sucedió, así que se levantó rápidamente para comenzar a buscar al joven que se había sacrificado por ella. Pero no fue capaz de encontrarle, a pesar de que corrió hasta la Acrópolis, segura de que sería allí donde Nico se dirigiría si despertase junto a alguien que no conocía y sin poder recordar nada sobre su pasado.

Como no parecía haber ni rastro del muchacho, las dudas comenzaron a asaltarla. ¿Y si no había conseguido regresar? ¿Y si aquel sacrificio implicaba algo más que perder los recuerdos?

Atormentada ante el hecho de no saber nada de su amigo, emprendió el camino de regreso al hotel. Pero, cuando no había hecho más que caminar unos pasos, se detuvo durante unos segundos y llevó su mano hasta el brazalete y comprobó sorprendida que aquel objeto ya no mostraba la mínima resistencia a separarse de su brazo, así que lo deslizó hasta que pudo quitárselo definitivamente. Luego lo observó detenidamente pensando que, unas horas antes, habría sentido la tentación de arrojarlo al suelo con todas sus fuerzas debido a que él era el responsable de que hubiera estado a punto de perder la vida. Pero la rabia había desaparecido después de que comprendiera que, gracias a aquel brazalete, había sido conocedora de uno de los mayores

secretos de la historia. Gracias a aquel trozo de metal, no solo había conocido a Nico, sino que había podido ayudar a dos personas a cumplir una promesa que les permitiría descansar en paz por toda la eternidad así que volvió a colocarlo sobre su brazo reanudando la marcha segundos después.

Cuando estaba a punto de llegar al hotel, el sol comenzó a asomar por el horizonte y Lara se detuvo nuevamente ya que, después de lo que le había sucedido y sobre todo, después de haber estado a punto de perder la vida, era capaz de apreciar mejor, no solo lo afortunada que era sino el verdadero valor de las cosas que le rodeaban. Así que fijó su vista en el horizonte para observar maravillada como el sol comenzaba a elevarse por encima del edificio que había custodiado durante siglos la espada de Alejandro Magno hasta iluminar por completo todos los rincones de la ciudad más fascinante que hubiera conocido. No en vano, la aventura que había vivido le había servido también para darse cuenta de que todos los edificios que la rodeaban eran absolutamente excepcionales no solo por su belleza sino porque formaban parte de la historia de la ciudad, siendo testigos de todo lo que había acontecido en Atenas a lo largo de los siglos.

—Ahora lo comprendo, papá —susurró en voz baja sin poder apartar la vista del Partenón y sin poder dejar de pensar en la persona con la que había pasado las últimas horas, deseando que el destino, o las Moiras, cruzaran nuevamente sus caminos.

Mientras se dirigían al Santuario, Lara pensó en la cantidad de personas que habían recorrido ese mismo camino antes que ella. Según lo que le había dicho su padre, Delfos había sido uno de los lugares más visitados a lo largo de la antigüedad, recibiendo cada día a cientos de personas que esperaban obtener consejo para las decisiones que debían tomar.

—Es curioso —susurró Lara, sin saber si su padre había podido oírla, ya que le parecía interesante la imperiosa necesidad del hombre por conocer lo que el destino le tenía reservado porque, incluso dos mil años después de que los antiguos griegos acudieran a aquel lugar, la gente continuaba consultando, a través de cartas e incluso posos de café, su futuro.

—¿Sabes que los griegos pensaban que Delfos era el centro del mundo? —le preguntó su padre, emocionado al ver que Lara parecía disfrutar, no solo de aquella visita, sino de todos los lugares a los que habían ido a lo largo de esa semana—. Se cuenta que Zeus lanzó dos águilas desde los extremos opuestos de la tierra para que se encontraran en su centro y ambas se cruzaron en Delfos.

—¿Quién se encargaba de hacer las predicciones? —quiso saber Lara.

—La pitonisa —le aclaró él—. Este lugar estaba bajo el dominio de Pitón, una enorme serpiente que tenía atemorizada a la población. El dios Apolo dio muerte al monstruo para apoderarse de su sabiduría y ser él quien presidiera el oráculo, sirviéndose de una mujer para interpretar sus vaticinios, la cual recibió el nombre de Pitia o Pitonisa —al escuchar esto, Lara se dio cuenta de que actualmente se seguía utilizando aquel nombre para denominar a las

mujeres que hacían predicciones—. Esta es la fuente Castalia —señaló más tarde su padre—, donde los peregrinos se sometían a una limpieza extrema antes de acceder al Santuario —añadió mientras dejaban atrás la Vía Sacra donde se levantaban varios santuarios, denominados «tesoros», cuya función era custodiar los bienes que se donaban al Oráculo.

—«NOSCE TE IPSUM» —leyó Lara en voz alta, una vez que llegaron al templo de Apolo—. ¿Qué significa? —preguntó, al tiempo que recordaba como Nico había traducido varias frases para ayudarla en su búsqueda de la espada.

—«Conócete a ti mismo» —contestó su padre, sin apartar la vista de la inscripción grabada en la entrada del templo.

—¿Por qué escribieron esa frase en la entrada del Santuario?

—Era una advertencia que pretendía alertar sobre la ambigüedad de las predicciones de la pitonisa.

—No comprendo —reconoció Lara.

—La voz de Apolo nunca era fácil de interpretar. Por ejemplo, el rey Creso viajó hasta Delfos y allí recibió una advertencia: «Creso, si cruzas el río Hadis, destruirás un gran imperio». Creso cruzó el río con su ejército para enfrentarse al rey Ciro pues creía que el imperio que iba a destruir era el persa. Pero fue derrotado y acabó con un gran imperio: el suyo propio.

Mientras relataba otras cosas a Lara sobre aquel lugar, Alberto miró fijamente a su hija, extrañado por el comportamiento de la joven, no solo porque ahora parecía interesarse por la historia, lo que ya resultaba ciertamente extraño, sino porque parecía una persona más segura y decidida que la muchacha que llegó a Atenas una semana atrás.

Una vez concluida la visita, Lara insistió en permanecer unos minutos más en aquel santuario, dispuesta a hacer su propia petición al Oráculo. Después de cerrar los ojos, imaginó que estaba en aquel mismo lugar pero dos mil años atrás y que la pitonisa, que se hallaba a unos pocos metros de ella, masticaba hojas de laurel mientras se preparaba para realizar sus predicciones.

—¿Volveré a ver a Nico? —preguntó en voz baja después de asegurarse de que estaba sola. Aunque no escuchó ni un solo ruido a su alrededor, Lara continuó imaginando que aquella mujer, no mucho mayor que ella, le respondía afirmativamente mientras agitaba su cuerpo, signo de que estaba siendo

poseída por el espíritu de Apolo.

—Sé que te encontraré —susurró antes de abrir los ojos. Pero, a pesar de sus deseos, Lara no podía olvidar que, a lo largo de esa semana, había recorrido junto a su padre las calles de Atenas insistiendo cada día en visitar el edificio más bello y enigmático de la ciudad sin hallar a la persona con la que siempre compartiría uno de los mayores secretos de la historia.

Mientras continuaba pensando en Nico, llevó la mano hasta su mochila para extraer el objeto responsable de todo cuanto le había sucedido porque, aunque no había vuelto a colocarlo sobre su brazo, había sido incapaz de separarse de él.

Al ver de nuevo el brazalete, Lara sintió un cosquilleo, similar al que había notado cada vez que había formado parte de la vida de Elisa. Aunque en aquella ocasión no tuvo ninguna visión, el Oráculo de Delfos pareció aconsejarle sobre lo que debía hacer con aquel objeto, haciéndole ver que todavía podía cumplir una misión más. Luego comenzó a alejarse del santuario, dispuesta a regresar con su padre, pero sin dejar de pensar que al día siguiente abandonaría Atenas, lo que resultaba tremendamente duro, no solo porque no había podido encontrar a Nico, sino porque ni siquiera sabía si estaba bien.

**E**l director del Museo acercó la lupa al brazalete, tratando de apreciar mejor cada uno de los detalles del mismo.

—Impresionante —fue lo primero que dijo después de examinar la inscripción grabada en el brazalete.

—«Sabiduría, valor y justicia» —tradujo Alberto, complacido ante el hecho de que el director se mostrara tan entusiasmado con el hallazgo.

—Yo diría que pertenece al siglo III antes de Cristo —concluyó él después de observar detenidamente el brazalete—. ¿Cuál es su opinión?

—Creo que es un poco más antiguo —se atrevió a decir Alberto—. Me inclino a pensar que data del siglo IV.

—Esa inscripción... —señaló el director— ¿no fueron esas las premisas de las sacerdotisas de Atenas?

—Así es —afirmó Alberto.

—Me complace comunicarle que el Museo estará encantado de contar con esta pieza para su colección —Alberto lo miró esperanzado—, y que podrá continuar con las excavaciones durante seis meses más.

—¡Eso es magnífico! —exclamó entusiasmado, sin poder dejar de preguntarse dónde podía haber encontrado Lara un objeto tan valioso. Aunque su hija había insistido en que lo había comprado cerca de la Acrópolis, le parecía realmente difícil que alguno de los vendedores que trataban de ofrecer todo tipo de objetos a los turistas tuviera en su poder un brazalete como aquel. Pero también sabía que había educado bien a su hija por lo que esperaba el momento en que ella decidiera revelarle cuál era la auténtica procedencia de

aquella joya.

—¿Puedo preguntarle una cosa más? —se atrevió a decir el director antes de que Alberto abandonara el museo—. ¿Cómo cree que un objeto de estas características pudo llegar al lugar donde está su excavación? —preguntó finalmente, ya que sus conocimientos sobre el tema le hacían presuponer que no era allí donde lo había encontrado.

—Para serle sincero... —comenzó diciendo Alberto, dispuesto a confesar que no pertenecía a su excavación. Pero el director levantó la mano para indicarle que no hacía falta que acabara la frase.

—Supongo que eso es lo fascinante de la historia —se apresuró a decir el director—. Por mucho que uno piense que conoce el pasado, este siempre encuentra la manera de sorprendernos —añadió finalmente, antes de acompañar a Alberto hasta la salida del Museo, ya que debía encontrarse con su hija en apenas quince minutos.

Lara se acercó a la ventana y contempló por última vez la imagen de Atenas, intentando retenerla en su memoria para que la acompañara en su viaje de regreso a Madrid.

—¿Estás lista? —preguntó su padre después de entrar en la habitación, sorprendido ante el hecho de que Lara parecía resistirse a abandonar la ciudad.

—¿Me prometes que podré venir en Navidades? —quiso saber ella.

—Claro que sí —respondió él, aún más asombrado ante el cambio de actitud de su hija—. ¿Puedo saber qué es lo que te ha hecho cambiar de opinión?

—No estoy segura —mintió ella—. Supongo que estos días me han hecho apreciar lo que haces —añadió después—. Ahora comprendo que tu trabajo no se limita solamente a desenterrar viejos objetos, sino a mantener vivo el espíritu de ciudades tan mágicas como Atenas y que al rescatar del olvido su pasado, asegurándote de que todo el mundo conozca lo que realmente sucedió en estos lugares, tú también formas parte de su historia.

—Me alegro de que vinieras a visitarme —aseguró él, impresionado ante las palabras de su hija—. Además, tú encontraste ese brazalete así que,

gracias a ti, la excavación podrá ser financiada medio año más.

—¿De verdad? —preguntó Lara—. ¡Eso es fantástico! —exclamó después mientras abrazaba a su padre.

—Ya casi es la hora —señaló él—. Debemos irnos o perderás el avión.

—Tienes razón —reconoció Tara sin querer abandonar el lugar que le había enseñado a ver la vida de una manera distinta.

Una vez en el taxi, Lara se dejó caer sobre su asiento y recordó todos los lugares que había visitado durante los últimos días, pero sobre todo, la increíble aventura que había vivido en aquel país: su primera visita a la Acrópolis, donde conoció a Nico, el encuentro con Héctor quien le había regalado aquel brazalete, el descubrimiento de la entrada secreta al Partenón, el descenso a los Infiernos... ¿Realmente era posible que todo aquello hubiera sucedido?

—Nico... —susurró Lara, sin poder dejar de pensar en el muchacho.

«Has demostrado que tu lealtad a esta joven está por encima de cualquier cosa, incluso tu propia vida lo que te mantendrá unido a ella eternamente». Sí, esas habían sido las palabras de Elisa, luego, ¿por qué no había sido capaz de encontrarle?

—Para el coche —le pidió Lara a su padre sin apartar la vista del Partenón porque acababa de darse cuenta de que no podía abandonar Atenas sin ver nuevamente a Nico y algo en su interior le decía que era allí donde se encontraba en aquel momento.

Aunque su padre se mostró reacio a detener el coche, acabó cediendo ante la insistencia de su hija, sin poder entender lo que estaba sucediendo. Aun así, permitió que Lara bajara del coche y se limitó a observar como corría en dirección a la Acrópolis, mientras se preguntaba qué podía ser tan urgente como para que su hija bajara de aquel taxi de aquella manera y, sobre todo, por qué había insistido en visitar el Partenón todos los días de aquella semana.

Minutos después, Lara llegó al arco de Adriano, donde fijó su vista por última vez en la inscripción del mismo, divertida ante el hecho de que ella y Teseo tenían algo en común: ambos habían regresado con vida del Reino de Hades. Pero nada de aquello habría sido posible sin la ayuda de Nico por lo que le debía al muchacho un último intento por encontrarle.

Una vez llegó al Partenón, se detuvo junto a la inscripción que les había

servido para descubrir una entrada secreta al interior de aquel edificio.

—«Sabiduría, valor y justicia» —pronunció en voz baja esperando no olvidar nunca esas tres cualidades. Luego cerró los ojos y, durante unos segundos, pudo ver de nuevo aquel edificio tal y como se encontraba la noche en que fue atacado—. ¡Elisa! —exclamó al observar de nuevo el rostro de la joven, situada a escasos metros de ella. Aunque en esa ocasión no llevaba el brazalete consigo, Lara pudo ver como la joven sacerdotisa le sonreía, agradeciéndole una vez más, a través de su mirada, todo lo que había hecho por ella. Luego la joven desapareció y Lara volvió a ver aquel edificio tal y como se encontraba en la actualidad. Pero cualquier pensamiento que tuviera desapareció en el momento en que contempló al joven que estaba sentado junto a una de las columnas del templo griego. Al situarse frente a Nico, este la miró sorprendido, ya que aquella muchacha era la misma persona junto a la que se había despertado bajo el arco de Perséfone hacía unos días, sin poder recordar quién era ni qué le había sucedido. Desde aquel momento, se había limitado a vagar por las calles de Atenas en busca de respuestas que no había obtenido y que le habían dejado aún más confundido que antes, visitando cada día el Partenón, puesto que algo en su interior le decía que, fuera lo que fuera lo que le hubiera pasado, estaba relacionado con aquel lugar.

Mientras fijaba la mirada en la joven que se acercaba, su corazón comenzó a latir con más fuerza al presentir que sería aquella muchacha quien le ayudaría a comprender todo lo ocurrido porque, aunque era incapaz de recordar nada, bastó cruzar una sola mirada con Lara para sentir que era alguien muy importante en su vida, lo que quedó confirmado en el momento en que su corazón se aceleró después de que la joven tomara su mano.

—Nico... —susurró Lara, dispuesta a aclarar todas las dudas que debía tener su amigo porque, aunque hubiera cruzado el río del Olvido, Elisa también le había dicho que lo que les había sucedido les mantendría unidos eternamente. Así que encontraría el modo de que recordara toda su vida anterior y todo cuanto había hecho por ella. Y es que, si había algo que Héctor y Elisa le habían enseñado, es que vale la pena luchar por las cosas que se quiere y eso era exactamente lo que se disponía a hacer ella.



ROCÍO RUEDA nació en Saldaña, Palencia, en 1978. Fisioterapeuta de profesión, combina su trabajo con su pasión por la literatura y la escritura, tanto para adultos como para jóvenes. Hasta el momento ha publicado varias novelas, como *El escarabajo de Horus*, *El brazalete mágico*, *El secreto del Cesar* y *Confesiones de Cleopatra*, que han tenido muy buena acogida entre el público juvenil.